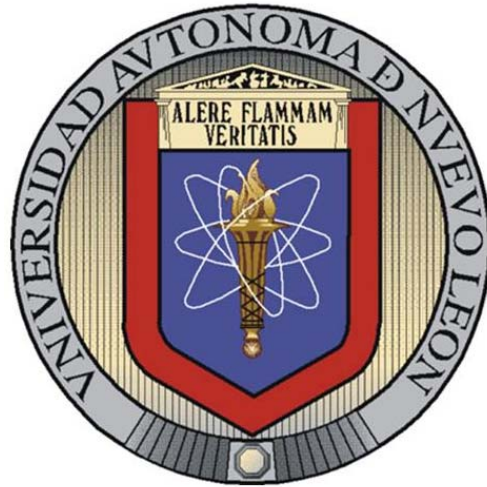


**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FACULTAD DE ARQUITECTURA**



**LA CIUDAD Y SU RELACIÓN DE IMAGEN Y DE
PALABRA. APUNTES PARA EL ESTUDIO DE LOS
IMAGINARIOS**

**TESIS DE DOCTORADO
PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
DOCTOR EN FILOSOFÍA CON ORIENTACIÓN EN
ARQUITECTURA Y ASUNTOS URBANOS**

**PRESENTADA POR:
JUAN MILTON JAIR ARAGÓN PALACIOS**

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FACULTAD DE ARQUITECTURA**

**LA CIUDAD Y SU RELACIÓN DE IMAGEN Y DE PALABRA.
APUNTES PARA EL ESTUDIO DE LOS IMAGINARIOS**

**TESIS DE DOCTORADO
PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
DOCTOR EN FILOSOFÍA CON ORIENTACIÓN EN
ARQUITECTURA Y ASUNTOS URBANOS**

PRESENTADA POR:
Juan Milton Jair Aragón Palacios

COMITÉ DE TESIS:

Dr. Adolfo Benito Narváez Tijerina
PRESIDENTE

Dr. Alejandro García García
SECRETARIO

Dr. Gerardo Vázquez Rodríguez
VOCAL

Dr. César Martín Cantú Ayala
VOCAL

Dra. Sandra Elizabet Mancinas Espinoza
VOCAL

In memoriam
Rolando Guerra

<<El hombre poco instruido>>, continúa Djerzinski, <<siente terror ante la idea del espacio; lo imagina inmenso, nocturno y vacío. Imagina a los seres en la forma elemental de una bola, aislada en el espacio, encogida en el espacio, aplastada por la eterna presencia de las tres dimensiones. Aterrorizados por la idea del espacio, los seres humanos se encogen; tienen frío, tienen miedo. En el mejor de los casos atraviesan el espacio, se saludan con tristeza en mitad del espacio. Y sin embargo ese espacio está en su interior, se trata de su propia creación mental.>>

Michel Houellebecq
Las partículas elementales

Índice

INTRODUCCIÓN 6

PARTE PRIMERA: LA CIUDAD Y LA RELACIÓN DE PALABRA

I. EL OBSERVAR 11

El observar como fenómeno biológico 11

La ontología del observador 16

Percepción y observación 18

La operación de la observación 19

Observación de segundo orden 24

I.II. EL LENGUAJE 28

Sistemas comunicativos y el lenguaje 28

I.III. EL YO URBANO 35

Trofolaxis lingüística y el surgimiento del yo urbano 35

La trofolaxis lingüística en marcadores semánticos de niños y pubertos urbanos 40

La red semántica de la ciudad 43

El yo urbano y la forma de vida urbana 49

PARTE SEGUNDA: LA CIUDAD Y LA RELACIÓN DE IMAGEN

II.I. LA CIUDAD COMO SIMBÓLO 52

Realidad, imaginarios y fantasía en las narrativas de la ciudad 55

Los niveles de realidades y las modalidades de recorridos 60

El observador y las prácticas significantes 65

La ciudad un espacio simbólicamente vivido e imaginado 67

II.II. LA CIUDAD COMO TEXTO 73

La ciudad: un texto narrado y vivido 74

La narrativa de lo urbano como icono y la ciudad como símbolo 77

La interpretación de la ciudad y el observador 81

El observador como hermeneuta	84
La memoria urbana y la interpretación del texto de la ciudad	86
El transeúnte, la memoria urbana y la reinterpretación del texto de la ciudad	88
La ciudad de las vivencias	91
El observador y su ciudad vivenciada	92
Símbolos, textos y mutaciones del imaginario de la ciudad	94
II.III. SINERGIA: LA VIOLENCIA DE LA CIUDAD Y LOS VIEJOS. LAS PERVERSIONES DE LO IMAGINARIO	97
La violencia inherente de la ciudad y la perversión de los imaginarios	98
Los tipos de violencia de la ciudad y el miedo como acto	100
El tetraedro de la violencia de la ciudad y los viejos	106
La violencia en el espacio público de la ciudad y la forma en que vivenciada por los viejos	108
¿CONCLUSIONES? La ciudad ¿Consecuencias perversas de un texto sin contexto?	111
Seguridad, conflicto y blassé ¿La perversión de la forma de vida urbana?	113
Las implicaciones ecopsicofísicas de las forma de vida urbana	117
La ciudad: una metáfora estructurante (A manera de conclusión general)	122
BIBLIOGRAFÍA	126

INTRODUCCIÓN

La pregunta sobre la cual parte la reflexión del trabajo es: ¿Cómo el observador urbano interpreta y dota de sentido a la ciudad desde sus imaginarios? Dar posibles respuestas a tal interrogante es una tarea complicada y extensa, es por eso, que tan sólo se dan pistas que puedan acercarse de manera tangencial, por el hecho de que la ciudad es un sistema sumamente complejo en constante mutación. Siendo dos relaciones que tiene la ciudad con el observador, de las infinitas que existen en la ciudad; las que se plantean como línea principal de reflexión, que son: la relación de palabra y la relación de imagen. Que serán abordadas en la primera y segunda parte del texto.

La relación de palabra es cuando por medio del hablar, el sujeto se dirige al otro sujeto, construyendo un comunicar que conlleva a un comprender. Entrando en la esfera del lenguaje que pertenece "...a las *cosas dichas*, que, por un efecto de sedimentación se han visto asimiladas al código mismo de la *lengua*, y han sido incorporadas al pacto de la *palabra* hasta el punto de llegar a ser parte integrante de lo que llamamos "lenguaje"..." (Ricouer, 2009: 96-97). La ciudad es el significante que envuelve a la esfera del lenguaje de quien la habita, dotando de sentido por medio de la palabra a los símbolos que en ella se encuentran abiertos y equívocos, siendo ésta: palabra, espacio y lugar. Palabra que estructura las formas de vida urbana y permite el conocer lo urbano, de ahí que sean la base material con la que se narran los imaginarios.

La primera parte se reflexiona desde el lenguaje y sus implicaciones con la ciudad. Partiendo de la figura del observador propuesta por Luhmann y Maturana, porque al plantear el habitante de la ciudad como un observador y no un actor es por el hecho que el observador no solamente lleva a cabo una acción en el espacio de la ciudad, sino que éste, realiza una operación que es la observación desde donde acopla y distingue la información que necesita para construir el sentido de la ciudad. Siendo la acción una consecuencia de su operar en la ciudad. Para poder definir al observador se parte de las bases biológicas del observar propuestas por la neurobiología y la teoría de los sistemas autorreferenciales de Maturana, así como desde la sociología sistémica de Luhmann. Explicando la forma en que el observador opera por medio de la

observación y cómo se presenta dependiendo desde donde se observa, una observación de segundo orden. Porque depende de cómo sea acoplada la información de la observación, es la forma en la que el habitante urbano se representa, pues como un observador de primer orden opera como un transeúnte y como observador de segundo orden como *flâneur*. Entrando en juego el lenguaje (y sus juegos), que es la información por medio de la cual el observador va construyendo el significado de la ciudad y sus formas de vida. Emergiendo por medio del lenguaje la figura del yo urbano, el cual se construye por medio de los acoplamientos recursivos comunicativos que configuran la trofolaxis lingüística, donde las palabras que definen la ciudad son la base desde donde se estructura el yo urbano, pues a partir de éstas, es como se da el entender y posteriormente el conocer de las formas de vida urbana.

La imagen, para Ricoeur (2009: 98), “...no es ella misma un contenido, sino un proceso.” Un proceso, en el que esta inmersa la interpretación que realiza el observador urbano sobre la imagen que emana de la morfología de la ciudad. Construyéndose una relación de imagen entre quien la percibe e interpreta y la imagen *en sí*. Así como el lenguaje es el sustento material por medio del cual se significa la ciudad, las imágenes sustentan a los imaginarios. Entonces la relación de imagen involucra una interpretación de los signos y de los discursos que emergen de éstos, los cuales tienen implicaciones sobre la forma en que es resignificado el espacio urbano.

Las segunda parte la constituye la reflexión sobre cómo se configuran los imaginarios de la ciudad, que a diferencia de los urbanos, van más allá de la morfología. Así como las implicaciones que hay entre lo imaginario, lo simbólico con la interpretación que realiza el observador urbano del discurso que se construye con los significantes urbanos. Donde las líneas principales que guían la reflexión parten de la semiótica y la hermenéutica, porque el espacio urbano es configurado por símbolos urbanos que generan un sentido polisémico, dentro del cual el observador estructura su realidad por medio de los acoplamientos de la información presente. Teniendo implicaciones la interpretación en la construcción de la realidad urbana, porque los imaginarios juegan un rol importante en ésta, pues es el observador en su forma de operar como

transeúnte, quien la significa a partir de su vivencia en sus recorridos (reales o imaginarios) y su posterior interpretación, en la que el signo se vuelve una unidad dual con un excedente de significado que configura a la ciudad como un texto y por lo tanto sujeta a interpretación. Una interpretación que tiende hacia lo equívoco de la ciudad y unívoco de lo urbano, de ahí que sea necesario mediar la interpretación por medio de una analogía simbólica, por medio de la cual se posibilite el observar las mutaciones y reinterpretaciones que se le da al espacio de la ciudad. Siendo por medio de éstas como se va transformando la realidad urbana, llevando a significar un lugar de una zona tranquila a una de miedo, por algún acontecimiento violento que ahí ocurra.

La tercera y última parte corresponde a una conclusión general, pero que es planteada como una interrogante, por el hecho de que sean apuntes da pauta a que no se planteen aseveraciones sobre los imaginarios de la ciudad, sino sólo acercamientos a posibles temas por desarrollar. Siendo la principal línea de reflexión, las consecuencias que tiene la descontextualización del texto urbano, que en ocasiones ocurre, por las intervenciones urbanas dictadas desde la academia. Planteándose la ciudad como un espacio ecopsicofísico del que emergen las formas de vida urbana por el acoplamiento recursivo de los factores. Donde en las formas de vida urbana se han generado una serie de comportamientos por parte del quien la habita, que parecieran una consecuencia perversa del vivir en la ciudad, que son: la seguridad, el conflicto y el *blassé*. Pero éstas son tan sólo estrategias que permiten la socialización en la ciudad que dependen del contexto y los acontecimientos en los que se manifiesten. De tal forma que el sentido del significado del espacio es importante para entender como es simbolizado, pues la ciudad es una metáfora que estructura la forma de vida urbana.

Finalmente quiero agradecer a todas las personas involucradas en la elaboración del texto, ya sea con comentarios, lecturas, críticas, diálogos, imágenes, recomendaciones de autores, ya que sin sus aportaciones esto no hubiera avanzado. Entre ellos se encuentran especialmente: Rolando Guerra (QEPD), Adolfo Narváez, Alejandro García, Gerardo Vázquez, Sandra Mancinas, César Cantú, Jesús Fitch, Nuria Castillo, Eduardo Loredó, Raúl Márquez, Violeta Hinojosa, Ana Turrubiates, Gina Cárdenas, Jaime

Loredo, Javier Cardona y por último mi familia que siempre me apoyo.

**PARTE PRIMERA:
LA CIUDAD Y LA RELACIÓN DE PALABRA**

I. EL OBSERVAR

El observar como fenómeno biológico

El observar como fenómeno neurobiológico presenta diferentes regiones especializadas del sistema nervioso que funcionan de manera coordinada, que forman parte de la estructura anatómica y las propiedades funcionales del sistema nervioso, que para Álvarez González y Trápaga Ortega (2005), son:

- a) La médula espinal que procesa la información sensorial proveniente de la piel, articulaciones, músculos de las articulaciones y el tronco.
- b) El tronco encefálico que procesa la información sensorial y motora de la piel y los músculos de la cabeza, también regula el nivel de alerta del organismo y transmite la información entre la médula espinal y el cerebro. Dividiéndose en tres estructuras que son la médula oblonga o bulbo raquídeo (coordina funciones autónomas). Pons (transmite la información entre los hemisferios cerebrales al cerebelo sobre los movimientos) y el cerebelo (participa en el aprendizaje motor y modula el control de los movimientos).
- c) El cerebro medio controla una gran cantidad de funciones sensoriales y motoras, y coordina además los reflejos visuales y auditivos.
- d) El diencefalo compuesto por el tálamo el cual procesa la mayoría de la información que llega a la corteza cerebral proveniente de cualquier parte del sistema nervioso, y el hipotálamo que regula las funciones autonómicas, endocrinas y viscerales, así como la expresión periférica de las emociones, siendo la estructura encargada de la homeostasis del organismo.
- e) Los hemisferios cerebrales son integrados por la corteza cerebral (coordina los procesos psicológicos) y los ganglios basales, el hipocampo y los núcleos amigdalinos que son tres estructuras subyacentes.

La mayoría de los procesos cognitivos y el lenguaje se localizan en diferentes zonas de la corteza cerebral, que se compone de cuatro lóbulos que son: 1) frontales (regulan la

planificación de acciones futuras), 2) parietales (sensaciones somáticas y algunos procesos cognitivos), 3) occipitales (regula la visión) y 4) temporales (regula la audición, el aprendizaje, la memoria y algunos aspectos de las emociones). (Álvarez González y Trápaga Ortega, 2005)

Para Endelman y Tononi (2005) el ordenamiento topológico del cerebro que se relaciona con la operación del observar, es lo que se conoce como sistema talamocortical, representado como una densa malla tridimensional de conexiones de reentrada entre el tálamo y la corteza, así como entre distintas regiones corticales por medio de las fibras corticales que se encuentran ensambladas a modo de mapas. La parte posterior se dedica a la percepción y la frontal a la actuación y planificación, pues las diferentes áreas corticales cerebrales y sus núcleos talámicos asociados están especializados, donde unas se ocupan de estímulos visuales, otras de los estímulos auditivos y otras de los táctiles. También estos se subdividen, pues en el caso del sistema visual, distintas áreas de encargan de submodalidades diferentes como la forma visual, el color, el movimiento entre otras más relacionadas.

Dentro de la teoría de los sistemas determinados por su estructura o autorreferenciales, Maturana (2008: 156) explica que el “...ver es una manera particular de operar como sistema neuronal cerrado componente de un organismo en el dominio de acoplamiento estructural del organismo.” Donde “el fenómeno de la percepción se constituye en la descripción que un observador hace como una manera de referirse a la operación de un organismo en congruencia con el medio” (Maturana, 2008: 155)

Porque para Maturana (2008: 156) “...el sistema nervioso opera como red neuronal cerrada en la generación de sus estados de actividad...” que se organiza como una red cerrada de elementos neuronales interactuantes, llevados a cabo a través de una gran cantidad de distintas estructuras que difieren en las propiedades de los componentes particulares (sensores, electores y neuronas) que están implicados, además de sus conectividades particulares (dendritas) siempre y cuando se implementen en la operación del cierre operacional de las actividades que ocurren entre ellas. Trayendo

como resultado el cierre operacional, que todo lo que se produce en el sistema nervioso son cambios en las relaciones de los elementos que lo componen. (Maturana, 2008)

Donde la estructura de la célula nerviosa determina la relación temporal de actividades que responden en su campo de influencias aferentes, porque en la operación del sistema nervioso como una red neuronal cerrada todas las aferencias sinápticas de una célula nerviosa específica, se encuentre o no activa en el momento, participa en todo momento en la generación de relaciones de actividad aferente a la cual responde, pero sí cambia la estructura de la célula nerviosa, cambia su relación con la actividad aferente. Entonces las relaciones de actividad en el campo de las influencias sinápticas aferentes que le llegan a la célula nerviosa y ante las cuales responde pueden cambiar de continuo, pues la actividad de ésta cambia de continuo a través de su actividad, pero estos cambios pueden reversibles si se presentan en la estructura de la célula neuronal, presentándose también la irreversibilidad por el mismo hecho. Mientras las células nerviosas se conecten entre sí por medio de contactos sinápticos, cada célula nerviosa forma parte del campo de las influencias sinápticas aferentes de todas las células nerviosas con las que se conecta, lo cual se aplica a las células sensoras y efectoras que componen el sistema nervioso como una red neuronal cerrada. (Maturana, 2008)

Lo anterior se da por medio de la reentrada, que depende de los ciclos de señales en la red talamocortical, pues:

“Es el intercambio recursivo y continuo de señales paralelas entre áreas del cerebro con conexiones recíprocas, un intercambio que incesantemente coordina entre sí las actividades de los mapas de estas áreas en el espacio y en el tiempo...en este intercambio participan numerosas vías paralelas y no dispone de instrucciones específicas de corrección de error, sino que altera eventos selectivos y correlaciones de señales entre áreas y es esencial para la sincronización y coordinación de las funciones mutuas de las áreas.” (Endelman y Tononi, 2005: 62)

Es el disparo sincronizado de neuronas dispersas que están conectadas por medio de la reentrada, la base de los procesos perceptuales y motores. Debido a esta integración

resulta posible la categorización perceptual responsable de la capacidad de distinguir un objeto o un evento con respecto al fondo. Entonces por medio de la reentrada se hace permisible la unidad entre percepción y comportamiento, que de otro modo no se presentaría, pues el cerebro no posee una estructura central única con instrucciones detalladas de acoplamiento, ni algoritmos que permitan la coordinación de áreas que se encuentran funcionalmente segregadas. Pues para que resulte un comportamiento coordinado es necesario que se presenten de manera heterogénea las características especiales del cerebro que son: conectividad, plasticidad, capacidad de categorizar, dependencia de valores y dinámica de reentrada. (Endelman y Tononi, 2005)

En el plano perceptual para Maturana (2008: 170) “El ambiente que describimos como parte del medio en que estamos situados como observadores, no existe para el sistema nervioso del organismo observador en su operación como red cerrada de relaciones cambiantes de actividad entre sus componentes.” Entonces el observador abre una sinapsis donde define una superficie que es sensorial y otra efectora, por lo cual define los dominios de distinciones. Porque “Como red cerrada de elementos neuronales, el sistema nervioso se intersecta con el organismo en lo que son las superficies sensoriales y efectoras de éste. En esta intersección, los sensores y los efectores del organismo constituyen, como tales, superficies de encuentro en un medio que ellos definen con sus características estructurales.” (Maturana, 2008: 192-193)

La interacción entre el organismo (el observador) y el medio (su ambiente) esta mediada por el movimiento del organismos y sus mecanismos sensoriales. Pues el ambiente imprime su marca al organismo de diferentes maneras, mediante el estímulo de la actividad neuronal en el ojo, oído, las terminales nerviosas de la piel, papilas gustativas y la mucosa nasal. Donde las terminales nerviosas envían las señales a las cortezas sensoriales iniciales o tempranas de la visión, oído, sensaciones somáticas, el gusto y el olfato. Siendo cada región sensorial inicial un conjunto de diversas áreas en las cuales se presenta una gran cantidad de intercambio de señales entre los agregados de áreas de cada conjunto sensorial temprano, siendo el origen de las imágenes mentales. Entonces el organismo actúa sobre su ambiente por medio de

movimientos de todo el cuerpo y el aparato vocal controlados por las cortezas M1 (incluye la banda motriz), M2 (es el área motriz suplementaria) y M3 (se encuentra en surco cingulado). (Damasio, 2007)

Para Damasio (2007: 119) “El conocimiento objetivo que se requiere para el razonamiento y la toma de decisiones llega a la mente en forma de imágenes.” Existiendo dos tipos de imágenes: 1) las imágenes perceptuales que son las que se perciben directamente del ambiente por medio de variadas modalidades sensoriales y 2) las imágenes rememoradas que se presentan cuando se evoca un recuerdo de cosas pasadas, pudiéndose recordar imágenes que se forman cuando se planeaba algo que todavía no ocurría, pero se tenía la intención de que ocurriera, las cuales no distan mucho de la naturaleza de las imágenes de algún suceso que haya tenido lugar de forma tangible, pues constituyen la memoria de un posible futuro. Siendo en las cortezas sensoriales iniciales donde se presenta la actividad neural más estrechamente relacionada con las imágenes que experimentamos, pues son resultado de complejos procesos que operan en numerosas regiones de la corteza cerebral, los núcleos neuronales situados bajo la corteza, los ganglios basales, el tallo cerebral y en otras partes que estén organizadas topográficamente. Formándose de distintas maneras como el control de los receptores sensoriales orientados al exterior del cerebro, el control de representaciones disposicionales presentes en el interior del cerebro, en las regiones corticales y en los núcleos subcorticales. (Damasio, 2007)

La manera en que se configuran las imágenes perceptuales de la observación se da en una primera instancia por la transportación de las neuronas a lo largo de los axones y a través de las sinapsis electroquímicas hasta el cerebro de señales procedentes del sector estimulado del cuerpo que serían el ojo y la retina. Estas señales son transmitidas a las cortezas visuales iniciales que se localizan en el lóbulo occipital en la parte posterior del cerebro. (Damasio, 2007)

Por tanto para Maturana (2008: 184) el percibir “...significa producir correlaciones senso-efectoras como resultado de la operación del organismo en un dominio particular

de acoplamiento estructural, y que para un observador estas correlaciones senso-electoras aparecen como distinciones en un ambiente.” Llevando a cabo la clausura operativa el sistema nervioso que permite autorreferenciarse a partir de la distinción con el entorno, lo cual es posible por el ordenamiento topológico y el cierre de las operaciones del sistema nervioso respecto al entorno y distintas operaciones somáticas que en la distinción no forman parte de la operación del observar.

Entonces el organismo presenta dos límites en su operar autorreferenciado de la observación, porque uno es determinado por el acoplamiento con el medio resultante de la clausura operativa relacionada con la parte senso-somática del organismo influyendo en la relación recursiva de lo sensorial y lo motriz. El otro límite es determinado por la operación de la dinámica neuronal que influye en la recursividad del operar de las actividades del sistema nervioso central que es autorreferenciado a su estructura y estímulos. Dando resultado el comportamiento sistémico autorreferenciado en el operar biológico de la observación. (Varela, 2005)

La ontología del observador

Todo lo dice un observador esa es la ontología del observador de Maturana en la cual “...los principios no funcionan, que siempre que alguien tienen un principio aclaratorio inventa un mecanismo para ocultar lo que quiere explicar” (2006: 63). Lo dicho por el observador se centra en la percepción de éste y sobre la que se tiene del mismo y de lo que quiera comunicar de lo percibido en su observación. Presentándose una conducta adecuada, la cual es una expresión del conocimiento determinada por el observador, pues se vuelve un oyente-interrogador de lo comunicado, que a partir de esto, decide lo que es una explicación que permita la distinción de una conducta adecuada.

La percepción consiste “...en una regularidad conductual que el organismo exhibe en su operar en correspondencia estructural con el medio, y que el observador señala como distinguiendo a un objeto, al asociarla a la circunstancia ambiental que la desencadena” (Maturana y Mpodozis, 2003: 64). El cual es un fenómeno que ocurre al interior del

sistema del observador, donde lo observado es acoplado a la estructura de la observación, donde se asocia a los demás componentes de la estructura como elementos internos, dado que no son objetos que se encuentren al exterior de lo observado, pues pertenecen al medio dentro del cual el observador entra en operación. Porque "...el organismo es un sistema determinado estructuralmente y, por lo tanto, en la interacción del organismo con el medio, es el organismo el que determina cuál es la configuración estructural del medio que gatilla en él un cambio estructural (Maturana y Mpodozis, 2003: 64)".

Es el mismo observador en la operación del observar el que determina que elementos se acoplan a su estructura, estableciendo la percepción que se tiene del ambiente, y además se fijan los conocimientos. Dado que la observación sólo es determinada por el sistema que observa y acopla las estructuras que permiten conocer el ambiente, y de ahí presente una conducta adecuada a su conocer, pero esto es proporcionado por el observador que observa a la operación del observar del observador (observador de segundo orden), pues "Quien quiera observar a un observador como observador, no sólo debe tomarlo como un *objeto* distinguible; debe comprender la *distinción* utilizada en el nivel de la observación de primer orden" (Luhmann, 2000: 64). Por tanto en este nivel del observar al observador, es donde se identifica el conocimiento que se guarda respecto a lo observado, determinado al momento de la distinción en su operar.

Es por esto que Von Foester (2006: 89) modifica lo dicho por Maturana por "Todo lo dicho es dicho a un observador". Implicando una triada observador-lenguaje-sociedad, pues lo que el observador dice es una descripción la cual se conecta a través del lenguaje con otro observador, donde los dos observadores forman un núcleo elemental de la sociedad que se encuentran conectados en primer lugar con los observadores, en un segundo lugar con el lenguaje que usan y por último con la sociedad que se forma al usar ese lenguaje. Siendo necesario que se tengan los tres componentes, para que se pueda acceder a los mismos, resultado una relación triádica cerrada (Von Foester, 2006.).

El observar es lo que los observadores llevan cabo cuando se distingue en el lenguaje los distintos tipos de entidades que se producen como objetos de las descripciones, explicaciones y reflexiones de los observadores, durante la participación en las diferentes conversaciones que se llevan a cabo en la vida cotidiana, donde no se tiene en cuenta el ámbito operacional en el que tienen lugar (Maturana, 2000).

Entonces la percepción es determinada por el observador en su operar, conectada por medio del lenguaje con otros observadores, los cuales por medio de la interrogación y la observación de lo observado determinan si lo percibido es una conducta adecuada en el marco de su estructura de observación. Pues el observar es interno, correspondiendo sólo al sistema que observa, que en este caso es el observador-oyente-interrogador, que a su vez percibe lo percibido por el primer observador, por medio de las conductas adecuadas que presente, a partir de sus propias estructuras y de esta manera determinar el conocimiento sobre lo percibido.

Percepción y observación

Para Varela (2006: 50) la percepción trata "...de cómo el sistema está construido y, además, de cómo se percibe así mismo, en el sentido de que su propia complicación es la clave para la comprensión de lo que le sucederá". Entonces el sistema perceptivo se presenta de dos formas, por un lado es un sistema figurativo, dado por la colección de estructuras activas que se están autocorrigiendo con la capacidad de reflejar el mundo cambiante. Por el otro, es un sistema perceptivo autónomo conformado por una colección de estructuras activas que se autocorrigen con la capacidad de determinar su entorno mediante el acoplamiento estructural. Siendo dos formas alternativas de descripción del mundo que se presentan, donde:

“Una supone el reflejo y representación de características que son pertinentes y visibles para nosotros como observadores. Y requiere, de una forma u otra, un agente que diseñe, porque requiere una perspectiva desde la cual esta correspondencia del mundo con las entrañas del sistema se establezca *ex professo*. La segunda perspectiva es más moderada. Mantiene que, de los muchos posibles caminos a barajar, el camino particular que observamos permite que

veamos lo que es un mundo para el sistema, es decir, la manera particular en que ha mantenido una historia continua de acoplamiento con su entorno sin desintegrarse. Aquí no hay reflejo, sino información. La primera descripción depende de una lógica de correspondencia; la otra, de una lógica por coherencia.” (Varela, 2006: 51-52)

Desde la segunda perspectiva se rompe con la idea de una unidad que es instruida externamente donde se presenta un entorno con características que son inseparables de la historia del acoplamiento con la misma. Pues los procesos de percepción son unidades que dotan de sentido al mundo a través de su estructura y la historia de las interacciones. Porque sí se describe desde la correspondencia sólo se puede referir a objetos que son programados con funciones específicas (televisión, computadora, entre otros), dando una estructura limitada, sí se lleva al ámbito del observador. De ahí que resultan más pertinentes las descripciones desde la coherencia. (Varela, 2006)

La manifestación de la coherencia se da en el observador y su operar en el lenguaje, manifestándose en la interacción con otros seres humanos, pues se participa en la constitución de un dominio de acciones coordinadas diferenciadas entre los observadores, en las cuales se generan descripciones y descripciones de las descripciones. (Maturana, 2008)

La operación de la observación

Para Luhmann (1996: 55) “El conocimiento se enlaza a la conciencia mediante acoplamientos estructurales¹ y esto no es sino la expresión de una condición fundamental: la necesidad para el sistema del conocimiento de un entorno.” Por tanto esta diferenciación del entorno en los acoplamientos de las estructuras del sistema, es dada en primer instancia en la operación del observar la cual permite que se dé el conocer, porque esta es la operación principal en el percibir-conocer. Entonces habría que definir ¿qué es la observación?, para entender la importancia que tiene dentro del conocer y la representación de lo observado.

¹ El acoplamiento estructural es la relación entre un sistema y los presupuestos del entorno que se deben de presentar para que este pueda continuar dentro de su autopoiesis. (G. Corsi, E. Esposito y C. Baraldi, 2006)

Al momento de llevar a cabo una observación existe una primera distinción observar/observador donde el observar es una operación² y el observador es un sistema que utiliza las operaciones de la observación de una forma recursiva como secuencias, que permiten lograr una diferenciación respecto al entorno, de allí que la base del observar es el distinguir/indicar. Pues “Lo determinante es que la propia observación debe tomarse como la primera diferencia, pero que únicamente puede ser distinguida por otra observación –de otro observador, o también del mismo observador pero en un momento posterior- y que en el momento de su utilización por el usuario sólo puede ser realizada sin ser vista” (Luhmann, 1996: 59). El distinguir/indicar pretende aclarar que la misma selección en una diferenciación ya se relaciona con las determinaciones, donde la selección de una diferencia principal indica la capacidad cognitiva del observador, pero también resulta frecuentemente en una tentación de emitir enunciados respecto de sí mismo. (Luhmann, 1996 y 2002)

Resulta importante ubicar al observador y a la operación de la observación como dos formas distintas, pues el primero es un sistema autopoiético y el segundo una operación realizada por este sistema. El observador selecciona en base a sus distinciones-indicaciones-determinaciones, cuáles elementos de lo observado son acoplados a las operaciones de la estructura de su conocer y posterior comunicar con otros sistemas, de ahí, que sea necesario describir al observador para tratar de entender las características del mismo, para posteriormente explicar cómo se da la operación de la observación y desde que distinción surge el observador.

Dado lo anterior para describir al observador es necesario precisar que la observación es una operación que sólo se lleva a efecto como un acontecimiento instantáneo y fugaz, que necesita tiempo para poder enlazar las operaciones de observación para lograr una diferencia respecto al entorno. Los conceptos de operación y sistema se presentan de forma normal (para el sistema que observa) pues el observador no es

² Una operación dentro de la teoría de sistemas planteada por Luhmann ocurre cuando un elemento de un sistema autopoiético es reproducido, en base a los elementos del mismo sistema. (G. Corsi, E. Esposito y C. Baraldi, 2006)

externo ni se ubica por encima de la realidad, es por eso que no es un sujeto colocado fuera del mundo de los objetos, más bien forma parte de ellos. Presentándose de forma inmersa los conceptos de observar y observador que son dos formas diferentes de operaciones, pues para que el observador pueda observar las operaciones tiene que ser una operación, entrando en el mundo que observa. Por esta razón el observador observa operaciones donde forma parte de éstas, sino no podría observar, pues él mismo se construye al momento de construir los enlaces de operación (Luhmann, 1996 y 2002).

No pueden presentarse más de dos observaciones del objeto al mismo tiempo, sino que tiene que transcurrir un lapso de tiempo y otras observaciones para diferenciarlo respecto al entorno, por tal motivo la operación de la observación consiste en distinguir e indicar los elementos que conforman la estructura del entorno que permiten la delimitación del mismo. Siendo todo realizado al interior del sistema, porque el observador es una operación que realiza la operación de la observación, pero ¿Cuál es la operación de la observación?

La operación de la observación consiste en diferenciar para designar un lado y no el otro de lo que se está observando, de ahí que es una operación que utiliza la distinción y la indicación. Esta no se da de manera aislada, sino que se requiere una repetición reiterada de las operaciones. Donde la primera diferenciación es la observación que es diferenciada por otra observación, y ésta a su vez es una primera diferenciación para otra observación. Es por esto que la observación misma en su realización no está en condiciones de diferenciar entre verdad y falsedad. En el observar se crea una paradoja que consiste en que para manifestar la unidad el observador debe diferenciar. Pero esta unidad por lo tanto está sujeta a un punto ciego, porque el sistema usa la propia diferenciación como su punto ciego, pudiendo sólo observar lo que puede distinguir mediante la diferenciación, no siendo posible diferenciar lo que sale de su observación. (Luhmann, 1996 y 2002).

En la observación se opera con un punto ciego que se da a partir de la diferenciación

del objeto, pues al diferenciarlo se vuelve dual. Creándose una frontera que divide entre lo diferenciado de lo no diferenciado donde solo atravesando la frontera es posible distinguir esa dualidad. En una primera instancia la frontera hace que aparezca lo no diferenciado en el punto ciego de la observación y mediante una segunda diferenciación (que sería la diferenciación de la diferenciación) determinaría el otro lado de la dualidad. Sin embargo la primera diferenciación pasaría a ser el punto ciego, pero ¿Cómo se manifiesta el punto ciego?

Un ejercicio para demostrar el punto ciego sería el siguiente: 1) sujete el libro con la mano derecha, 2) cubra el ojo izquierdo, 3) fije la vista en la cruz, 4) separe y acerque el libro lentamente a lo largo de la línea de visión hasta que el punto desaparezca (una distancia de 30 a 35 cm. del ojo al papel aproximadamente) y 5) mantenga la vista en la cruz a la misma distancia de ojo-papel y realice movimiento circulares lentos, a pesar de estos movimientos el punto negro seguirá invisible. (Foerster, 2006b y Maturana y Varela, 2003)



El punto ciego se debe a la característica fisiológica en la que la retina existe un lugar donde no se encuentran células receptoras, ni conos, ni bastones. Este lugar se le conoce como el disco y es donde el nervio óptico abandona el globo ocular, por lo tanto nuestro campo visual resulta ser incompleto. Pero en condiciones normales es ignorado, pasando desapercibido este hecho. (Foerster, 2006b)

En el quehacer cotidiano se parte de una observación que tiene un punto ciego, haciendo que no se observe en su totalidad, por tanto como Foerster (2006: 141) postula “¡que no vemos que no vemos!”, con esto lleva a la idea de que el problema no es no ver, sino radica en el no ver que no estamos viendo, volviéndose un problema de segundo orden. Entonces en la observación se parte de un punto ciego que ocurre al momento de la diferenciación que se da en la operación del observar, pues se crea un

límite en el objeto entre lo observado y no lo observado, determinado por la distinción. Pero ¿Cómo se manifiesta la distinción en el observar?

En toda observación (inclusive la observación de la observación) se comportan de forma ingenua en el ámbito operativo, porque no existen jerarquías de reflexividad que sirvan para que la observación se aleje de su objeto y pueda mediatizar su relación con la realidad observada. Pues la diferenciación funciona como la marcación de un límite dentro del cual surgen dos lados que no pueden ser traspasados sin cruzar dicho límite, surgiendo una paradoja pues la forma de la diferenciación es la unidad de la dualidad (Luhmann, 1996 y 2002).

Mediante el entramado recurrente de las operaciones emerge un sistema que se cierra por la recursividad que se presenta frente al entorno, haciendo posible introducir en el sistema la diferenciación entre sistema y entorno que se produce, en primera instancia, de manera operativa. Una vez lograda la posibilidad el sistema se puede designar a sí mismo como una unidad diferenciada del entorno. Presentándose la reflexión como un tipo especial de autoobservación (Luhmann, 1996).

La forma dual sólo se presenta cuando es acoplada a una distinción que determina desde que lado se parte o se puede cruzar el límite. Entrando la variable tiempo en la operación de la observación, pues se orienta con una diferencia entre antes/después. Ocurriendo porque el observador sólo puede usar un lado de la forma y el otro solamente es visto de reojo, pero a través de la diferencia puede hacer invisible la unidad de la distinción, porque se centra en la totalidad de lo observado. Sin embargo esto no quiere decir que no se reflexione más sobre las distinciones, sino para que ocurra se necesita otra distinción que permite la reflexión (Luhmann, 2002).

Siendo la diferenciación la base de la observación, porque sí se realizará otra diferenciación se observaría algo distinto, pero la diferenciación sólo se puede introducir de modo autoimplícito y eso se convierte en paradoja³ cuando empieza la

³ Para Varela (2005: 255) una paradoja es "...lo que permanece incomprendible sino lo

diferenciación, que da como resultado una forma que a su vez distingue un lado interno (lo diferenciado) y un lado externo (lo demás), donde no se puede comenzar a diferenciar sin antes haber diferenciado. Entonces observar es la designación de un lado de una diferenciación, por medio de una realización operativa de la diferenciación que utiliza la designación de un lado y no el otro (Luhmann, 1996).

En el observar no se presenta ningún acceso a una realidad situada en el exterior de su sistema, en su lugar están las distinciones que en la operación de distinguir producen una forma dada al diferenciar lo que no forma parte del sistema de observación. Entonces la operación utiliza la diferenciación para sí misma para observar algo que no es su misma operación, sino la unidad de la dualidad, la cual al operar recursivamente⁴ va desarrollando un límite en el sistema, donde se encierra lo observado por este sistema, emergiendo de esto: el observador. Por tanto nadie puede observarse a sí mismo como aquel que opera la diferencia, pues el observador no puede ver la operación de la observación que hace. Presentándose como única restricción a la observación el operar con un punto ciego. Además el observador es un sistema que puede observarse a sí mismo (autoobservación) y también puede observar otros sistemas (heteroobservación), debido a que está consciente de su operar en la observación, más no puede ver esa operación. Pero el observador sí puede observar otras operaciones de observación en otros sistemas, resultando que todo lo que es observado depende de la diferenciación realizada por el observador (Luhmann, 1996 y 2002).

Observación de segundo orden

Un tipo de operación de la observación especial es la observación de segundo orden u observación de las observaciones, desde la cual se observa la operación que realiza el observador al observar, describiendo las propiedades del mismo. Como menciona

examinamos saliendo de ambos planos mezclados en la estructura de la paradoja.”

⁴ La recursividad proviene de la teoría de las funciones recursivas, donde el concepto de compone de *re*: nuevo y *currere*: *introducir*. Esta se presenta en casos donde en las clausuras se introduce el resultado de una operación de nuevo en esa misma operación (Von Foester, 2006b).

Foerster (2006a: 92) “Cualesquiera que sean las propiedades a las que lleguemos, somos nosotros, ustedes y yo, los que tenemos que hacer esta observación nuestra propia observación y, en última instancia, dar cuenta de nuestro propio dar cuenta”. La operación de la observación permite la autoobservación y la autodescripción, trayendo consigo la idea del punto ciego, presente al observar la operación de la observación por medio de la reflexión. Siendo esta operación del observar una cibernética de segundo orden que se centra en los sistemas observantes, pues la cibernética de primer orden es la cibernética de los sistemas observados. (Foerster, 2006a)

La observación de segundo orden es la observación que se realiza sobre un observador, en la cual no se observa al observador como tal, sino sólo la forma en que observa. Entonces la observación de segundo orden focaliza la forma en que se observa para observar las distinciones que realiza un observador, pero esta, también es una observación de primer orden porque opera con una distinción. Diferenciándose de la de primer orden en el hecho de observar lo que el observador no puede observar por las razones de posición. Porque el observador de segundo orden distingue la observación (observada) de otras observaciones (Luhmann 2002).

En la observación de segundo orden se lleva a cabo una reducción en la complejidad, donde la totalidad del mundo se reduce solamente a lo que el otro observa, recuperando los esquemas de la diferenciación con los que el otro lo ha observado. Pero esta reducción en la complejidad resulta al final en un aumento en la complejidad, dado de manera progresiva entre el observador de primer orden y el observador de segundo orden, obteniendo la especificidad de un mundo en el que toda observación puede realizarse de manera contingente, que depende de las distinciones que se usen por medio de horizontes posibles. Presentando la observación de segundo orden una ganancia porque puede observar lo que el observador no puede observar, observa el punto ciego de este por la posición privilegiada del observador de segundo orden. En el ámbito espacial, no resulta posible darse cuenta cómo el espacio está organizado y sólo mediante el uso de esta perspectiva se trae a conciencia que desde ella se puede ver lo que los otros no pueden ver (Luhmann, 1996 y 2002).

Al observar la observación todas las observaciones se presentan constituidas de forma paradójica porque su operar actualiza lo que se presenta como una dualidad en la distinción, como una unidad de *facto*. Entonces para la observación de segundo orden el mundo aparece como una construcción que es sostenida bajo distinciones que le son contingentes, pero esta observación no resulta ser necesaria sino contingente. Excluyendo las observaciones de segundo orden en su operar a las representaciones definitivas, permitiendo sólo las posibilidades en el proceso recursivo que se lleva a cabo en la observación de las observaciones, dando como resultado estados estables propios a los que se pueda remitir para poder observar el punto ciego (Luhmann 2002).

Por medio de las observaciones contingentes el observador de segundo orden observa lo no observado por el observador de primer orden, por su punto de observación que es privilegiado puede operar en la paradoja de la unidad dual, marcando la frontera en la distinción dentro de la primera observación. La observación de segundo orden funciona como referente para el observador de primer orden, pues le presenta su punto ciego de forma indirecta. Debido a lo anterior, con la observación de segundo orden se puede obtener una referencia respecto a lo que no se ve en el ver, pero como esta a nivel operativo también se comporta como una observación de primer orden, presentando un punto ciego de igual manera, porque se manifiesta al momento de distinguir las operaciones de la observación del observador observado, quedando lo otro en el entorno del sistema que observa.

La percepción que se tiene sobre un observador, demuestra un conocimiento adquirido sobre éste y para que ocurra es necesario realizar una observación que se gatille con las estructuras del entorno, por medio de una operación enlazada entre el observador y un sistema que observa. En la operación se llevan a cabo una diferenciación y una distinción que se reflexionan como observaciones recurrentes que parten de un punto ciego. Requiriendo de una observación de segundo orden que presente lo no observado y por tanto la unidad de la dualidad desde la que se crea una paradoja en la distinción sistema/entorno, desde donde se construye la comunicación de lo observado respecto a lo gatillado con la estructura del sistema y los elementos del entorno, generando la

autopoiésis en la observación. Por lo cual ¿Qué pasa con el observador y el conocimiento respecto al sistema en el cual se desenvuelve (en este caso la ciudad), al momento de construir su realidad? Porque:

“El saber es construido por el organismo viviente para ordenar lo más posible el flujo (en sí mismo uniforme) de la experiencia en hechos repetibles y en relaciones relativamente seguras. Las posibilidades de construir semejante orden están determinadas por los pasos previos de la construcción y esto quiere decir que el mundo “verdadero” se manifiesta exclusivamente cuando nuestras construcciones naufragan. Pero como sólo podemos describir y explicar el naufragio con precisamente esos conceptos que hemos empleado para construir las estructuras fallidas, nunca nos será dada una imagen del mundo a la cual podamos culpar del naufragio.” (Von Glasersfeld, 2005: 36)

Entonces la repetibilidad de los hechos y la creación de esas relaciones seguras que dan orden al sistema caótico por medio de la observación de segundo orden, son las que dan la imagen del mundo que no se observa en primera instancia. Pues refiere al punto ciego, dotando de elementos para la toma de decisiones en la operación cotidiana.

Pero no se da una imagen del mundo en su totalidad, pues la observación de segundo orden parte también de un punto ciego y en el caso de los habitantes urbanos se toma la información de los *massmedia* como referente a ese no ver. Ocasionando que se parta de un sesgo en la construcción de la ciudad en la vida cotidiana, pues esas imágenes son partes de la totalidad.

I.II. EL LENGUAJE

Sistemas comunicativos y el lenguaje

En la teoría lingüística de Saussure el lenguaje presenta una forma individual-social (la diferenciación habla y lengua) que no se pueden separar ni considerar como elementos aislados dada su codependencia funcional. Donde la lengua se presenta como un sistema (dentro de esta teoría) que "...no es más que una determinada parte del lenguaje, aunque esencial. Es a la vez producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos. Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito." (Saussure, 2005: 57) Siendo un sistema cerrado determinado por el grupo lingüístico hegemónico, ubicando como primer papel en la organización de la lengua como sistema "...la facultad de asociación y de coordinación, que se manifiesta en todos los casos en que no se trate nuevamente de signos aislados..." (Saussure, 2005: 62). Porque la lengua es una institución social (por su carácter arbitrario) y un sistema de signos que expresa ideas, las cuales son aceptadas por los miembros de la comunidad lingüística, generando la base de la estructura de la comunicación del sistema social la cual la reproduce.

Siendo los caracteres de la lengua: 1) un objeto bien definido en el conjunto heterogéneo del lenguaje, que por ser la parte social del lenguaje, es externo al individuo y éste no puede crearla ni modificarla por sí sólo, por la existencia de un tipo de una especie de contrato entre los miembros del grupo lingüístico que sería la convención social. 2) Los estudios de la lengua pueden prescindir de otros elementos del lenguaje, siendo posibles sólo si estos elementos no se inmiscuyen en la investigación. 3) El lenguaje se presenta como una estructura heterogénea y la lengua es de naturaleza homogénea por la unión del sentido y de signos acústicos, donde ambos son construcciones psíquicas. 4) En la lengua sus signos lingüísticos son objetos de naturaleza concreta, dado el hecho de que no por ser construcciones psíquicas sean abstracciones, pues se presentan como realidades en el cerebro al

momento de ser asociaciones ratificadas por el consenso colectivo, que en su conjunto la constituyen. (Sassure, 2005)

La característica de dualidad que presenta el lenguaje en su diferenciación entre lengua y habla se puede abordar desde la teoría de sistemas autorreferenciales, pero sí se toma desde ésta postura se llega a desconocer el lenguaje como sistema⁵, pues como menciona Luhmann:

“...el lenguaje no posee ningún modo propio de operar, y no debe ser manejado como el acto mismo de pensar o como el de participar en la comunicación. Consecuentemente, el lenguaje no constituye un sistema propio. Es y seguirá siendo dependiente del hecho de que los sistemas de conciencia, por una parte, y el sistema de comunicación, por otra, prosigan la propia autopoiesis mediante operaciones propias completamente clausuradas. Si esto no sucediera, cesaría inmediatamente todo lenguaje, y luego toda posibilidad de pensar lingüísticamente.” (Luhmann, 2002: 291)

El lenguaje al carecer de un instrumento de observación que permita designar una realidad independiente -lo que Luhmann (1996) llama operación-, hace que no se constituya como un sistema. Para que se genere como un sistema necesita la unión selectiva de operaciones recursivas que permiten la autopoiesis por medio de la clausura de operaciones, pero como no tiene un operar autónomo el lenguaje parte de una heterorreferencia determinada por el grupo lingüístico al cual se pertenece, por lo tanto es halopoiético. De lo contrario sí no operara de ésta forma se complicaría la comunicación en el sistema social, pues el lenguaje construiría sus propias reglas para su autopoiesis y se presentaría un constante cambio de los signos (ya fuera de significantes o significados) y por ende de los códigos comunicativos dificultando el acoplamiento y su simbolización generalizada.

El lenguaje es simbólicamente generalizado en los acoplamientos comunicativos que

⁵ Esta postura no es exclusiva de Luhmann, pues para Ricoeur (2003: 23) (cuando se refiere al sistema lingüístico) “...el sistema no existe. Tiene solamente una existencia virtual.” Pues el mensaje otorga realidad al lenguaje y el discurso fundamenta la existencia.

llevan a cabo los sistemas psíquicos en su comunicar, los cuales determinan la generación del lenguaje por medio de la autorreferencia y la heterorreferencia en la distinción con el sistema social. De tal forma que “...el lenguaje no es ningún sistema, porque no posee una forma específica de operación. La operación del lenguaje le adviene por la comunicación o por una realización de conciencia que introduce en el lenguaje las formas de sentido.” (Luhmann, 2002: 294) Entonces el lenguaje se presenta como un elemento fundamental en la estructuración de la información que compone el sistema comunicativo, que a su vez interpenetra en distintos sistemas por medio de signos autorreferidos a las comunicaciones de cada sistema acoplados recursivamente.

El lenguaje al estar constituido por signos autorreferenciados en la operación comunicativa, es la base de la diferenciación y distinción llevada a cabo por el sistema comunicativo en su acoplamiento estructural, emergiendo la realidad como resultado de la construcción de estas operaciones de observaciones articuladas y determinadas estructuralmente, que son simbólicamente generalizadas por los sistemas de conciencia. De ahí que el carácter social del lenguaje dependa de la forma en que es acoplado en el proceso de diferenciación, entre designado/no designado, generando una paradoja que constituye la realidad como una unidad de la diferencia operacional de la observación, generándose autodescriptores que asignan un nombre a lo diferenciado.

Al interior de su operación el sistema emplea conceptos que se han designado y determinado por medio de un relativismo histórico y que con el tiempo se afianzan o desechan, con la finalidad de autodefinirse por medio de el uso de contrastes que en su mayoría son dicotómicos (por ejemplo rural/urbano o democracia/dictadura) y refieren a la alteridad, los cuales son usados para realizar la distinción entre los elementos del entorno, trayendo consigo su respectivo punto ciego inherente de toda distinción. Como menciona Luhmann:

“En la forma más simple, el sistema se confiere un nombre, una designación rígida e invariante que en razón de esa rigidez siempre se

repite y se puede aplicar en innumerables situaciones distintas e imprevisibles. Sobre estos nombres propios pueden apoyarse luego las contraposiciones que oponen al sistema otro sistema para identificarlo en el contraste...Esto permite...un paulatino ir llenando los contrastes con designaciones estructurales...y, con ello, un enriquecimiento del contenido del texto con el cual el sistema se autodesigna. A tales textos, incluyendo nombres, los llamaremos autodescripciones.” (Luhmann, 2007: 698)

Los autodescriptores son los componentes autorreferenciales del sintagma utilizados por el sistema en la diferenciación, donde se designa una autoindicación y una identidad basada en las diferencias/oposiciones, y no, en las similitudes otorgadas por sus propios elementos, los cuales refuerzan la diferenciación por medio del uso de signos significados por las convenciones sociales que no son otra cosa más que los códigos con los que opera su acoplamiento el sistema comunicativo. Permitiendo los autodescriptores que se gatille en el operar del comunicar y conocer lo que Maturana (2000) llama *la red de coordinación recursiva entrecruzada de coordinaciones consensuales de acciones*, generada cuando dos o más personas interactúan de forma recurrente.

Por medio del operar en *la red de coordinaciones recursivas entrecruzada de coordinaciones consensuales de acciones* los sistemas de conciencia (los humanos) existen y se construyen por medio del lenguaje, donde todas las operaciones no biológicas (socioculturales) se llevan a cabo bajo el funcionar dentro del lenguaje humano (que es una construcción simbólica socialmente generalizada), permitiendo subjetivizar/abstraer los elementos/componentes de la realidad en una serie de conceptos que se pueden explicar o por lo menos nombrar (en algunos casos) por medio de la significación los sucesos/acontecimientos⁶ que ocurren en nuestra cotidianidad.

El uso de *la red de coordinaciones recursivas entrecruzada de coordinaciones*

⁶ Para Ricoeur (2003: 23) “...el discurso es *el* acontecimiento del lenguaje”.

consensuales de acciones no es exclusiva de la especie humana, dado que existe en los animales algo que se le podría llamar lenguaje (antropizando analógicamente su comunicación) que va más allá de la trofolaxis (comunicación bioquímica de algunas especies no humanas), como reportan Ouattara, Lemasson y Zuberbühler (2009) en su trabajo sobre la concatenación de la vocalización de los monos de Campbell (*Cercopithecus campbelli*), esta especie presenta lo que sería el equivalente a los sufijos en el lenguaje humano, donde los machos adultos emiten seis diferentes tipos de secuencias de llamado (viajar, subirse a los arboles, grupos vecinos, animales no depredadores y la amenaza de un depredador) que son combinadas según el contexto específico de lo que quieran comunicar, generando una protosintaxis producto de las secuencias del llamado que son concatenadas de forma no azarosa según sea la amenaza que se presente, por ejemplo el sonido emitido para comunicar una orden de moverse como grupos (cohesión y viaje) emiten un *boom*, cuando el *boom* se relaciona con un *krak-oo* la señal es subirse a los arboles como una señal genérica de alerta, cuando es un grupo vecino de monos la secuencia es *boom/krak-oo/hok-oo*, pero sí se trata de un depredador como un águila la secuencia es *wak-oo* y para leopardo es *krak-oo*, donde el (pseudo)sufijo *oo* da la especificación del depredador concatenando las llamadas de alerta que son entendidas por el resto de la manada y con la concatenación de las secuencias se da la protosintaxis generando un sintagma de la imagen sonora (en el sentido de Sussure), que sería el equivalente a los autodescriptores de los sistemas de conciencia y que al momento de ser acoplados por el resto de los monos se generaría *la red de coordinación recursiva entrecruzada de coordinaciones consensuales de acciones*. El ejemplo de los monos de Campbell encajaría en las características del lenguaje como fenómeno biológico, dado que se presenta un acoplamiento estructural de tercer orden. Porque el lenguaje como fenómeno biológico es:

“...en su origen filogenético y en su constitución ontogénica una operación en un ámbito de coordinaciones consensuales de coordinaciones consensuales de acciones que surgen como un resultado de la coexistencia íntima en las coordinaciones de acciones en la línea de los primates bípedos a la que pertenecemos, y que debe ser establecido de nuevo en cada niño durante su

coontogenia con los adultos con lo que crece.” (Maturana, 2000: 163)

Entonces para Maturana (2000) el lenguaje no es un sistema de funcionamiento con símbolos abstractos de comunicación que surgen después del lenguaje y tampoco previamente, además no es producido en el cuerpo de quienes son partícipes de la comunicación, a pesar de ser producido a través de las modificaciones e interacciones del cuerpo que son acopladas en coordinaciones de acciones que consensuadas por los observadores en la recurrencia *cambios corporales/coordinación de acciones*, que son acopladas al lenguaje. Pues lo que “...un observador ve como los contenidos de un proceso de lenguaje es una distinción en el lenguaje que un observador hace de las relaciones de un proceso de lenguaje en una red de lenguaje.” (Maturana, 2000: 163)

Pero entonces ¿Qué hace la diferencia entre el lenguaje humano con el de los monos? Una respuesta sería desde Maturana y Varela (2003: 139) pues para ellos “...la característica clave del lenguaje que modifica de manera tan radical los dominios conductuales humanos haciendo posibles nuevos fenómenos como la reflexión y la conciencia...es que el lenguaje permite al que opera en él *describirse a sí mismo* y a su circunstancia.” Entonces es a través del lenguaje como el humano se diferencia en base a autodescripciones como animales humanos de la línea filogenética de los primates y, probablemente los monos de Campbell generarían alguna secuencia donde incluir al animal humano sí se tuviera más contacto con él, pero esto no dejaría de ser una descripción de otro animal extraño e inclusive en el caso donde hacen referencia a otra manda de la misma especie no se presenta el proceso de describirse a sí mismo (mucho menos de autoreflexión) y a su circunstancia, pues es tan sólo una referencia al otro (como amenaza basada en un instinto) más no una descripción de *en sí para sí*.

La capacidad de materializar la imagen sonora del lenguaje va más allá del significado dado y la autoreflexión, pues es lo que marca la diferencia entre el lenguaje del animal humano y el resto de los animales por más elaborado que se presente este último. Porque la materialización del lenguaje se manifiesta por la palabra como significante, donde su principal cualidad es existir de forma física permitiendo que pueda ser

representado por distintos medios y formas, donde la semantización es lo que genera la diferencia del resto de los primates y animales sociales, ya que por ella se pueden estructurar diversos mensajes, sentidos y discursos respecto a situaciones espacio/temporales, emociones y algo que posiblemente sea lo más determinante los imaginarios y las fantasías. Presentándose la palabra como la base de la realidad vivencial al momento de materializar las imágenes, permitiendo la construcción del nicho y hábitat de los humanos tanto físicamente como simbólicamente.

La capacidad de autodescribirse y autoabstraerse por medio del lenguaje (y el dibujo también) es la principal característica del lenguaje humano que lo hace diferente de otros lenguajes de animales sociales⁷, pues le permite diferenciarse respecto al entorno por medio de la autorreferencia comunicativa, dotándolo de sentido de identidad respecto a la diferencia creando la unidad diferenciada yo/Otro(s), permitiendo que el animal humano distinga por medio del uso lenguaje su mundo y de ahí lo simbolice conforme lo recorre y construye de forma abstracta. Donde lo central no es el poder significar el mundo sino hacerlo a partir de lo que ha sido previamente simbólicamente generalizado y que permite que se opere dentro del sistema comunicativo. De tal forma que lo humano sólo se puede construir desde el lenguaje fónico, semántico o visual que permita hacer la referencia del sujeto respecto al mundo de lo simbólico.

⁷ Resulta interesante la postura de Rousseau (1996: 16) respecto a la “lengua” relacionado con el transmitir sentimientos, lo cual marcaría la diferencia con los animales pues: “Dad al hombre una organización tan burda como gustéis: adquirirá sin duda menos ideas; pero basta que exista un medio de comunicación entre él y sus semejantes por medio del cual uno pueda actuar y el otro sentir, para que logren comunicarse tantas ideas como tengan. Los animales cuentan para esa comunicación con una organización más que suficiente, pero nunca ninguno de ellos le ha dado tal uso.”

I.III. EL YO URBANO

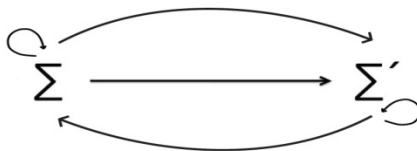
Trofolaxis lingüística y el surgimiento del yo urbano

En los humanos la cohesión social es determinada por el acoplamiento recursivo del lenguaje llevado a cabo, por lo que Maturana y Varela (2003: 143) nombran, *trofolaxis lingüística*, que es "...un mecanismo que permite la coordinación conductual ontogénica, como un fenómeno que admite un carácter cultural, al permitir que cada individuo "lleve" al grupo consigo sin necesidad de interacciones físicas continuas con él". Siendo producto de la deriva cultural que ha sido acoplada por los distintos grupos humanos a través de la evolución biocultural, donde el elemento central que posiblemente permitió esta evolución es el lenguaje por medio de la materialización de la imagen sonora, transmitida de forma coontogénica.

La abstracción de la imagen sonora en un símbolo lingüístico permite que no se requiera de una dependencia física para su transmisión, porque para llevar a cabo una comunicación el Otro (como alteridad) no tiene que estar presente en una relación de cara a cara, pudiéndose presentar como un sujeto ausente en el proceso comunicativo donde lo que importa es el sentido dado por el sistema de conciencia. Sentido que se le da a través de los significados que van más allá del significante, generándose una serie de conceptos que permiten articular/describir lo vivido y percibido por el sujeto (Σ), que a su vez es acoplado por otro sujeto (Σ') que valida la articulación/descripción del primero, emergiendo de esto un yo⁸ que comunica, ya sea el sujeto o el Otro.

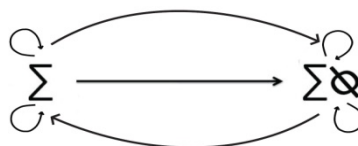
⁸ Esta idea del yo que comunica encuentra su definición en el yo de Husserl (2005: 141), puesto que es "...el sujeto idéntico de la función en todos los actos de la misma corriente de conciencia; es el centro de irradiación, o centro de recepción de radiación, de toda vida de conciencia; de todas las afecciones y acciones, de todo atender, captar, referir, vincular, de todo tomar posición teórico, valorativo, práctico, de todo estar alegre y estar triste, esperar y temer, hacer y padecer, etc. Con otras palabras, todas las polimorfías particularidades de la referencia intencional a *objetos* que se denominan actos, tienen su necesario *terminus a quo*, el punto-yo, del cual irradian."

Figura 1: Acoplamiento recursivo del lenguaje por dos sujetos



El sujeto (Σ) también se manifiesta como sujeto ausente o un sujeto imaginario bajo la forma de $\Sigma\emptyset$ que coordina sus operaciones comunicativas de un fenómeno nouménico (la cosa *en sí*) o fenoménico (la realidad) a Σ' por medio de la trofolaxis lingüística, que sí es acoplada de manera recurrente produce el sujeto fáctico (el observador) opuesto al sujeto imaginario debido a que la trofolaxis es un mecanismo social y depende de las convenciones que validan el uso del lenguaje, de ahí que sea el principio estructural de la realidad. En el caso de que la comunicación se dé bajo hacia $\Sigma' = \Sigma\emptyset$, se presentará una pseudotrofolaxis lingüística donde $\Sigma = \Sigma'$. Entonces Σ sería el que validaría su propio lenguaje a través de una alteridad imaginada que generaría un pseudolenguaje (por ejemplo lo que escribía Spider en su diario en la película de David Cronenberg del mismo nombre), surgiendo un yo onírico⁹ idealizado en la fantasía y no tamizado en la realidad construida a través de los significados socialmente determinados.

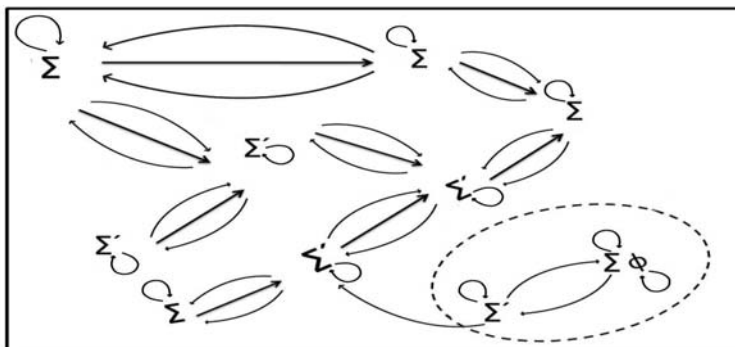
Figura 2: Acoplamiento falso del lenguaje entre un sujeto y un sujeto imaginario



⁹ Habría que considerar al yo onírico ligado al mundo onírico de Schutz y Luckmann (2003: 52) donde “El otro que aparece en mi sueño no se presenta en un presente vivo común, sino en una relación cuasi-social. El otro, aunque yo lo sueñe en aspectos de su corporeidad viva y en estrecha relación con mi yo íntimo, aparece como un tipo, que está presente, pero con el cual no vivo.”

Pero ¿Por qué se da esa construcción de un yo onírico por medio de la pseudotrofolaxis lingüística? Para Maturana y Varela (2003: 153) “...en la red de interacciones lingüísticas en que nos movemos, *mantenemos una continua recursión descriptiva que llamamos “yo”, que nos permite conservar nuestra coherencia operacional lingüística y nuestra adaptación en el dominio del lenguaje.*” Entonces cuando se presenta una pseudotrofolaxis lingüística el yo que es representado en el sistema comunicativo es un yo onírico, donde su comunicación no es acoplada por los otros observadores, pues resulta sólo en un monologo entre Σ y $\Sigma\emptyset$ (en el cual construye su trofolaxis lingüística con la cual opera) y los códigos y el sentido comunicados son desde su dominio lingüístico y le permiten operar en su comunicación.

Figura 3: Configuración de la trofolaxis lingüística



La continua recursión descriptiva que es el yo, se representa en el acoplamiento lingüístico que ha sido acumulado en la deriva cultural. Determinado históricamente y coontogénicamente, pero sólo se observa al momento en que se lleva cabo una comunicación recursiva, pues Σ' distingue/diferencia al yo de Σ de otros yo y del suyo, donde el yo latente permanece cifrado en la comunicación (sólo podría ser representado desde una observación de segundo orden). Pero ¿Por medio de qué opera la trofolaxis lingüística que permite que acoplemos la comunicación de un acontecimiento? Porque lo que se transmite en la comunicación son signos lingüísticos que al unirse forman palabras que al estructurarse de manera sintagmática generan

oraciones que en su totalidad generan discursos, donde se transmite el sentido sustentando en un observable, que es definido por García como:

“...mucho más que un simple registro perceptivo. A su vez, un “hecho” –ya sea que se trate de una propiedad, de una acción o de un evento cualquiera– puede ser considerado como un observable a partir del momento en que es “interpretado”, es decir, revestido de una significación relativa a un contexto más amplio. La interpretación hace al “hecho” solidario de un sistema de conceptos (y “preconceptos”) que corresponden a la experiencia previa...y a su propia ideología.” (García, 2007: 78)

Siendo los observables la base de información con la que opera la trofolaxis lingüística debido a que estos son signos simbólicamente generalizados, pero ¿Cómo se acoplan estos observables al yo? Y ¿Qué tipos de yo emergen de estos acoplamientos y los contextos en los cuales se presenten que permitan la construcción del yo urbano?

Los acoplamientos de los observables al yo se pueden explicar desde la figura del yo cognitivo que plantea Varela (2003) dado que es la manera en cómo un organismo se convierte en una unidad distinguida en el espacio por medio de su actividad autopoietica. Encontrándose siempre acoplado al entorno, pero a la vez se distingue del mismo, resultado en un yo coherente distinguido que configura un mundo externo de percepción y acción por medio del proceso con el cual se constituye a sí mismo como una unidad de percepción/movimiento en el espacio referido a una clausura operativa del sistema nervioso. De la diferenciación entorno/yo cognitivo emergen dos dimensiones que constituyen lo cognitivo y que se encuentran relacionadas con el operar de yo, siendo una *dimensión de acoplamiento* que se presenta cuando el yo se une con el entorno permitiendo de esta forma la continuidad del yo como una entidad individual y, una *dimensión imaginaria* que se da cuando existe un excedente de significatividad (que es la máxima de la intencionalidad) adquirida en la interacción global del yo.

El yo cognitivo de Varela (2003) emerge de la forma en que el individuo (Varela lo

nombra como organismo pues lo aplica a sistemas biológicos) se acopla *en* el entorno y en el entorno *para* el sistema, lo cual permite la diferenciación entre un operar en el entorno (esto es posible sólo desde una observación de segundo orden) o en el mundo (definido en el momento en que surge la identidad como yo). Siendo el excedente de significación lo que permite la diferenciación que tiene como base la forma en que un yo deviene en otro. Lo anterior trae como consecuencia una diferenciación en el operar entre el yo diferenciado del entorno y el yo diferenciado de otros yoes y por lo tanto dos tipos de acoplamientos y formas de autorreflexión que permiten el surgimiento de distintos tipos de yo, como el caso del yo virtual de Varela (2003) que emerge de un patrón coherente de componentes locales simples pero su localización no puede ser encontrar.

La propuesta de Varela sobre los distintos yoes está influenciada por la fenomenología de Husserl (2005) en la que se plantean dos tipos de yo principalmente, según sea la forma en que se experimentan las vivencias (que pueden ser sensaciones, percepciones, recuerdos, sentimientos o afectos) que están enlazadas y entretrejidas entre sí que fluyen de forma estratificada unas con otras, emergiendo una corriente unitaria que está constituida y entretrejida por otras unidades a la que hacen referencia los conceptos del yo ligados diferentes sentidos, según sea la vivencia. Estos tipos del yo son el *yo puro* y el *yo empírico* al cual se le encuentra ligada la unidad del *yo hombre*, donde este último se puede complementar con el yo cognitivo de Varela para llegar a una definición del yo urbano.

El yo puro se presenta "...en tanto que me tomo puramente como el que en el percibir está dirigido a lo percibido, en el conocer a lo conocido, en el fantasear a lo fantaseado, en el pensar lógico a lo pensado, en el valorar a lo valorado, en el querer a lo querido..." (Husserl, 2005: 134), siendo un yo transcendental referido a las vivencias y también a objetos. Mientras que el yo hombre es "...el yo que no solamente se adjudica sus vivencias como sus estados psíquicos, e igualmente se adjudica sus conocimientos, sus rasgos de carácter y otras contexturas permanentes similares que se manifiestan en las vivencias, sino que también designa sus contexturas corporales

como las “suyas” y las incluye, por ende, en las esfera-yo.” (Husserl, 2005: 128) El yo hombre se presenta como un fragmento del mundo real circundante del yo puro, funcionando como “...miembro central fenomenal-*real* para la constitución aparicional del mundo espacial-temporal en su totalidad: para toda experiencia de la *objetividad* espacio-temporal está presupuesta la co-aparición del HOMBRE que experimenta, pero también, en efecto, la referencia aperceptiva a la co-aparición de sus prójimos (o *animales* próximos) reales o posibles.” (Husserl, 2005: 147) De tal forma el yo hombre opera como un yo cognitivo por medio de la diferenciación en el entorno (cuando se diferencia de otros hombres, animales o cosas) y en el mundo (cuando funciona como miembro central de la constitución del mundo). Diferenciación sustentada por su vivencia que marca los límites de la clausura operativa.

“Veo la mente como una propiedad emergente, y la consecuencia importante e interesante de esta propiedad emergente es nuestro propio sentido del yo. Mi sentido del yo existe porque me proporciona una superficie de intercambio con el mundo. Yo soy <<yo>> para las interacciones, pero mi yo no tiene una existencia sustancial, en el sentido de que no se le puede localizar en ninguna parte...Mi mente tienen la cualidad de <<estar ahí>>, lo que me permite relacionarme con los otros.” (Varela, 2000: 202)

La trofolaxis lingüística es constituida por los niveles micro y macro, donde el primero corresponde a los signos lingüísticos y el segundo por los discursos que emergen de las narrativas de la ciudad y cuando son entrelazados recursivamente generan la mente urbana que es la base de la forma de vida urbana. Lo cuales se encuentran entrelazados de manera recurrente, teniendo en común los marcadores semánticos que construyen la trofolaxis urbana y de los cuales emerge el yo urbano.

La trofolaxis lingüística en marcadores semánticos de niños y pubertos urbanos

El yo urbano se manifiesta por medio del discurso del habitante de la ciudad, porque por medio de los juegos de lenguaje los habitantes urbanos se va reconocen por medio del entendimiento de sus códigos que les han sido transmitidos de manera coontogénica

por medio de la familia, la escuela y la sociedad. Donde el nivel más básico de la trofolaxis son las palabras, que pueden ser ubicadas por medio de marcadores semánticos en los habitantes urbanos. Pudiendo ser ubicados por medio de las redes semánticas, en las cuales por el recorrido y activación de los conceptos que configuran la red se obtiene el significado de algo, formándose los esquemas de conocimiento usados “con frecuencia para representar estructuras de datos con grupos de conceptos que constituyen el conocimiento genérico acerca de eventos, escenarios y acciones que se han adquirido en experiencias pasadas.” (López, 2002: 18). De ahí que permitan ubicar los elementos con los cuales se va estructurando el discurso de la ciudad porque la red semántica es:

“...aquél conjunto de conceptos elegidos por la memoria a través de un proceso reconstructivo. No está dicha red dada únicamente por vínculos asociativos. La red semántica de un concepto está dada por la naturaleza de los procesos de memoria que eligen los elementos que la integran. Dicha selección no se hace en base a la fuerza de la asociación, sino a la clase de propiedades de los elementos que integran la red...[donde]...el conocimiento adquirido se integra a la estructura presente enriqueciéndola, y es la memoria como proceso activo de reconstrucción la que extrae la información necesaria para formar la red semántica. Este proceso...es el responsable de la compleja interrelación de los eventos que confieren al lenguaje uno de sus principales aspectos: el significado.” (Figuroa, 1981: 449)

La interrelación de los eventos que le confieren al lenguaje su significado son los mismos por medio de los cuales se manifiesta el yo urbano. Porque cada conjunto de conceptos que conforman la red es lo que sustenta la trofolaxis lingüística, que al ser acoplada por la red de otros observador permite que se construya el lenguaje que aglutina la forma de vida urbana. Pero ¿Cómo se puede obtener la red semántica para el yo urbano? Por medio de la técnica de las redes semánticas naturales.

La técnica consiste en pedir a la población que se quiere saber su red que definan de forma clara y precisa la palabra estímulo, que para el caso del yo urbana fue la ciudad; esto mediante el uso mínimo de cinco términos sueltos que consideren están relacionados con ella, pudiendo ser: verbos, adverbios, sustantivos, adjetivos, etc.; sin

utilizar artículos ni preposiciones. Después se les pide que jerarquicen todas y cada una de las palabras que dieron como definidoras, en función de la relación, importancia o cercanía que consideren que tienen con la palabra estímulo (Hernández & Valdez Medina, 2002).

Con los datos que surgen de este procedimiento se obtiene cuatro valores los cuales son:

- 1) **Valor J:** el total de palabras definidoras para cada palabra estímulo. Índica la riqueza semántica de la red.
- 2) **Valor M:** indicador del peso semántico para cada una de las palabras definidoras. Se obtiene multiplicando la frecuencia con la cual apareció la palabra por la jerarquía dada.
- 3) **Valor SAM:** el grupo de las diez palabras definidoras que obtuvieron los valores más altos del valor M.
- 4) **Valor FMG:** el porcentaje que presentan las palabras definidoras.
- 5) **Valor G:** la diferencia entre el valor M menor y el valor M mayor del conjunto SAM entre 10.

Los conceptos que constituyen el conjunto SAM podrían ser la base de la trofolaxis urbana, donde para sustentar lo anterior se le aplicó el instrumento a niños y pubertos que estudiaban en los grados de segundo de primaria hasta tercero de secundaria. Donde se les pregunto qué definirían la ciudad a 8 grupos (4 de hombres y 4 de mujeres) de 50 sujetos cada uno, siendo: grupo 1 estudiantes de segundo y tercero de primaria, el grupo 2 cuarto y quinto de primaria, grupo 3 sexto de primaria y primero de secundaria, y grupo 4 segundo y tercero de secundaria.

El criterio para seleccionar los grados de escolaridad se basó en los postulados de la teoría psicogenética de Piaget (1996) en la que se plantean seis estadios del desarrollo mental del niño. Donde se va construyendo la estructura mental y en el caso de los niños urbanos se trofolaxis lingüística de la que emerge el yo urbano. Perteneciendo uno de los grupo al *período de preparación y organización de las operaciones concretas*

de clases, relaciones y números específicamente al *subperíodo de las operaciones concretas* que se presenta de los 7 u 8 años hasta los 11 o 12 años, en el cual se van equilibrando una serie de estructuras en forma de agrupaciones (estructuras que todavía no son grupos) que pueden ser: clasificaciones, seriaciones, correspondencias término a término, correspondencias simples o seriales, entre otras. El otro grupo de estudio corresponde al *período de las operaciones formales* que abarca de los 11 o 12 años a los 13 o 14 años, en el cual medio de operaciones combinatorias aparecen las proporciones y la capacidad de razonar sobre enunciados e hipótesis. De tal forma que es en estos períodos en donde se estructuran los conceptos que configuran la trofolaxis lingüística de la ciudad.

Las palabras con las que se construye el significado semántico de ciudad (como en este caso que provienen de niños y pubertos que cursan educación básica en una escuela pública del área metropolitana de Monterrey) no pueden ser generalizadas, pues vararía según sea su cultura, sociedad y símbolos con los que operan las formas básicas de socialización. Pero de ésta se pueden ubicar elementos lingüísticos básicos. Una especie de partícula elemental de la forma de vida urbana, de la cual se derivan las diversas formas (en el sentido de forma de vida) en las que se manifiesta. Porque existe una idea general de los elementos simbólicos presentes en las ciudades que se transmite por medio de la escuela, familia, *massmedia*, libros y demás elementos con los que el niño va construyendo su red semántica y de manera concomitante su trofolaxis que esta subsumida a los marcadores semánticos básicos.

La red semántica de la ciudad

Se puede identificar parte de la trofolaxis lingüística de los habitantes urbanos por medio de las palabras que éstos dan cuando se les pregunta que definan ciudad. Porque las palabras obtenidas son la base de la representación de los marcadores semánticos con los cuales los habitantes urbanos van construyendo lingüísticamente su hábitat y en consecuencia, el discurso que determina al yo urbano. Siendo en los niños donde se encuentran las palabras básicas con las que posteriormente se estructura una definición

de ciudad compartida con el resto de los habitantes urbanos.

En el caso de los hombres las palabras que se presentaron con mayor frecuencia en los tres primeros lugares fueron: auto, casa y edificio. En cuanto a las mujeres las palabras son: auto, casa, árbol, personas y edificios. (Tabla 1 y 2)

Tabla 1: Conjunto SAM de los hombres

Grupo 1H				Grupo 2H			
SAM	M	FMG	G	SAM	M	FMG	G
auto	248	100	0	autos	152	100	0
edificio	189	76.2	5.9	casas	149	98.0	0.3
casa	183	73.8	0.6	edificios	135	88.8	1.4
árbol	153	61.7	3	escuelas	106	69.7	2.9
escuela	133	53.6	2	personas	96	63.2	1
tienda	106	42.7	2.7	tiendas	91	59.9	0.5
calle	105	42.3	0.1	arboles	83	54.6	0.8
parque	78	31.5	2.7	calles	75	49.3	0.8
persona	67	27.0	1.1	bonita	56	36.8	1.9
restaurantes	50	20.2	1.7	semáforos	53	34.9	0.3
Grupo 3H				Grupos 4H			
SAM	M	FMG	G	SAM	M	FMG	G
edificio	305	100	0	autos	230	100	0
auto	241	79.0	6.4	edificios	223	97.0	0.7
casa	215	70.5	2.6	personas	201	87.4	2.2
calle	196	64.3	1.9	casas	169	73.5	3.2
persona	121	39.7	7.5	calles	105	45.7	6.4
escuela	120	39.3	0.1	escuelas	87	37.8	1.8
árbol	111	36.4	0.9	tiendas	65	28.3	2.2
parque	101	33.1	1	arboles	62	27.0	0.3
avenida	58	19.0	4.3	animales	59	25.7	0.3
grande	58	19.0	0	parques	55	23.9	0.4

Tabla 2: Conjunto SAM de las mujeres

SAM	Grupo 1M			SAM	Grupo 2M		
	M	FMG	G		M	FMG	G
auto	309	100	0	auto	254	100	0
casa	207	67.0	10.2	casa	253	99.6	0.1
árbol	162	52.4	4.5	edificio	162	63.8	9.1
calle	146	47.2	1.6	árbol	143	56.3	1.9
edificio	140	45.3	0.6	escuela	143	56.3	0
escuela	132	42.7	0.8	tienda	108	42.5	3.5
tienda	100	32.4	3.2	parque	96	37.8	1.2
bonita	62	20.1	3.8	calle	96	37.8	0
personas	62	20.1	0	personas	83	32.7	1.3
grande	51	16.5	1.1	hospital	72	28.3	1.1
SAM	Grupo 3M			SAM	Grupo 4M		
	M	FMG	G		M	FMG	G
auto	214	100	0	casas	220	100	0
casa	211	98.6	0.3	carros	188	85.5	3.2
persona	208	97.2	0.3	edificios	167	75.9	2.1
edificio	198	92.5	1	personas	146	66.4	2.1
escuela	127	59.3	7.1	escuelas	98	44.5	4.8
calle	97	45.3	3	calles	85	38.6	1.3
tienda	89	41.6	0.8	parques	60	27.3	2.5
árbol	86	40.2	0.3	avenidas	53	24.1	0.7
avenida	71	33.2	1.5	tiendas	53	24.1	0
parque	59	27.6	1.2	camiones	52	23.6	0.1

Las palabras dan muestra de elementos cotidianos que se presentan en la ciudad, porque una ciudad sería difícil de imaginar sin edificios, pues esta palabra es la que define más un entorno urbano. No importando que sean ciudades con un desarrollo horizontal, siempre se está presente (por lo menos en el imaginario) un edificio emblemático que la dote de ese sentido urbano, basta recordar cómo era representada la ciudad por los futuristas y los estridentistas. De tal forma que no resulta extraño que las utopías urbanas presenten su máxima manifestación en ciudades que están constituidas en su totalidad por un macizo de edificios en los cuales se llevan a cabo todas las actividades que conciernen a la ciudad, como se ha representado en el cine en *Metrópolis* de Fritz Lang o *Tiempos Modernos* de Charles Chaplin, así como en el caso de la divulgación científica en una ilustración que apareció en agosto de 1925 en la revista *Popular Science Monthly*, donde se presenta una ciudad con un desarrollo vertical hacia las dos direcciones, en la cual los automóviles circulan por calles subterráneas de varios niveles (cosa que ya ocurrió con el centro de Madrid), existiendo

carriles para baja velocidad y en un nivel inferior para alta, así como el del servicio de transporte subterráneo, en el último nivel. Los peatones se ubican en el nivel que se encuentra en la intemperie, que correspondería a las calles en cualquier otra ciudad. Respecto a los edificios estos albergan en sus distintos niveles las oficinas, escuelas, comercios y viviendas. Por lo tanto tal ilustración presenta el ideal de una ciudad que lleva al extremo la forma de vida urbana.

La palabra carro es casi igual de significativa que los edificios en la construcción del significado de ciudad, aunque, es casi porque no son elementos exclusivos de las ciudades, pues se pueden encontrar vehículos automotores de cualquier tipo en cualquier lugar donde haya un camino por donde circular. Pero la importancia del automóvil radica en que es uno de los elementos que se crearon y desarrollaron en y para la ciudad, en una primera instancia. Objeto que encuentra su importancia en su permisividad de la movilidad en la ciudad, característica principal de las ciudades actuales, en las que la movilidad y la velocidad, son factores claves de los que emergen sus interacciones y formas de vida urbana. Así como no se puede conceptualizar e imaginar una ciudad sin edificios, lo mismo ocurre con el automóvil, aunque se podría argumentar que en las ciudades arcaicas se carecía de éstos; no se puede negar que siempre han existido elementos de movilidad del hombre más allá de los humanos, ya fueran carretas, caballos u algún otro objeto que sirviera para éste fin. De ahí la importancia que adquiere este concepto respecto a la red semántica obtenida.

La casa al ser un espacio de proyección y reproducción del entorno en el que están inmersos los habitantes de la ciudad, adquiere más importancia simbólica que física en la red semántica, porque la casa se relaciona con la morada, con el hogar. Elementos primarios en la construcción de la forma de vida urbana, pues por medio de la coontogenia lingüística y social se va estructurando por medio de las comunicaciones sobre el habitar el afuera de la casa, que difieren a la de otros sistemas como los rurales. Comunicación transmitida en primera instancia por quienes habitan la casa y en una segunda por los vecinos y amigos. Entonces la casa es a su vez el primer espacio de sociabilización y de privacidad. Marcando el límite entre adentro y afuera, lo público y

lo privado, la ciudad abierta vivida por todos y la casa íntima vivida solamente por la familia. Por tal motivo no es extraño que presente una fuerza semántica la casa al definir ciudad, pues es el origen desde donde se vive como urbanita.

Las mujeres, aparte de los tres conceptos previamente mencionados; indicaron dos que también son componentes importantes del sistema urbano, pero no resultan tan relevantes a la vez: personas y árboles.

En el caso de las personas (por supuesto que son elemento fundamental para el surgimiento y génesis de las ciudades) curiosamente se vuelven imprescindibles para la existencia de las ciudades (por lo menos imaginaria), pues resulta común en los relatos de ciencia de ficción o en la mitología hablar de ciudades abandonadas, carentes de habitantes, las cuales sólo son improntas y vestigios de una civilización que fue. Donde pareciera que en la fantasía del humano el fin último de la ciudad es la ausencia de sus creadores, producto ya sea de alguna catástrofe natural o artificial. Por otro lado los árboles son un elemento que en pleno esplendor de las ciudades durante la modernidad, vieron mermada su importancia. La ciudad en su desarrollo transformo la naturaleza, volviéndola sólo un fragmento de lo que fue y lo que debiera ser (según sea el poder económico de la ciudad), donde los árboles en el mejor de los casos se volvieron un elemento de ornato, pues su espacio se encontrada en el jardín o en la plaza. Entonces, ya sea por ser un elemento de la distopía urbana de la ficción o porque ha sido desplazado por la ideología de la modernidad; en la red semántica general (Tabla 3) son importantes pero no lo suficiente para ser de los tres primeros en los diferentes grupos de hombres y mujeres.

La red semántica general se obtuvo a partir de la unión de los diferentes conjuntos SAM de los diferentes grupos de hombres y mujeres. Se puede ubicar dos elementos vinculados a la cotidianidad relacionada con la importancia y uso que le dan a su espacio, así como su interiorización, siendo: casas, escuelas y parques. El primer caso ya se menciona más arriba, sólo habría que agregar que la casa es un espacio apropiado y vivenciado desde la subjetividad emocional del sujeto. Va más allá de una

simple edificación que se aglutina para conformar la ciudad, por el contrario es su primer elemento desde el cual vive la ciudad. Es el lugar que marca sus límites sociales, espaciales y políticos. Porque desde donde se lleva a cabo lo íntimo, lo privado y lo deseado como acto, fuera del alcance de las miradas acusadoras del resto de los habitantes de la ciudad. En cuanto a la escuela, ésta adquiere importancia en la red por la edad y el contexto en el cual se desenvuelven los sujetos: el ser estudiantes. De tal forma que la escuela es el segundo lugar o en algunos casos el primero donde pasan más tiempo en el día, entonces no resulta extraño que para ellos sea un elemento importante en la construcción de su red semántica, lo cual los diferencia y designa frente al resto de los habitantes de la ciudad no sólo como urbanitas, sino también, como estudiantes. Al igual que las escuelas, el que los parques formen parte de la red se debe a la edad, pues es en estos donde se dan las actividades lúdicas y de socialización para ellos. Siendo el tercer lugar donde se puede pasar la mayor cantidad de tiempo, así como adquiere otros códigos de simbolización y sentidos comunicativos referidos a los amigos.

Tabla 3: Conjunto SAM general

SAM	M	FMG	G
autos	78	100	0
casas	69	88.5	0.9
edificios	59	75.6	1
escuelas	42	53.8	1.7
calles	40	51.3	0.2
árboles	36	46.2	0.4
tiendas	29	37.2	0.7
personas	26	33.3	0.3
parques	16	20.5	1
avenidas	7	9.0	0.9

El concepto que presenta el primer lugar en la red semántica general es el automóvil, de ahí que no resulte extraño que se encuentren otros conceptos relacionados con la movilidad, como lo son, las calles y las avenidas. Las primeras representan el primer elemento de la ciudad desde el cual el sujeto comienza a vivenciar la ciudad, pues tan sólo a unos pasos de los límites de su casa se encuentra. Iniciando allí sus recorridos

hacia el resto del espacio urbano. Recorridos que tienen como característica el ser lentos, ya sean a la velocidad que dan sus pasos, alguna bicicleta o en una velocidad moderada desde el automóvil, permitiendo que el espacio recorrido pueda ser percibido y simbolizado *para sí* y por ende volverlo emotivo. Las segundas son elemento central de las ciudades modernas, símbolos que representan el desarrollo de una ciudad, elementos que permiten el desarrollo de la ciudades, pues se relacionan directamente con la velocidad, elemento que en las ciudades actuales adquiere mayor importancia dado su tamaño. De tal forma que no permiten la interiorización, como el caso de las calles, que por el contrario, se presentan como no lugares.

La red semántica general que se obtuvo de los niños y pubertos, da las bases de una trofolaxis urbana contextual de la que emerge el yo urbano que se genera poco a poco, por medio de la incorporación de elementos semánticos, que dan como resulta un discurso que puede ser interpretado por los demás habitantes urbanos. De tal forma que es la partícula elemental de la comunicación que compone el sistema urbano en el cual esta inmersos.

El yo urbano y la forma de vida urbana

El yo urbano se construye por medio de la interacción e incorporación de elementos semánticos, que configuran una red de conceptos básicos de los que emerge el discurso de la forma de vida urbana, parte de los juegos de lenguaje Wittgestianos. Sustentados en el entendimiento y comprensión mutua de los sujetos involucrados.

En el acoplamiento entre la red semántica y el yo urbano por medio de los juego del lenguaje, se presenta lo que Ricoeur (2006: 311 y 312) nombra como recorrido de la identidad, que comienza "...por la identificación del "algo" en general, reconocido distinto de cualquier otro, pasando por la identificación de "alguien", con motivo de la ruptura con la concepción del mundo como representación (*Vorstellung*)...sobre esta transición entre el "algo" y el "alguien"...se construye la transición del "alguien" al "sí mismo", reconociéndose en sus capacidades." El "algo" es la información referida a la forma de

vida urbana (algún acontecimiento, lugar, recorrido, etc.) constituida por los elementos de la red semántica, que un sujeto urbano, comunica a algún “alguien” que es el otro sujeto urbano. Sacando del plano subjetivo, el ser en el mundo, la información que es distinguida de otras. Por consiguiente formar parte de los juegos de lenguaje, llevando de la mera representación a la construcción y a la comprensión del sentido del discurso. Donde de la capacidad de retroalimentación de la información llevada a cabo por el “alguien”, sí está dentro de los juegos del lenguaje; permite distinguirlo “en sí” respecto a alguno otro no urbano. Emergiendo el yo urbano en su conocer.

Entonces, el yo urbano, emerge del acoplamiento de marcadores semánticos que han sido incorporados de diferentes yoes de manera coontogénica. Presentándose a manera de círculos concéntricos recurrentes, que van desde el yo, al yo familiar, al yo escolar y por último el yo urbano (respecto a los límites espaciales, pues se puede hablar de un yo social superior que interpenetra a todos). De tal forma que el sujeto urbano entre más marcadores semánticos incorpore a la configuración de su yo urbano, mayores serán sus capacidades y por lo tanto, su transición de “alguien” a un sujeto “en sí”: un urbanita.

**PARTE SEGUNDA:
LA CIUDAD Y LA RELACIÓN DE IMAGEN**

II.I. LA CIUDAD COMO SIMBÓLO

En las narrativas de la ciudad construidas por medio de la relación entre el espacio y quien lo vive, lo imagina o lo fantasea, se encuentra la cúspide de un metadiscurso que parte de lo transubjetivo hacia lo subjetivo, donde el observador en su rol de transeúnte lo dota de un sentido por medio de la significación y posterior resignificación de su experiencia a través de sus recorridos dados desde su realidad, su imaginario o fantasía, que dependen del grado de subsunción que tengan los significados con los significantes. De tal forma la ciudad se vuelve polisémica ante quien la construye en su andar, donde el discurso urbano es transgredido por quien lo vive respecto a quien lo planea, extrapolándose lo simbólico en lo fáctico. Donde la calle, la plaza, el edificio han sido de significados perdiendo su sentido original los significantes que los componen, pues en el imaginario (¡sobre todo en la fantasía!) el espacio urbano transmuta de lo taxonómico, lo impuesto, lo extenso y lo convencional hacia lo individual, lo subjetivo y lo profundo. Por lo tanto la ciudad se vuelve un espacio donde convergen múltiples realidades que se van separando respecto del signo primordial, transubstanciando en un espacio situacional que de base es simbólicamente generalizado, provocando la emergencia de diversas ciudades en donde sólo se encuentra una físicamente. Esto porque la ciudad es un símbolo que es generalizado por la sociedad. Entonces ¿Qué implicaciones tienen en la forma de vivenciar la ciudad si esta es un símbolo?

El símbolo "...es un signo, con al menos, doble significado. Uno directo y otro escondido." (Beuchot, 2007a: 14) Teniendo dos partes, una la realidad que enriquece y la otra el resto que simboliza, siendo una unidad dual en el cual se interpreta el todo simbolizado a partir de la parte que ha sido designada que le da la riqueza de significado, porque es "...el signo más rico en significado, pues siempre tiene más de un sentido (el aparente) y nos remite a su sentido oculto. Además, el símbolo está cargado de afecto, es un signo que vincula, que une."

(Beuchot, 2007a: 9) Donde el sentido oculto es lo que emerge de la reducción del exceso de información que contiene del signo dentro del contexto comunicativo (ya sea temporal, espacial o ambos) en que está inmerso. De ahí que para Beuchot (2007a) el símbolo une y aglutina a los seres humanos, pues el observador lo interpreta desde una forma que han sido, previamente, simbólicamente generalizada; pero mediada por la emoción. Permitiendo la afinidad hacia símbolos hegemónicos que son dotados de distintos sentidos como: religiosos, políticos, bélicos, entre otros. Siendo uno de estos símbolos aglutinantes la ciudad, que presenta esa dualidad del excedente de sentido (parte simbólica) y de la semejanza con el significado (parte icónica) que en este caso sería su elemento físico, lo urbano.

Los símbolos, que son un tipo de signos para Pierce, en la correlación espacial de los objetos que componen la ciudad se presentan como una unidad de la diferencia entre significante y significado, que desde una semiótica de segundo orden generan una paradoja en la observación de quien recorre la ciudad (Luhmann, 2002). Donde para el observador urbano, -que opera de forma equivalente al descrito por Simmel (2005)-; la ciudad se presenta ante el individuo como un rápido, constante e interrumpido intercambio de impresiones que le son tanto externas como internas, generando una intensificación de los estímulos en su mente por las imágenes que se generan en el momento y las que le precedieron, resultando la individualidad como una emergencia de la vida mental en las ciudades.

Como consecuencia de las interacciones del observador con los símbolos que presentan diferentes sentidos de información dentro de la semiosfera urbana. La ciudad se construye como un objeto simbólico-metafórico que se relaciona de forma recurrente con lo urbano que es un objeto simbólico-icónico. Emergiendo la ciudad como una síntesis de esta relación que va más allá del significante superior, que es el sintagma del espacio urbano que contiene un significado polisémico con una función emotiva- cognitiva que se articula en un

plano individual y colectivo. Donde el observador en el plano individual significa la ciudad desde su plano emocional, mientras que en el colectivo la significación parte del sintagma urbano y se rige por los significados que provienen de la convención social.

La ciudad como símbolo es vivenciada por el observador en su cotidianidad de tres formas distintas: la realidad, lo imaginario y la fantasía. Éstas presentan distintos grados de simbolización que es dotada por el observador que la vive, la recorre y la siente cotidianamente. Entrando en juego distintos niveles de significación que van desde el lenguaje que proviene directamente de la convención social y sirve como un elemento formal en la articulación de las normas de la ciudad, hasta el lenguaje del imaginario que "...es múltiple. Circula por todas partes en nuestras ciudades. Habla a la muchedumbre y ella le habla. Es el nuestro, el aire artificial que respiramos, el elemento urbano en el cual tenemos que pensar." (de Certeau, 2004: 35) La multiplicidad del lenguaje imaginario (no sólo de éste sino también de la realidad y sobre todo la fantasía) genera una polisemia simbólica de la ciudad manifestándose como un significante vacío en el cual "...los elementos se comprenden como significantes más por su propia posición correlativa que por su contenido." (Barthes, 2009: 345) De ahí que el contexto en el cual se presentan los elementos que componen el espacio simbólico de la ciudad resulte importante, pues dota un exceso de significado a los signos, más allá del que proviene de forma directa de su significante. De manera que ese significado de segundo orden hace que los significantes en su primer orden parezcan vacíos. Por ejemplo una luminaria en la calle pasa a formar parte del un significante superior que sería la calle o el parámetro y sólo adquiere sentido en ese contexto.

Entonces la ciudad es un símbolo aglutinante que emerge del sintagma urbano y la red de interacciones que en él se presentan. Donde el observador la puede simbolizar desde distintos tipos de lenguaje que construyen diferentes

discursos, asentados sobre la base perceptiva desde la cual opera. De tal forma que existen diferencias discursivas, si el sentido del significado del símbolo de la ciudad provienen de un significante directo o si proviene de un significado de un significado. Entrando en juego aquí los distintos niveles en que se puede vivenciar la ciudad, que son: la realidad, lo imaginario y la fantasía.

Realidad, imaginarios y fantasía en las narrativas de la ciudad

Para ir entendiendo cómo es que la ciudad es un símbolo del cual parten los distintos niveles de en lo que se vivencia la ciudad, hay que hacer una diferenciación conceptual de lo que significa ciudad y urbanización, donde para Muñoz (2008: 33) la primera "...hace referencia a un contenido que recoge la práctica social, cultural y política que se engloba en la idea de *civitas*, la urbanización se refiere estrictamente a la vertiente más física o material del crecimiento urbano y su expansión en el territorio." Esta diferenciación presenta elementos importantes para el estudio de las formas de vivencias la ciudad, pero sobre todo en lo que tratan sobre los imaginarios relacionados con la ciudad.

El referir la ciudad o lo urbano a los imaginarios implica un cambio conceptual, ya sea que hable de imaginarios de la ciudad o imaginarios urbanos. Porque los primeros operan en el nivel de lo simbólico/significado, sin la mediación de un significante que dote de sentido la comunicación entre los observadores, construyéndose a partir de los símbolos que emergen del exceso de significación del sintagma de la ciudad. Entonces no es necesario estar inmerso en los significantes urbanos (característica morfológica del sitio) para llevar a cabo una narrativa de éste. Posibilitando que el significado de ciudad se pueda construir a través de la palabra (oral o escrita) dejando a un lado la imagen que se tenga en la realidad, generando discursos que pueden pertenecer al orden de lo imaginario y lo fantástico, según sea su relación que

guarden con la realidad. De ahí que el imaginario de la ciudad use metáforas y analogías en su narración que permiten la descripción de espacios y lugares sin haber estado en ellos (sean ciudad-realidad, ciudad-imaginario o ciudad-fantasia). En el caso de los imaginarios urbanos, éstos hacen referencia a la representación que emerge de la morfología de la ciudad, de ahí que su narrativa se encuentre subsumida al significante y su relación con el significado, desde la cual se hace una descripción de una realidad de primer orden, donde lo perceptual delimita el campo de la imaginación a partir de lo objetual. Lo que describe el imaginario urbano pertenece al orden de la realidad, representando espacios y lugares vivenciados por el observador que en sus quehaceres cotidianos los recorre con sus sentidos.

La construcción del imaginario parte de la diferenciación del cuerpo con el espacio subjetivizado por el significado, que al momento de realizar la diferenciación entre su yo y el objeto, vuelve comprensible lo incomprensible. Como ocurre con el balbuceo del infante que diferencia la Cosa del Yo, porque:

“En la parte comprensible se anima lo real de las materias pulsionales, entre ellas los sonidos, los mismos que se convertirán en significantes gracias a la parte comprensible. Convirtiéndose en palabras, ya están en dificultades con un prójimo que las conoce, las escucha y las comprende, formando en el intervalo una pantalla inteligible que protege de aquella otra, ininteligible, que ha quedado fuera”. (Pommier, 2004: 32)

En este primer nombrar por medio de sonidos guturales (que no sólo es presente en los infantes, sino en cualquier individuo que no encuentre palabras para nombrar algo) se incorpora al imaginario de forma subjetivada. El sonido, en el caso de los imaginarios en lugar de convertirse en significantes; dota de significado a los significantes percibidos, pues al momento en que el observador generó un sonido como ¡wow! deja de ser un espacio sin significación (significantes puros) porque se simboliza y se interiorizan por medio de la subjetivación que emerge del gesto y el sonido. Diferenciándose

por medio del sonido del espacio en el cual se está inmerso (más no se vuelve observador privilegiado) o se realiza algún trayecto.

Ya sea por medio del sonido como una primera diferenciación o por medio del lenguaje, el observador va significando el espacio, el cual siempre será un espacio simbolizado y ligado al lo imaginario. Como menciona Lacan (2007: 82) "...el mundo tal cual es: imaginario. Esto sólo puede hacerse reduciendo la función llamada de representación, poniéndola donde está, a saber, en el cuerpo". Porque al diferenciarse entre el yo observador/representador y lo observado/representado se significa a partir de su cuerpo y sólo desde éste lo puede lograr. Porque al carecer de una visión externa a su cuerpo (salvo que la obtenga por medio de una videograbación) no deja de ser el referente espacial entre los significantes y los significados. Que en una primera instancia fueron dotados de significado por el grupo lingüístico al que pertenece, lo cual no quiere decir, que no se le otorgue una significación propia a lo observado, pues ésta parte de lo vivenciado y lo construido a través de la realidad o la fantasía.

Lo imaginario se construye desde la unidad dual de lo individual/colectivo, entrando en juego palabras e imágenes, donde estas últimas al momento de representarse como colectivas "...significan que no sólo percibimos el mundo como individuos, sino que lo hacemos de manera colectiva, lo que supedita nuestra percepción a una forma que está determinada por la época." (Belting, 2007:27) Por tanto construimos el mundo a partir de un lenguaje (iconográfico o semántico) simbólicamente generalizado que a su vez da la libertad de individualizarlo en la experiencia perceptual de cada observador, pero que siempre parte desde el contexto espacio-temporal.

En la construcción simbólica de la ciudad entran en juego el sonido, el lenguaje y las imágenes colectivas, las cuales se pueden presentar juntas o no. Pero de éstas emerge el imaginario de la ciudad como una significación de un segundo orden (el primero se da en la realidad) que se construye por medio de la

capacidad de seguimiento imaginario, la cual se da cuando:

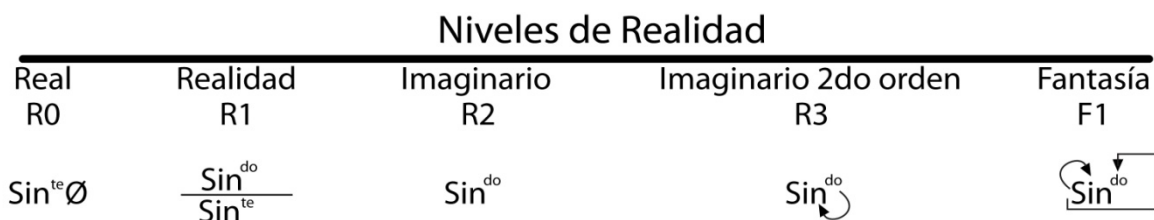
“Con frecuencia un poder de seguir deseos, creencias, emociones, expectativas y también acciones, y su correspondiente seguirse en ellas, que *no* consiste en seguimientos narrativos con compromisos referenciales. Ese poder también desborda la capacidad de seguimiento planeador. Por eso, podemos reconstruir otra capacidad que suponemos en las prácticas con las que los animales humanos simulan que son, o han sido, o serán, o deben ser, o representan, o fingen, o hacen como si fuesen, o pretenden, o suponen que, o hacen creer, o se creen que han sido o son.” (Pereda, 2007: 29)

La capacidad de seguimiento imaginario al no tener los compromisos referenciales con lo que operaría una percepción de primer orden de la realidad, permite que las narrativas discursivas se generen desde la imagen mental por medio de una libre de la objetualización del significante. En la cual el observador construye la realidad a partir de sus imaginarios por medio de lo que Luhmann (2005: 21) llama percepción imaginada o figuración, presentándose cuando se autoprovooca de forma simulada la percepción, donde “...por una parte, se va más allá de lo inmediatamente dado y, por tanto, más allá de la *constitución de horizontes espaciales y temporales* y, por otra, se *elimina aquella información acerca de la propia ubicación espacio/temporal.*” Permitiendo que no sea necesario que el observador se encuentre frente a los significantes originales para poder imaginar el espacio de la ciudad. Pero esto no implica que no sea necesaria una base referencial que permita la generalización de la comunicación, de lo contrario el discurso del observador sería similar al del loco.

La figuración permite una distinción entre los distintos niveles de vivenciar la ciudad que pueden ser simbolizados como distintas realidades, que van desde: lo *real* (R0), base de la realidad constituida por significantes en estado puro, como menciona Lacan (2007: 82) “Lo real no es el mundo. No hay la menor esperanza de alcanzar lo real por la representación.” Por lo tanto ésta pertenece al entorno de lo observado que sólo se acopla a la observación al

ser significada. *La realidad de primer orden o realidad (R1)*, dada por la relación significante/significado y su forma de operar la describen principalmente Sussure y Pierce. *La realidad de segundo orden o imaginario (R2)* construida a partir de los significados que todavía tienen un vínculo con la referencia objetual, porque para Pereda (2007: 41) "...imaginar implica proponer o, al menos, esbozar puentes -a menudo, difíciles puentes- a las varias realidades, actuales o posibles." De ahí la existencia del vínculo con R1 que puede presentarse de forma analógica. *La realidad de tercer orden o imaginario de segundo orden (R3)* que emerge de la recursividad de los significados que operan y son acoplados de R2, abstrayéndose de los significantes que pueden manifestarse como nulos o como el significado mismo. Operando con referencias metafóricas. El último nivel de la distinciones no pertenecería ya al plano de las realidades sino al de la *fantasía (F1)* y opera por medio de significados metafóricos desvinculados completamente del contexto y la referencia espacio-temporal, ubicándose fuera de la realidad, porque "...la meta de la fantasía consiste en bloquear totalmente la presunción de verdad." (Pereda, 2007: 43) Entonces el sentido de la narrativa que proviene de la fantasía no tiene la pretensión de la verdad, al contrario por medio de ésta se desplaza y se describen vivencias más cercanas a las de los mundos oníricos que a los vividos.

Figura 4: Los niveles de realidad y sus relación con los significantes



De esta forma es como avanzando en una espiral de recursividades de significados cada vez se aleja más el observador del mundo objetual llegando

hasta al nivel de la fantasía, como dice Bachelard (2001: 26-27) “La imaginación, en sus acciones vivas, nos desprende a la vez del pasado y de la realidad. Se abre en el porvenir.” Entonces el imaginario se presenta como una forma contingente y entre más se avance en la espiral de recursividades de significados, la contingencia pasa de ser transubjetiva (coontogénica) a subjetiva. Abstrayendo el observador del mundo¹⁰ (de los significantes) a mundos del imaginario o la fantasía (con el riesgo de caer en el acoso de las fantasías¹¹). Por lo tanto en las narrativas espaciales de la ciudad por parte del observador, los niveles de realidad se presentan en el operar de la capacidad de seguimiento imaginario, lo que genera que en sus imaginarios de la ciudad, un mismo espacio represente diferentes significados.

Los niveles de realidades y las modalidades de recorridos

Durante el *hacer andar* el observador en su recorrido por la ciudad genera un espacio de *enunciación peatonal*, donde “...transforma en otra cosa cada significante espacial.” (De Certeau, 2000: 110) Relacionando en tres modalidades sus recorridos, que son: 1) *modalidad aletica*: en la cual se le asigna un valor del verdad al recorrido y permite lo posible, lo imposible o lo contingente; 2) *modalidad epistémica*: que corresponde a un valor de conocimiento de lo cierto, lo excluido, lo plausible o lo impugnable y, 3) *modalidad deontónica*, que refiere a un valor del deber hacer que presentarse como lo obligatorio, lo prohibido, lo permito o lo facultativo. Donde estas modalidades son practicas espaciales de los recorridos de la ciudad, las cuales se significan en la realidad y posteriormente son resignificadas por lo imaginario.

Las narrativas y las modalidades de los recorridos de la ciudad corresponden

¹⁰ Para Luhmann (2005: 26) “...el mundo será el medio donde se moldean de continuo las formas específicas (incluyendo la creación, el olvido, el recuerdo), el 'horizonte' inaprehensible de las construcciones- a cuyos cambios el horizonte sobrevive en calidad de medio.”

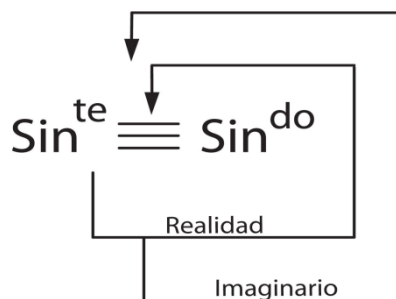
¹¹ Ver al respecto Žižek (2007) y su ejemplo de una situación de celos en la introducción.

con el nivel de la realidad (R1). Pero ¿De qué forma se podrían manifestar en el nivel del imaginario (R2)? Porque las modalidades se representan en forma de imagen cuando el transeúnte opera como observador que autoabstrae¹² su percepción (de otra forma sólo sería un autómeta), pues el recorrido es subjetivizado de forma autorreferenciada llevando a un plano de autoreflexión el sentido del significante/significado percibidos, que conforme son acoplados de forma recurrente se alejan más de la realidad. Presentándose la *constancia perceptiva* que Aumont (1992: 86) define como “...la base nuestra aprehensión del mundo visual que nos permite atribuir cualidades constantes a los objetos y al espacio... (Siendo)...la comparación incesante que hacemos entre lo que vemos y lo que ya hemos visto.” En el plano de la constancia perceptiva el recorrido del transeúnte opera en la realidad en lo que Aumont llamaría reconocimiento, la cual es una función representativa encaminada hacia la memoria, al intelecto y a las funciones racionales.

En el primer nivel de la realidad en la que el significado depende del significante el transeúnte dota de valor de verdad, de conocimiento o del deber hacer a las imágenes que re-conoce. En el segundo nivel de la recurrencia cuando emerge el imaginario, se opera desde la re-memoración que es una función simbólica de aprehensión de lo visible y las funciones sensoriales, que también son dotadas del valor de las modalidades. Pero el valor no es dado en un primer orden sino surge como una valoración de la valoración en el proceso de autoreflexión, pues al momento de re-memorar recrea de forma imaginaria el recorrido que percibe de la realidad, donde emerge una percepción imaginada de la ciudad y las modalidades presentan una clausura autorreferencial en la cual pueden ser aceptadas o rechazadas por quien las subjetiviza.

¹² “...la autoabstracción permite volver a introducir las mismas estructuras en el objeto mismo.” (Luhmann, 1998: 28)

Figura 5: La emergencia de lo imaginario en la red de recurrencias



El valor de las modalidades es inoperante conforme el observador se aleja de la realidad (R1), pues en el nivel del imaginario de segundo orden (R3) la observación se representa desde el seguimiento imaginario, lo cual posibilita "...la habilidad de representar algo sin actualmente percibirlo y/o sin haberlo percibido tal como se lo representa." (Pereda 2007: 31) Generando una metáfora de las narrativas que emergen del recorrido por la ciudad. Surgiendo dos figuras caminantes que De Certeau (2000: 114) relaciona a la sinécdoque y el asíndeton, donde la primera "... nombra una parte en lugar del todo que integra... dilata un elemento de espacio para hacerlo representar el papel de un "mas" (una totalidad) y sustituirlo... reemplaza las totalidades con fragmentos" Y la segunda "...en el andar, selecciona y fragmenta el espacio recorrido; salta los nexos y las partes enteras que omite... por elisión, crea a partir de lo "menos", abre ausencias en el *continuum* espacial, y retiene sólo unos trozos escogidos, incluso unas reliquias... separa al suprimir los nexos conjuntivos y consecutivos." En este densificar y cortar del espacio urbano que realizan estas dos figuras, la percepción imaginaria que se construye opera a partir de metáforas surgidas del sentido imaginario del recorrido; mantienen un puente con la realidad significada a partir de un significado, porque "...la metáfora no se limita a suspender la realidad natural, sino que, al abrir el sentido del lado de lo imaginario, lo abre también del lado de una dimensión de realidad que no coincide con lo que el lenguaje ordinario expresa bajo el nombre de realidad natural." (Ricoeur, 2007: 281)

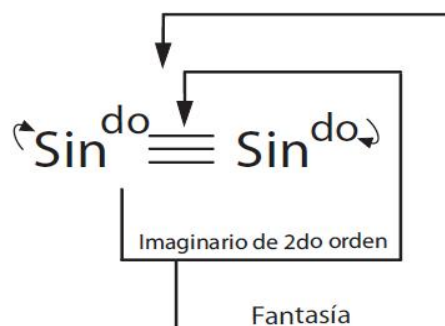
La metáfora opera como un vínculo entre el imaginario (R2) y el imaginario de segundo orden (R3) que emerge de la relación entre significados que se significan a partir de significados, no existiendo en este nivel el significante. Estos significados de significados (significados de segundo orden) se presentan como las metáforas de los recorridos del transeúnte, siendo el último vínculo con la realidad vivenciada en sus andares. Generando lo que Pereda (2007: 31-32) llama *intervención imaginante*, que es “Un bloqueo de la presunción de verdad que da origen a un seguimiento imaginario... (Donde)...a partir de su intervención imaginante se prescribe una perspectiva que re-articula situaciones o aspectos de situaciones: se *desarrolla un escenario imaginario o sus fragmentos o jirones*.”

El imaginario de segundo orden genera una ausencia de significantes y por tal motivo de una realidad manifiesta que muta en una realidad latente que se encuentra en forma de vestigios de un *fue* (un aquí) o en imágenes contingentes de un *será* (un allá) que guían o articulan el recorrido a partir de la imagen que “...a diferencia de la percepción, no se puede relacionar con una de las realidades <<públicas>> y parece introducir de nuevo el tipo de experiencia mental <<privada>>...” (Ricoeur, 2007: 281). La imagen entonces subjetiviza lo transubjetivo que ha sido acoplado coontogénicamente, generando significantes que sólo operan con sus propias significaciones carentes de base material, que no son otra cosa que significados de segundo orden constituidos por fragmentos que se presentan ya sea como sinécdoque o asíndeton, que resignifican las narrativas de la ciudad. Pero el imaginario de segundo orden se presenta en el límite entre la realidad y la fantasía, porque la capacidad de seguimiento imaginario consiste en “...una *intervención imaginante* y la consecuente *construcción de escenarios imaginarios*..., con un *bloqueo parcial de la presunción de verdad* que da lugar a la imaginación o a la fantasía.” (Pereda, 2007: 41) Entonces en la subjetivización del transeúnte se da lugar a una bifurcación hacia el imaginario o la fantasía según sea la

relación con la realidad o el sentido del seguimiento imaginario, pues cambia sí lo que se quiere es resignificar con vestigios de la realidad, como en el caso del imaginario o resignificar por medio de ocultar la realidad como en la fantasía, que es "...la forma primordial de *narrativa*, que sirve para ocultar algún estancamiento original." (Žižek, 2007: 20)

Lo anterior lleva al último nivel de la espiral recurrente de la realidad, en la cual ya no existe un vínculo claro con R1, pues la fantasía emerge de un seguimiento imaginario que niega la realidad, como menciona Pereda (2007: 43) "...la fantasía desatiende esa presunción y procura sumirse en la pura irrealdad. Bajo cierta descripción, la meta de la fantasía consiste en bloquear totalmente la presunción de verdad." La fantasía se construye a partir de los signos que son simbólicamente generalizados, pero para poder funcionar "...debe permanecer "implícita", debe mantener cierta distancia con respecto a la textura explícita simbólica que sostiene, y debe funcionar como su transgresión inherente." (Žižek, 2007: 26) De ahí que la fantasía genere totalidades fragmentadas a partir de la simbolización subjetiva producto del vacío de la realidad de la que toma distancia. Operando de forma paralela lo cual permite construir espacios imposibles o distorsionados que niegan u ocultan la realidad, que son recorridos por quien los habita en su fantasía, como el personaje del corto *The Ark Film* de Jonkajtys y Kobylecki que niega la realidad o el padre de Will Bloom en el *Gran Pez (Big Fish)* de Burton que la oculta.

Figura 6: Emergencia de los imaginarios de segundo orden en la red de recurrencias



Depende desde dónde parta la significación de los recorridos de la ciudad para que cambie el sentido de la narrativa, que se ve influenciada por las características de primer orden, que pueden ser: la morfología, el tiempo, la sensación, el acontecimiento, el rumor, la imagen, las historias, las vidas, los habitantes, el clima, la iluminación entre otras muchas cosas más. Las cuales puede operar como imágenes físico-materiales del espacio o imágenes mentales, que son acopladas desde lo objetivo-cognitivo y/o lo subjetivo-emocional o un cruce de ambos. Permitiendo que el observador viva la ciudad desde su nivel de realidad subjetiva que ha sido previamente transubjetivizada que la controla de manera latente.

El observador y las prácticas significantes

Las prácticas espaciales son prácticas significantes que organizan el tópoi del discurso de la ciudad para De Certeau (2000). Dotando a partir de la referencia que se tiene de la práctica, de tres sentidos de los recorridos que son: lo creíble, lo memorable y lo primitivo. El primero tiene como base significativa la realidad y refiere a las leyendas y lo que es autorizado, siendo los elementos que construyen un espacio de normas y signos con significados cerrados y generales. El segundo refiere a la memoria y se dota de sentido las prácticas espaciales desde lo imaginario, siendo esos signos aglutinantes que se

manifiestan como analogías o metáforas de los recuerdos del recorrido o la repetición de éstos. Por último el tercer sentido es de lo primitivo el cual tiene su referencia en la fantasía y en los mundos oníricos, dotando de un sentido infantil al espacio que se recorre, siendo los signos con significados más abiertos y más individuales.

Figura 7: Prácticas espaciales del observador urbano



Las prácticas significantes del espacio urbano se construyen desde la vivencia cotidiana del observador, el cual por medio de su andar las dota de sentido, según sea su referencia, con los niveles de realidad que operan cuando se logran acoplar a la comunicación de otros observadores, pues el andar es una práctica individual que se vuelve colectiva a través del discurso de la ciudad. De ahí que para De Certeau (2000: 112) “El andar afirma, sospecha, arriesga, transgrede, respeta, etcétera, las trayectorias que “habla”. Todas las modalidades se mueven, cambiantes paso a paso y repartidas en proporciones, en sucesiones y con intensidades que varían según los momentos, los recorridos, los caminantes.” Por lo tanto estos recorridos por parte de quien habita la ciudad generan una narrativa que sólo puede ser leída por un observador de segundo orden, que opera como el *flâneur*¹³.

¹³ Personaje literario de Baudelaire usado como referente en el área de las ciencias sociales

A diferencia del transeúnte, el *flâneur* en su andar entre la multitud no renuncia a su aislamiento, volviéndose un voyeurista de lo cotidiano. Envolviendo con su *umwelt* lo que se encuentra a su alrededor para poder distanciarse, de ahí que para él las prácticas significantes de los otros sean un espectáculo que observa desde una vitrina móvil. De tal forma que puede moverse con facilidad e indiferencia entre la multitud, como menciona Benjamin (2006: 61) “La apariencia de una multitud vivaz y en movimiento, objeto de la contemplación del *flâneur*, se ha disuelto ante sus ojos.” Entonces el *flâneur* es un sujeto-individuo que observa los recorridos de los sujetos-masa en su operar cotidiano por el espacio de la ciudad.

La ciudad un espacio simbólicamente vivido e imaginado

A finales del siglo XVI Botero Benese (2006: 31) denominaba la ciudad como “...el lugar en que muchos hombres se reúnen para vivir con felicidad. La grandeza de la ciudad se llama, no el espacio, ni el territorio, ni lo que rodean los muros, sino la multitud de vecinos y su poder. Los hombres se reúnen movidos por la autoridad, por la fuerza, por el placer, o por el provecho que de ello les resulta.” Dejando a un lado la parte de la felicidad, la función central de la ciudad desde esa época ha sido (y probablemente será) el poder y el control político, económico y cultural¹⁴ que ejerce sobre la vida de quienes la habitan y de otros territorios tanto urbanos como rurales¹⁵. Donde el poder y el control se

y humanidades en la construcción del método de flaneo o flaneur. El significado de esta palabra es “...moverse, revolotear en el espacio, pasearse sin dirección alguna ...(donde) ...el mismo actor es un actor como los demás que experimentan y practican la ciudad.” (Wildner, 2005: 212)

¹⁴ La ciudad para poder constituirse tuvo que haber producido primero un excedente de alimentos y materias primas para mantener a sus habitantes, lo que generó formas de administrar los excedentes apoyándose en dos inventos de la ciudad que son la matemática y la escritura, para todo lo anterior fue necesaria una forma de organización social de control que se materializó en las leyes. (Morris, 2007 y Weber, 1987)

¹⁵ El control sobre otros territorios podría denominarse con lo que Lefebvre (1972: 10) nombra como tejido urbano que no es “...la parte construida de las ciudades, sino el conjunto de manifestaciones del predominio de la ciudad sobre el campo.” Pero en la actualidad habría algunos problemas conceptuales al usarlo, pues las ciudades no sólo ejercen predominio sobre el campo sino como en el caso de las metrópolis, megalópolis, ciudades red y ciudades

presentan de forma manifiesta en la ciudad vivida y de forma latente en la ciudad imaginada. Entendiendo por ciudad vivida la que se construye a partir de la realidad y la ciudad imaginada la que surge del imaginario de primer y segundo orden.

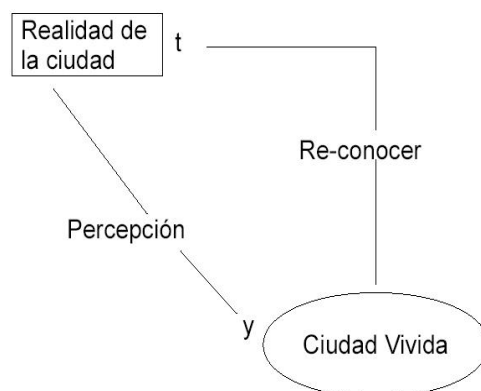
Reproduciéndose el poder y el control en la construcción de la realidad de la ciudad, por quienes la habitan, por medio de una figura latente que autoriza la imagen que se tiene. Una especie de superyo que Freud (1997: 2588) define como una "...instancia que puede separarse del yo y entrar en conflicto con él...y le adscribimos como funciones la autoobservación, la conciencia moral, la censura onírica y la influencia principal en la represión." Este superyo en la ciudad marca las estructuras desde las que se subjetiviza, vive e imagina, por medio de la autoobservación y autoabstracción del observador regidas por las convenciones que han sido acopladas en su ontogenia figurativa y su deriva cultural, marcando los grados de libertad de la imaginación en la construcción de la realidad y el imaginario. Porque "...nuestro sentido de la realidad nunca se basa exclusivamente en una prueba de realidad (*Realitätsprüfung*); para sostenerse la realidad necesita siempre un cierto mandato superyoico, un cierto "¡Entonces, sea!" El estatuto de la voz que pronuncia este mandato no es imaginario ni simbólico, es *real*." Žižek (2006: 216) Ese real es el significante latente al cual no se tiene acceso, adquirido en la coontogenia con el espacio urbano como forma primigenia de la ciudad. Es ese significante cero que no ha sido subjetivizado, está pero no se manifiesta ante nosotros de forma pura. Tan sólo se manifiesta cuando es subjetivizado al hacer, vivir, recorrer, reconocer y rememorar la ciudad, todo regido bajo la orden y poder transubjetivizado por la instancia del superyo.

La construcción de la ciudad vivida y de la ciudad imaginada se puede explicar con lo que Dupuy y Varela (2000: 234) llaman circularidades creativas o

globales se podría hablar de un tejido urbano sobre otro tejido urbano, que sería un tejido urbano de segundo orden.

causalidades circulares que “...unifica dos términos a pesar de que uno pretende ser jerárquicamente superior al otro...”. Pudiéndose comprender los orígenes de fenómenos que van desde los vivientes a los sociales. Estas circularidades presentan dos niveles complementarios que generan un unidad dual entre lo que se construye y lo que se vive o imagina de la ciudad. De tal forma que permiten abstraer los mecanismos por los cuales se posibilita la construcción simbólica de la ciudad por parte del observador, al unificar esos dos elementos aparentemente dispares en los cuales está presente en un significado latente.

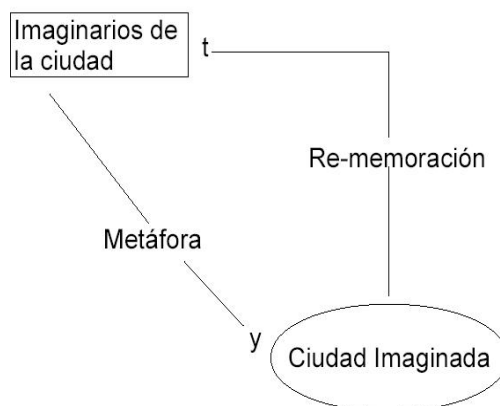
Figura 8: Circularidades creativas de la realidad y la ciudad vivida



Pareciera que la ciudad vivida es consecuencia de la forma de significar la realidad de la ciudad, así como la ciudad imaginaria lo sería de los imaginarios de la ciudad. Pero entre la forma de vivenciar-imaginar la ciudad y la significación de la ciudad se presenta una relación de causalidades circulares. Que en el caso de la ciudad vivida-realidad, la realidad por medio del reconocer en el tiempo se enlaza con la ciudad vivida y ésta se acopla a la realidad por la percepción. En el caso de la ciudad imaginada-los imaginarios, del imaginario a la ciudad imaginada se opera desde la rememoración que implica la

temporalidad y el círculo se cierra con la entrada en juego de la metáfora.

Figura 9: Circularidades creativas de los imaginarios y la ciudad imaginada



La ciudad es un símbolo que es vivenciado e imaginado por quienes la habitan, presentando diferentes niveles de significaciones que pueden variar según sea el punto de donde parta la significación. Existiendo un significante latente inherente al sentido del espacio de la ciudad, que se manifiesta en la simbolización del estar-andar del observador. Donde ese significante se localiza en toda la circularidad creativa que se da entre lo vivido y lo imaginado y sus respectivas construcciones de la ciudad. De tal forma la ciudad es un símbolo aglutinante que se encuentra de forma manifiesta y latente y por lo tanto refiere a distintos niveles de realidad que dependen del grado de cercanía que se tengan con los significantes originales y su forma simbólica socialmente generalizada.

En la ciudad, que es un símbolo aglutinante consecuencia de la convergencia de la morfología urbana y la forma de vida urbana que se inscribe en un contexto y por ende en un proceso histórico. Se presenta un cúmulo de signos que están inscritos en ella de forma manifiesta y/o latente. Donde los signos latentes podrían ser un tipo de inconsciente de la ciudad. Porque el

inconsciente para Lacan (2005: 251) se encuentra inscrito en la historia del sujeto, debido a que “Lo que enseñamos al sujeto a reconocer como su inconsciente es su historia.” Ubicándose el inconsciente en *los monumentos* (el cuerpo), *los documentos de archivo* (recuerdos), *la evolución semántica* (stock y acepciones del vocabulario), *las tradiciones y leyendas* (vehículos de la historia), y *los rastros* (conexiones del capítulo adulterado que permiten la exégesis). Los cuales si se llevan al ámbito del espacio urbano morfológico e imaginario, se podrían utilizar para interpretar lo que quieren decir los signos latentes que dotan de un exceso de significado a la ciudad.

Los elementos donde puede estar inscrito el inconsciente sirven para construir una matriz de análisis del espacio urbano y su representación en la realidad y los imaginarios. Porque sí son ubicadas en las narrativas del espacio de la ciudad, tanto en sus elementos móviles (la ciudad) como en los inmóviles (lo urbano) del espacio urbano (físico) permiten explicar la construcción de ese símbolo aglutinante que es la ciudad. Pues son los elementos que estructuran en determinado momento una realidad y un imaginario (de n posibles) de la ciudad. Pero no su sentido, porque no remite a orígenes fundantes, pues “En la medida en que las recursiones remiten a algo pasado (al sentido ya conocido, ya aprobado), remiten únicamente a operaciones contingentes cuyos resultados están disponibles en la actualidad...” (Luhmann, 2007: 30). Donde la simbolización de la ciudad remite a un pasado para explicar lo contingente, partiendo del sentido presente en el contexto social-espacial-temporal. Tan sólo la ciudad narrada desde fantasía podría separarse un poco del contexto, pero los signos con lo que opera no, pues en determinado momento remitirán a su origen socioespaciotemporal.

Operando dentro de las circularidades creativas, los elementos del inconsciente en forma de significantes latentes que dotan de exceso de significado a la ciudad. Donde: los monumentos (el cuerpo) para el caso de la ciudad se ubican en el sintagma morfológico del espacio urbano, siendo desde

una pequeña casa deteriorada hasta el discurso oculto del edificio de algún diseñador de prestigio, pudiendo pasar desapercibidos en primera instancia, pero dentro del conjunto morfológico transmiten su sentido oculto. Los documentos de archivo (recuerdos) se presentan en los elementos escritos y visuales de la ciudad, que pueden ser grafitis (políticos o no), carteles (de eventos, protesta o políticos), pintas en las bardas (publicitarias, políticas o personales) y demás elementos de esa índole. La evolución semántica se manifiesta dentro de la trofolaxis lingüística de la ciudad, en la cual quienes la habitan operan con ella generando los juegos de lenguaje y el argot urbano que sólo pueden ser entendidos dentro de su comunidad lingüística. Las tradiciones y leyendas como son vehículos de la historia, se encuentran inscritas en la tradición oral de la ciudades que se transmite de boca en boca y que llega incluso a marcar pautas de comportamiento o reglas latentes de la forma de vida urbana. Por último los rastros que son los vestigios que permiten conectar lo que se ha modificado en la significación del espacio urbano, los cuales están son ese significante latente que ha quedado oculto por el traslape de su significado, donde estos pueden ser cualquier elemento presente o imaginario de la ciudad.

De tal forma que la ciudad es un espacio simbólicamente vivido e imaginado, en donde el observador por medio de sus recorridos las dota de un significado que es dado por una instancia superyoícan desde la cual construye sus niveles de realidad. Donde la producción de la realidad se da por medio de una circularidad creativa dentro de la cual se encuentran de forma latente los elementos que están inscritos en el inconsciente. De tal forma que por medio de estos mecanismos de simbolización es como el observador dota de sentido a sus recorridos por la ciudad.

II.II. LA CIUDAD COMO TEXTO

Como espacio vivenciado la ciudad es la consecuencia que emerge de la convergencia de la forma de vida urbana con la estructura física y morfológica de la urbe. Siendo vivida e interpretada por quien la observa en sus recorridos físicos o imaginarios. Presentándose dos metadisursos que son: el de lo urbano y el de la ciudad. Donde discurso de lo urbano se da en la forma en la que se estructura la ciudad desde su arquitectura y puede ser interpretada desde su sintaxis y semántica. En cuanto al discurso de la ciudad su interpretación se da desde la pragmática, dada la relación de los signos que tiene la ciudad *en sí* y cómo son simbolizados *para sí* por el observador, el cual dependiendo el grado de su observación puede ser *flâneur* (observación de primer orden) o transeúnte (observación de segundo orden).

Si se piensa la ciudad como un discurso y por lo tanto sujeta a interpretación, ésta se vuelve objeto de estudio de la hermenéutica. Pero dadas las características polisémicas que presenta la ciudad, es la hermenéutica analógica de Beuchot la que más pertinente para su interpretación, pues desde esta se puede generar una conexión entre la semiótica y la hermenéutica. Porque por un lado la ciudad se constituye como una estructura de signos que dotan de la sentido al espacio urbano donde está inmerso el observador, por el otro, tiene que significar estos signos por medio de los juegos de lenguaje, para poder construir la forma de vida urbana a la cual pertenece. Siendo en este proceso interpretativo donde entra en juego la hermenéutica analógica.

¿Por qué usar la hermenéutica analógica para el estudio de la interpretación de la ciudad? Porque para Beuchot (2008b) este tipo de hermenéutica se estructura a partir de la analogía, lo cual permite que se puede situar la interpretación desde la pretensión de la interpretación completa y clara que propone la univocidad y la interpretación confusa y oscura que la equivocidad, pues no se busca el significado único que da la primera, ni el múltiple de la segunda. Lo que se busca es “...un significado que va a varias cosas pero a través del concepto o razón que le da cierta unidad.” (Beuchot, 2008b: 502) Puesto que la ciudad al presentar una significación polisémica podría

tender a la equivocidad, pero a su vez la estructura urbana la dota de un sentido unívoco dado por los signos universales que componen el espacio urbano, ante esto el observador tiene que interpretar la ciudad desde la analogía, pues se encuentra en una encrucijada de signos universales y particulares.

La ciudad: un texto narrado y vivido

La hermenéutica para Gadamer (2005: 23) trata el “..., *fenómeno de la comprensión y correcta interpretación...*”. Para lograrlo los textos interpretados tienen que ser colocados en sus contextos específicos (Beuchot: 2008a). Presentándose tres conceptos básicos que son: comprensión, interpretación y contexto. Donde el comprender es “...siempre <<comprender de otro modo>>”, puesto que, “...<<cuando se comprende, se comprende de un modo *diferente*>>” (Gadamer, 2006: 15 y 23). Entrando en juego el contexto, pues es lo que permite que ese comprender se comprenda de forma diferente, según sea el punto desde el cual el observador lleve a cabo su observación. No es un punto de observación fijo ni unívoco, al contrario, es policontextual, dada su operación con contextos que se diferencian de forma distinta entre sí. Siendo para Luhmann (1996: 468) la policontextualidad “...una condición previa para vivir lo históricamente nuevo... [Donde]...todas las observaciones y descripciones dependen de una selección anticipada del contexto...”. Por último la interpretación, es “...lo que ofrece la mediación nunca perfecta entre hombre y mundo, y en este sentido la única inmediatez y el único dato real es que comprendemos algo como <<algo>>.” (Gadamer, 2006: 327) De tal forma que la hermenéutica se encuentra en el centro de un nudo borromeo constituido por la comprensión-contexto-interpretación, de los cuales se construye una realidad *en sí*.

El problema del comprender e interpretar se presenta en su convergencia con el contexto, donde por la característica de policontextualidad, se corre el riesgo de caer en una interpretación equivocada y por lo tanto arbitraria, dada la heterogeneidad de diferenciaciones con las que opera la observación, de ahí que sea necesaria un segundo nivel de interpretación, por su referencia que ésta tiene a, “...una estructura

intencional de segundo grado que supone que se ha constituido un primer sentido donde se apunta a algo en primer término, pero donde ese algo remite a otra cosa a la que solo él apunta.” (Ricoeur, 2007: 15) Dicha estructura de segundo grado es la que genera un exceso de sentido que permite la polisemia de los significados y su valor contextual, pues dependiendo de éste puede ser interpretado icono, índice o símbolo. Surgiendo ante esto una interpretación de la interpretación. La propuesta de la hermenéutica analógica es la que mejor puede llevar a una interpretación de segundo orden que permita comprender la construcción que se tiene del mundo por parte del observador, porque “...la interpretación no es un recurso complementario del conocimiento, sino que constituye la estructura originaria del <<ser-en-el-mundo>>. (Gadamer, 2006: 328) Esa estructura originaria no es otra cosa que una forma, definida por Luhmann (1998: 220) como “...una estructura muy general que utiliza la realidad.” Reconocida por medio de mecanismos de retroalimentación de los enlazamientos recursivos que la determinan. Siendo la analogía lo que permite abstraer esa forma, y con ello, poder comprender e interpretar *para sí* el mundo *en sí*.

El observador para poder interpretar la forma originaria que le permite construir su ser-en-el-mundo, tiene que significarla a partir de la estructura de signos presentes en la ciudad. Ya sea que la abstraiga como sintaxis, semántica o pragmática; la ciudad se presenta ante él como un gran texto con n cantidad de variables y posibles combinaciones que debe de comprender en un contexto diferenciado, porque “...lo que característica al texto es que sólo se presenta a la comprensión en el contexto de la interpretación y aparece a la luz como una realidad dada.” (Gadamer, 2006: 328) Siendo esa realidad dada la forma desde la cual opera su realidad, imaginario o fantasía, en su forma de vida urbana. Trayendo como consecuencia directa el cómo se simboliza la forma de operar su ser-en-el-mundo, que depende del grado de interpretación que lleve cabo y ante lo cual se presentan distintas formas de vivenciar la ciudad.

La ciudad puede ser interpretada como un texto porque estos “...no son sólo los escritos...sino también los hablados...los actuados...van, pues, más allá de la palabra y

el enunciado” (Beuchot, 2008a: 33). La ciudad como un texto hablado, es construida desde el imaginario de quien por medio de la narración de su discurso la explica, donde dependiendo del grado de su estructura intencional es: si remite a una ciudad de la realidad, de lo imaginario o de la fantasía. Pero esta ciudad nunca será un icono (en el sentido de Pierce), pues ha sido previamente simbolizada, pues en lo narrado siempre se presentara un punto ciego que ha sido sustituido por un símbolo, de tal forma que no es necesario que el narrador haya estado en la ciudad que describe, lo que importa es el sentido que le dé al discurso que construye de la ciudad. Lo contrario ocurre con la ciudad como un texto actuado, pues aquí se parte de la vivencia del observador en la ciudad, donde el discurso parte de una realidad percibida y que ha sido subjetivizada por quien la vive, pero al igual que en la ciudad hablada, no se puede representar como un icono. Siendo parte importante de la construcción de la ciudad como un texto narrado o vivenciado, su estructura física: lo urbano.

De lo urbano, que se puede definir como la parte física y morfológica de la ciudad, se estructura el texto que posteriormente será narrado o vivido por el observador, pero no sólo eso, en un primer orden de estructuración significativa permite construir un sintagma a partir de las edificaciones presentes que permiten representarla como un paradigma, como podría ser: ciudad industrial, ciudad turística, ciudad comercial, por decir algunos ejemplos. Donde se presenta un orden y una estructura de los elementos que configuran el espacio urbano y del cual emerge una forma básica que se va reproduciendo en el resto de las ciudades, de tal forma que el sintagma urbano es muy específico, lo que varían son los estilos, pero no su acomodo a nivel de parámetro y trama. De tal forma que lo urbano se presenta como un sintagma y la ciudad como el texto que se construye de la narración o vivencia de éste.

La significación de la ciudad opera en un plano que no necesita para construir su narración de un significante material referido al espacio narrado. Sólo es necesario reconocer o recordar los elementos del sintagma urbano para poder simbolizarla, de ahí que, el texto de la ciudad, se presente de forma polisémica al observador por los distintos niveles de significación con los que la dota de sentido. Llevando a que la

interpretación del texto de la ciudad corra el riesgo de volverse por un lado equivocada, por la multiplicidad de posibles significados y por el otro, caer en una interpretación unívoca que sea impuesta de forma arbitraria. Siendo por medio de la analogía como se podría conseguir evitar el sesgo que esto generé.

La narrativa de lo urbano como icono y la ciudad como símbolo

El símbolo "...es un signo, con al menos, doble significado. Uno directo y otro escondido." (Beuchot, 2007a: 14) Teniendo dos partes, una la realidad que enriquece y la otra el resto que simboliza, siendo una unidad dual en la cual se interpreta el todo simbolizado a partir de la parte que ha sido designada que le da la riqueza de significado, porque es "...el signo más rico en significado, pues siempre tiene más de un sentido (el aparente) y nos remite a su sentido oculto. Además, el símbolo está cargado de afecto, es un signo que vincula, que une." (Beuchot, 2007a: 9) Donde el sentido oculto es lo que emerge de la reducción del exceso de información que contiene del signo dentro del contexto comunicativo (ya sea temporal, espacial o ambos) en que está inmerso. De ahí que para Beuchot (2007a) el símbolo une y aglutina a los seres humanos, pues el observador lo interpreta desde una forma que han sido, previamente, simbólicamente generalizada; pero mediada por la emoción. Permitiendo la afinidad hacia símbolos hegemónicos que son dotados de distintos sentidos como: religiosos, políticos, bélicos, entre otros. Siendo uno de estos símbolos aglutinantes la ciudad, que presenta esa dualidad del excedente de sentido (parte simbólica) y de la semejanza con el significado (parte icónica) que en este caso sería su elemento físico: lo urbano.

El estudio de la ciudad como símbolo aglutinante se da dentro de la hermenéutica analógica-simbólica. Siendo la analogía para Beuchot (2008b y 2008c: 495 y 90), una "...significación en parte idéntica, en parte diferente, predominando la diferencia...sobre la identidad". Porque la interpretación que se le dé a la ciudad, parte de un proceso de reflexión basado en una observación de segundo orden en la cual el observador observa la operación del observar de otro observador. En otras palabras, se interpreta

lo que interpreta el observador. Ante esto “el predominio de la diferencia sobre la identidad” que da la analogía, es importante para ubicar el sentido de lo interpretado en la diferenciación que realice el observador, porque lo idéntico requiere de lo diferente para delimitarse. Siendo por medio de la construcción de la otredad como se tienen acceso a la identidad, que sólo es posible, por los grados de libertad que da la analogía por el desplazamiento de significantes que lleva a cabo.

Sí la ciudad es una forma que emerge de lo urbano y de su intersección se manifiesta la forma de vida urbana ¿Cómo el observador lleva a cabo la diferenciación de lo urbano como un icono-índice y la ciudad como un símbolo, puesto que por esta intersección, en determinados momentos pareciera que se narra la misma significación en contextos diferentes y con modos de operar distintos? De la diferenciación primaria del espacio, emerge su significación manifiesta y como consecuencia, las narrativas de la ciudad interpretadas por el observador, que a partir de su relación directa/indirecta con el significante, construye la realidad o el imaginario del espacio urbano. Entrando en juego una espiral recurrente de diferenciaciones y distinciones entre los iconos urbanos y los símbolos de la ciudad que permite la diferenciación de lo urbano y la ciudad más allá del contexto, que no es otra cosa que, la dialéctica de lo idéntico de lo urbano/ciudad, entendiendo dialéctica en el sentido de Ricoeur (2009: 15) como: “...el reconocimiento de la desproporción inicial entre los dos términos y...la búsqueda de las mediaciones prácticas entre los dos extremos...siempre frágiles y provisionales.” Siendo la analogía lo que permite reconocer la desproporción presente en lo urbano y la ciudad, ubicándose en la parte intermedia de los dos conceptos.

Al hablar de extremos no se plantea un conflicto entre lo urbano y la ciudad, al contrario, la dialéctica de lo idéntico busca las diferencias entre estos conceptos (que parecen idénticos de forma manifiesta), por medio del modo en que son operativizados por el observador en su significación. Ubicando, lo que Beuchot (2008b: 502) llama un significado analógico, que “...no tiene el significado único de la univocidad ni el significado múltiple y disperso de la equivocidad, sino un significado que va a varias cosas pero a través del concepto o razón que le da cierta unidad.” Unidad que el

observador interpreta como la realidad de la forma de vida urbana, que en lo latente se encuentra anclada a lo urbano o la ciudad en forma de metáfora, por lo tanto es una clase signo que tiene una analogía poco clara con el objeto, representando tan solo los aspectos y funciones de éste (Beuchot, 2004). Operando la metáfora como una analogía que permite mediar entre los extremos de la dialéctica de lo idéntico de lo urbano/ciudad, porque “vincula un sentido explícito con uno implícito.” (Ricoeur, 2003: 59) Permitiendo reconocer la desproporción que emerge de la diferencia de significación de los observadores e interpretación del observador.

Lo urbano es percibido por el observador como un icono o un índice del espacio donde se lleva a cabo la forma de vida urbana, mientras que la ciudad es interpretada como un símbolo y ambos están mediados por la metáfora. En esta representación de los signos, donde lo urbano es un icono-índice y la ciudad un símbolo; se manifiesta para el caso de lo urbano una dualidad del signo que se constituye a partir de dos factores que componen la unidad de significación, que son: “...la dualidad estructural del signo sensible y la significación que lleva...además de la dualidad intencional del signo (a la vez sensible y espiritual, significante y significado) y la cosa u objeto designado.” (Ricoeur, 2007: 15) El primer factor remite a la percepción directa del significante y cómo este adquiere un significado que le ha sido designado arbitrariamente, donde el observador al recorrer la urbe no requiere de una interpretación, pues el significado se refiere a lo observado en un primer orden, pues ante sus ojos un edificio o un carro no significarán otra cosa más allá de lo percibido. El segundo factor se presenta cuando se da una intencionalidad en el significado de la cosa observada, ya sea de alguna cualidad o sustancia sin caer en la analogía, como el caso de un edificio con alguna función específica para realizar algún trámite o servicio como una sucursal bancaria o cualquier edificio de gobierno, pero este último cambia su significado si ahí se ubica el gobernante, pues el hecho de que se encuentre presente esa figura de autoridad se dota el espacio de una sustancia relacionada con el poder.

Para el caso de la ciudad, la dualidad del símbolo es de un grado superior porque se presenta como una “...relación de sentido a sentido; presupone signos que ya tienen un

sentido primario, literal, manifiesto, y que, a través de este sentido, remiten a otro.” (Ricoeur, 2007: 15) Esta dualidad va más allá del primer sentido que otorga la relación significante/significado, pues en una espiral de sentidos se presenta en un segundo y tercer orden. Un sentido de segundo orden que remite a una cosa que ha perdido su significación primaria la cual ha sido sustituida por otra de un nivel cada vez más subjetivo que requiere una interpretación del observador. Operando la dualidad del símbolo en la rememoración de los recorridos representados por medio de la narración, del cual se construye el discurso de las vivencias del observador en la ciudad. Donde los edificios que representan ya sea al banco o al gobierno, por decir un ejemplo, contienen una carga simbólica que los dota de otro sentido dependiendo la vivencia o imaginario en cual se base la simbolización, donde el lugar de gobierno puede ser un elemento de opresión en caso de quien lo interpreta sea opositor al gobierno.

La metáfora como un modo de analogía intermedia en la dialéctica de lo idéntico en lo urbano/ciudad opera dependiendo del sentido de su significación, por ejemplo cuando el observador en su narrativa le da un sentido como sinécdoque o asíndeton a sus vivencias en la ciudad. En el primer caso se construye una narrativa a partir de un fragmento de la totalidad del espacio urbano que representa al todo, en el otro caso esa totalidad se fragmenta en sus componentes para representar a la ciudad. Siendo importante para que se pueda gatillar la metáfora la subjetividad de quien interpreta la narración (que también se le puede nombrar como el observador que interpreta), pues el mensaje va codificado por medio de la analogía, mediando entre lo unívoco y equívoco del sentido del discurso, siendo un recurso del observador para dar un sentido de segundo orden a su narración y puedan entrar en juego factores que en un primer discurso quedarían fuera como el caso de las emociones. El observador que interpreta, por medio del juego de lenguaje se hace partícipe de esa narración, pudiendo comprender que una parte no es todo y todo no se constituye por fragmentos aislados de la realidad que expresa el observador en su narrativas. Por el contrario, el observador que interpreta comprende del discurso (del cual es partícipe) ese sentido de segundo orden que genera la metáfora así como la intencionalidad del observador latente durante la narración.

También la metáfora opera como mediadora en la dialéctica de lo idéntico en lo urbano-ciudad por medio de la analogía, lo que permite al observador interpretar el discurso sobre el espacio urbano de una forma entre lo equívoco y unívoco. Esta interpretación se da por medio de lo que Beuchot (2006) llama el acto interpretativo analógico, en donde el observador disocia en el acto discursivo del espacio urbano la parte que refiere a la proporción del sentido del significado del urbanista y la que él le refiere como quien lo recorre. Pero parte de la referencia que el observador tiene sobre el texto de ciudad, se ve influenciada por los distintos niveles de construcción de la realidad que pueden desembocar en la fantasía, según sean sus mecanismos de simbolización con los cuales realiza su proceso de significación. Entonces por medio de la metáfora el observador puede mediar las diferencias que se presentan en el espacio urbano, donde un segundo observador que ha recibido la información la interpreta por medio de una convención que previamente le ha sido transmitida por la coontogenia, funcionando como base de su codificación y articulación de la trofolaxis lingüística de la cual emerge la narrativa de la ciudad que ha sido previamente significada por la sociedad. De tal forma que la metáfora para que pueda operar como un signo sujeto a interpretación, tiene que ser socialmente generalizada, de ahí que el discurso del observador sobre la ciudad vaya más allá de su simple vivencia, pues implica una serie de juegos de lenguaje que lo dotan de sentido y permiten que sean interpretados por quienes tienen acceso a éste. Pero a su vez, estos otros observadores también son participes en ese espacio socialmente simbolizado que es la ciudad, construido de forma colectiva y simbolizado e interpretado *en sí y para sí*.

La interpretación de la ciudad y el observador

El observador en sus recorridos cotidianos construye su narrativa de la ciudad por medio de la interpretación del sentido del discurso en el que está inmerso. Contextuando desde su rol de observador ingenuo, sin la pretensión de buscar un significado más allá de lo que su percepción y simbolización le refieren, no yendo más allá en la búsqueda de algún código oculto en la ciudad. A partir de sus actos

interpretativos significa la ciudad, la cual se construye como un texto que puede ser interpretado y comprendido en su contexto. Siendo por medio de la analogía que le refiere el sentido y el contexto. Dicha analogía puede presentarse de tres tipos: analogía de atribución, analogía de proporcionalidad propia y analogía de proporcionalidad impropia o metafórica (Beuchot, 2008a). Donde:

“En la metáfora decimos “el prado ríe”, y lo entendemos por analogía de proporcionalidad (aunque impropia o translaticia) entre la risa del hombre y lo florido del prado: ambos se relacionan con la alegría. La analogía de proporcionalidad propia asocia términos que tienen un significado en parte común y en parte distinto, como “la razón es al hombre lo que los sentidos al animal”. La analogía de atribución implica una jerarquía, en la que hay un analogado principal, al que se atribuye el término de manera más propia y otros analogados secundarios, a los que se atribuye por relación a ese término principal, por ejemplo “sano” se atribuye al organismo, al clima, al alimento, a la medicina y a la orina; pero al organismo porque de modo propio tiene salud, al alimento porque la conserva, a la medicina porque la restituye y a la orina porque la manifiesta como signo.” (Beuchot, 2008a: 55)

El observador emplea los tipos de analogía en la interpretación del texto de la ciudad cuando en sus trayectos dota de una referencia y sentido propio al espacio. La analogía de atribución se presenta cuando le atribuye una referencia ligada a su experiencia a alguna característica propia del sitio, ya sea sobre forma o función del lugar (un ejemplo desde la academia sería el concepto de metabolismo urbano del que hablaban en la Escuela Sociológica de Chicago, con el cual explicaban el buen o mal funcionamiento social de una ciudad), que bien podrían tratarse de algunos adjetivos calificativos que le permitan diferenciarla como el caso de bonita/fea. La analogía de proporcionalidad propia ocurre cuando el observador lleva a cabo un enlace analógico entre lo que está percibiendo y alguna idea, imaginario o recuerdo respecto a la morfología del sitio o las interacciones espaciales, como en el caso de estar en lo alto de un edificio y referir a un hormiguero. Y en la analogía metafórica el observador transpone elementos ajenos a la forma y función del espacio urbano, construyendo a un nivel de significación que va más allá de su referencia primaria, porque es referida desde el imaginario y la fantasía. Presentándose por ejemplo cuando el observador refiere a la ciudad como la selva de concreto. Pues una metáfora es la “...transposición de un nombre extraño a otra cosa

que, por este hecho, no recibe denominación propia.” (Ricoeur, 2001: 93) Operando en el nivel más subjetivo de quien la dota de sentido, creando la mayoría de las veces códigos propios libres de un significante primario.

En el discurso de la ciudad se ven implícitos los tres componentes de la interpretación que menciona Beuchot (2008a), que son: autor, intérprete y contexto. Donde: “El lector o interprete tiene que descifrar, con un código, el contenido significativo que dio al texto el autor o escritor, y colocar ese texto en su contexto, para que adquiriera el significado que el autor quiso darle, pero sin perder la conciencia de que él (el lector o intérprete) le da también algún significado o matiz subjetivo”. (Beuchot, 2008a: 34) El rol del intérprete en el texto de la ciudad lo tiene el observador que desde sus recorridos cotidianos y vivencias lo interpreta y simboliza en cada uno de ellos. El autor del texto urbano es el urbanista o el político que por medio de grandes intervenciones urbanísticas o pequeñas edificaciones va aportando elementos al sintagma de la ciudad, pero ante la heterogeneidad de autores que construyen la ciudad, se vuelven una figura anónima para quien la recorre, pero no por esto, se presenta lo que Ricoeur (2003: 43) llama la falacia del texto absoluto, en la que se trata de “...hacer del texto una entidad hipostática sin autor.” Porque la ciudad no es un ente autogenerativo ni autopoiético, al contrario está a merced de los planificadores urbanos y políticos que la transforman y dotan de un sentido primario, que después el observador resignifica desde su vivencia.

Entonces el observador interpreta la ciudad desde cualquiera de los tres tipos de analogía dependiendo desde dónde se ha llevado a cabo la distinción de la observación, pudiendo dotar de significado desde el nivel más subjetivo y emotivo que es la analogía metafórica hasta un nivel intersubjetivo y ligado a los imaginarios sociales como la analogía por atribución. Acoplándose en la interpretación del discurso de la ciudad con la analogía; los tres componentes de la interpretación, que son la base con la cual el observador la percibe y la simbolización, para posteriormente construir la significación. Porque a partir de estos se va configurando el discurso en un primer momento urbano y conforme se va simbolizando emerge el discurso de la ciudad que

implica los componentes físico, mental y social que convergen en ella.

El observador como hermeneuta

El observador en sus recorridos cotidianos por la ciudad se comporta como una hermeneuta ingenuo. En parte porque la hermenéutica lo que busca es la comprensión desde una interpretación correcta de los textos, de ahí que, en sus recorridos el observador interpreta el sintagma de la ciudad en un primer orden que lo lleva a comprender la ciudad como un discurso que emerge de la convergencia de sus componentes físicos-mental-social. Por otro lado su interpretación se da de forma ingenua, porque no existe la intencionalidad del investigador de una correcta interpretación, solamente resignifica el espacio que recorre para simbolizarlos y comprenderlo para su posterior narración.

La interpretación que realiza el observador es parecida a la que se plantea para la hermenéutica analógica-simbólica en la cual se media entre una interpretación unívoca y equívoca a partir de una analogía relacionada al símbolo. Donde el símbolo puede referir a la vivencia del recorrido, a la rememoración o a un imaginario construido a partir de narrativas de otros observadores. El que se plantee un parecido con la hermenéutica analógica-simbólica se debe, a que, el observador interpreta por medio de analogías sus recorridos ya sean físicos o mentales. Esta interpretación se hace presente en un plano entre lo subjetivo-individual y lo objetivo-colectivo, de lo contrario, en el primer caso sus narrativas sobre la ciudad tan sólo podrían ser comprendidas por él y no podrían ser acopladas por otros observadores. Aunque su narrativa no es ajena a sus emociones (a menos que fuera un robot), de ahí, que al momento de narrar su experiencia en la ciudad, ésta se presenta como una unidad dual entre su subjetividad/objetividad, porque la base discursiva hace referencia a los símbolos que se construyen bajo la convención social y son simbólicamente generalizados en la comunicación del sistema social. Pero son permeados por los símbolos que se manifiestan en su experiencia emotiva al momento de realizar el trayecto. Por eso la interpretación que realiza el observador del texto de la ciudad, resulta analógica-

simbólica. Mediando entre el significado objetivo que proviene de la convención social y el significado subjetivo de sus emociones.

El observador en la construcción del discurso derivado de la interpretación de sus recorridos por la ciudad, cumple con la regla hermenéutica de Gadamer (2005: 360) en la cual, se tiene que "...comprender el todo desde lo individual y lo individual desde el todo". Pues para construir un discurso coherente con su vivencia (la unidad dual de lo subjetivo/objetivo), el observador en su narrativa requiere haber comprendido la ciudad como un todo, así como desde los fragmentos del todo, como si se fueran acoplando fragmentos de un todo, que a su vez, cada uno de los fragmentos son un todo. Porque la ciudad se presenta como una totalidad en la cual se encuentra inmerso el observador, pero a su vez en sus recorridos, tan sólo puede observar un fragmento de ésta que son simbolizados como un todo de la ciudad en su interpretación, entonces "...las partes que se determinan desde el todo determinan a su vez este todo". (Gadamer, 2005: 360) De ahí que el observador, para que su discurso pueda ser colectivizado; tiene que hacer referencia a los símbolos aglutinantes de la ciudad en su narrativa, los cuales median entre lo objetivo y lo subjetivo.

Operando en la construcción del discurso el observador de forma parecida al círculo de la comprensión de Heidegger, en el cual la comprensión del texto está determinada por la anticipación de la precomprensión, porque éste "...no es, pues, de naturaleza formal; no es subjetivo ni objetivo, sino que describe la comprensión como la interpretación del movimiento de la tradición y del movimiento del intérprete." Siendo este movimiento una dialéctica entre los símbolos aglutinantes que son dotados de sentido desde su experiencia vivida y su experiencia social. Representados y referenciados de forma analógica sobre el espacio de la ciudad, de ahí que la manera en que se construye el discurso de la ciudad por parte del observador, se sustente en una interpretación analógica-simbólica de su vivencia durante el recorrido de la ciudad.

En sus recorridos por la ciudad el observador fundamenta su interpretación a partir de la experiencia de sus trayectos, entrando en juego dos experiencias que operan como

una unidad dual que son: social-objetiva/emocional-subjetiva. Simbolizadas por medio de la analogía, permiten interpretar y posteriormente comprender el espacio urbano, porque la experiencia implica un *a priori* y un *a posteriori*. Pues la experiencia es “...en primer lugar siempre experiencia de algo que se queda en nada: de que algo no es como habíamos supuesto.” (Gadamer, 2005: 430) Ese primer algo que se queda en nada, en el caso de la ciudad; es el sentido que proviene del sintagma de la morfología urbana, que ha sido simbólicamente generalizado por medio de la convención social, sirviendo como base para la construcción del discurso de la ciudad y de su comprensión por otros observadores, por lo tanto aquí se opera con la experiencia social-objetiva. Por el contrario lo que hace que se presente ese algo que no se había supuesto, es la significación que proviene de la experiencia emocional-subjetiva, haciéndose manifiesto el significado oculto del símbolo, pero éste, sólo puede ser interpretado por el observador *para sí*. Siendo la analogía lo que permite al observador mediar entre las dos experiencias presentes en sus trayectos en la ciudad.

La memoria urbana y la interpretación del texto de la ciudad

La memoria¹⁶ vista desde punto de vista del psicoanálisis, permite acercarnos a la forma en que el transeúnte interpreta sus trayectos. Como explica Ricoeur (2009: 66) respecto al concepto de memoria en psicoanálisis, esta: “se distancia de la idea de una simple reproducción de los acontecimientos reales por una serie de percepción del pasado; es más bien un trabajo que se prosigue a través de procesos de estructuraciones cada vez más complejas. Ese trabajo de la memoria está implicado, entre otras cosas, por la noción de historia o estructura narrativa de la existencia.” Se puede plantear una memoria urbana basada en los trayectos cotidianos del transeúnte, donde en cada uno de éstos, acopla por medio de lo vivenciado, lo interpretado y lo

¹⁶ Foerster (2005: 58-59) hace una crítica sobre la moda de utilizar conceptos de las formas en las que operan las máquinas y los procesos mentales, porque: “...en la búsqueda de una base fisiológica de la memoria, trataron de encontrar mecanismos neurales que fueran análogos a los mecanismos electromagnéticos o electrodinámicos que “congelan” a las configuraciones temporales (cintas magnéticas, cilindros o bobinas) o espaciales (hologramas) del campo electromagnético, de modo tal que puedan ser revisadas en cualquier momento ulterior...[vista de esta forma la memoria]...se reduce a “registrar”, aprender a “cambiar”, percepción a “captación”, etcétera.”

simbolizado los elementos con lo que interpreta el espacio que recorre, para posteriormente formar parte de su estructura narrativa e interpretativa del texto de la ciudad, donde emerge la memoria urbana.

La memoria urbana permite la interpretación del texto de la ciudad porque a través de ella se introduce la analogía, volviéndose una de las bases referenciales. Estructurándose la memoria en la triada recursiva que es memoria-acordarse-rememoración, por medio de la cual se reintroducen los acontecimientos simbolizados e interpretaciones pasadas. El acordarse para Ricoeur (2009: 65): “No es solamente poder evocar ciertos acontecimientos aislados, sino volverse capaz de formar secuencias significativas, conexiones ordenadas. En suma, es poder dar a la propia existencia la forma de una historia de la cual un recuerdo aislado sólo es un fragmento.” Mientras que la rememoración para Lacan (2008: 278) es el “...agrupamiento y sucesión de acontecimientos simbólicamente definidos, puro símbolo que engendra a su vez una sucesión.” Donde “La rememoración es lo que debe tomar el lugar de la repetición.” (Ricoeur, 2009: 65) Ocurriendo una mutación por el proceso de la rememoración que Lacan (2005: 278) nombra función de la rememoración, en la cual “Lo que se modifica no es lo que viene después, sino todo lo que esta antes.” Ante esto cada vez que el transeúnte recorre sus trayectos los va interpretando de una forma diferente pero sutil, a menos que ocurra algún suceso que genera un impacto fuerte sobre su estructura de narrativa de la existencia y lleve a una resignificación abrupta del texto de la ciudad.

Entra la relación de la memoria urbana y la interpretación del texto urbano por parte del observador se puede llevar a cabo una analogía con los lugares donde se ubica el inconsciente: monumentos, documentos de archivo, evolución semántica, las tradiciones y leyendas, y los rastros. Lo anterior puede servir para construir una matriz de análisis del espacio urbano y su representación en la realidad y los imaginarios, si son ubicadas en las narrativas del espacio de la ciudad, tanto en sus elementos móviles (la ciudad) como en los inmóviles (lo urbano) del espacio urbano (físico). Entrando en juego en todos estos elementos las referencias del sentido del transeúnte,

el urbanista y el contexto, porque a través del cuerpo hace la referencia de primer orden entre él y el espacio que lo rodea. Los documentos de archivo se ubican dentro de operación de la triada recursiva de la memoria. La evolución semántica va mutando por medio de la rememoración. Las tradiciones y leyendas son los elementos latentes del sentido referido por el contexto y el urbanista. Y los rastros son los remanentes de la rememoración que se repiten de manera contante y que tornan en la referencia latente del transeúnte.

La triada recursiva de la memoria-acordarse-rememoración permite que el texto de la ciudad adquiera un carácter polisémico y, por lo tanto, sujeto a interpretaciones que van mutando de forma contante a través de los trayectos. Por medio de analogías el transeúnte construye puentes interpretativos contextuales entre sus vivencias, recuerdos y emociones con las intenciones de sentido de referencia impuestas por el urbanista, de ahí el carácter subjetivo de la interpretación del texto de la ciudad. Porque se puede proponer cierta intervención urbana que genere una directriz de referencia y sentido al espacio urbano, pero la última interpretación y significación siempre la tendrá quien lo vive y simboliza por medio de sus trayectos, como dice De Certeau (2000: 110): "...el caminante transforma en otra cosa cada significante espacial." Y es ahí donde el texto de la ciudad y la interpretación mutan en la memoria.

El transeúnte, la memoria urbana y la reinterpretación del texto de la ciudad

Construida la ciudad como una totalidad diferenciada urbano/ciudad, donde lo urbano se constituye por la macroarquitectura dotada de sentido por quien la proyecta (urbanista o político) y la ciudad emerge de la interacción entre el espacio construido y lo que Collins (2009: 17) llama cadenas de rituales de interacción, la cuales suponen que "La interacción a pequeña escala, aquí-y-ahora y cara-a-cara, es el lugar donde se desarrolla la acción y el escenario de los actores sociales". Resignificando el transeúnte el sentido impuesto por el urbanista, pero que no deja de ser la base de su simbolización, donde por medio de la metáfora el sentido hegemónico lo vuelve latente y con el sinécdoque manifiesto. Emergiendo ante esto una ciudad escindida: que por un

lado es la ciudad de las leyes, normas y racionalidad en la que opera el *civitas* y se le puede nombrar como: *la ciudad de las normas*. Por el otro existe una ciudad de metáforas, analogías, metonimias y emociones en la que opera el transeúnte simbolizándola y resignificándola por medio de sus trayectos, que se le puede nombrar como: *la ciudad de las vivencias*. En la cual el individuo transgrede al sentido hegemónico del texto de la ciudad que le ha sido impuesto por los urbanistas por medio de sus trayectos. Existiendo también la ciudad recuerdo de Augé (2007) que se construye por medio del recuerdo o la memoria, siendo la experiencia de vivir la ciudad y las relaciones afectivas del quien la habita su base donde se articula posteriormente por la rememoración, que se le puede nombrar: *la ciudad de la rememoración*.

El transeúnte es el nuevo nómada que surge con la ciudad, es aquel que la recorre palmo a palmo, vivenciándola en sus recorridos por medio de sus sentidos. Estos recorridos del transeúnte presentan las características con las que en los estudios clásicos de antropología definen a los nómadas, como menciona Augé (2007: 15): “Los estudios tradicionales de etnología señalaban que los nómadas tenían sentido del lugar, del territorio y del tiempo, así como del regreso.” El transeúnte opera en una escala micro que es la calle y su ciudad es la ciudad de las vivencias y la ciudad recuerdo (al contrario del planteamiento de Augé sobre la ciudad mundo, donde el nomadismo tradicional no tiene cabida). Teniendo un sentido de lugar y territorio por medio de la significación que le otorga al espacio en sus trayectos, donde el sentido del tiempo es parte fundamental de los trayectos porque a partir de éste se definen rutas y además siempre existe un regreso al punto de origen del que se partió. De tal forma que las características del nomadismo señaladas por los estudios tradicionales de antropología se pueden aplicar en la operación del quien recorre, vivencia y rememora la ciudad.

En el trayecto por la ciudad el transeúnte interpreta y resignifica el sentido dado por el urbanista al espacio urbano. Desde su subjetividad por medio de los trayectos que van mutando por la rememoración, el transeúnte reinterpreta el espacio cada vez que lo recorre, porque por medio del “...andar afirma, sospecha, arriesga, transgrede, respeta, etcétera, las trayectorias que “habla”. Todas las modalidades se mueven, cambiantes

paso a paso y repartidas en proporciones, en sucesiones y con intensidades que varían según los momentos, los recorridos, los caminantes.” (De Certeau, 2000: 112) De tal forma que el texto de la ciudad no será interpretado de la misma forma por el transeúnte cada vez que lo vuelva a recorrer, pues el sentido cambia inclusive durante las distintas horas del día.

El texto arquitectónico es el componente físico de la cual parte la interpretación del texto de la ciudad, como menciona Norberg-Schulz:

“La arquitectura constituye, desde el punto de vista físico, uno de los aspectos más importantes del ambiente, y si tenemos también en cuenta los elementos semiarquitectónicos como carreteras, espacios libres y jardines, obtenemos una <<trama>> de componentes interrelacionados que están conectados prácticamente con todas las actividades humanas. La arquitectura participa en estas actividades configurando un marco práctico, un trasfondo psicológico adecuado, y expresando que lo que en este marco sucede tiene importancia en la comunidad.” (Norberg-Schulz, 2001: 71)

Es en la trama de componentes de la que habla Norberg-Schulz, donde el urbanista inserta su intencionalidad de sentido al texto de la ciudad, como el objetivo de generar un “trasfondo psicológico adecuado”. Cabe bien preguntarse ¿Adecuado para quién? Porque cada uno de los individuos que habitan la ciudad la interioriza de forma diversa, no hay que negar que existe un referencia primaria, pero por medio de los trayectos y la rememoración muta. Al texto arquitectónico le ocurre lo mismo que el texto escrito, una disociación entre el sentido del texto y el sentido que el autor quiso transmitir, donde el texto de la ciudad, se presenta como un texto autónomo al transeúnte, desconectado de la intencionalidad primaria del urbanista, entonces “Lo que el texto significa ahora importa más que lo que el autor quiso decir cuando lo escribió. (Ricouer, 2003: 43) Pues el texto de la ciudad tienen importancia en función de que es recorrido, vivido y simbolizado, de tal forma que conforme se vaya abstrayendo e interiorizando menos importa el sentido del urbanista y del texto arquitectónico.

La memoria urbana se va estructurando conforme en transeúnte en sus trayectos los va

simbolizando, teniendo como referencia un espacio construido que emerge del texto arquitectónico que en su conjunto estructura al texto urbano en el cual la intencionalidad y el sentido que quiso transmitir el urbanista se vuelve latente, importando más la vivencia, la simbolización y el contexto en la interpretación del transeúnte. Jugando un papel muy importante en todo este proceso la rememoración, pues a partir de ella se le otorga un carácter polisémico al texto de la ciudad por la mutación que produce.

La ciudad de las vivencias

La ciudad es un símbolo aglutinante que presenta una significación manifiesta simbólicamente generalizada, transmitida por medio de la convención social. Esto permite la construcción de un metadiscurso, sobre lo que representa la ciudad, como una consecuencia de la interacción de sus componentes físico-mental-social y lo urbano (su morfología). También existe una simbolización *en sí para sí* que sólo puede ser entendida por quien la habita, donde resignifica y reinterpreta los símbolos que se la han transmitido socialmente desde su experiencia emocional-subjetiva. Ante esto, la ciudad se presenta como un símbolo que puede tender a una interpretación equívoca o unívoca, porque se presenta tanto un significado hegemónico, dado por la convención social en la cual debe de presentar elementos mínimos para que se le nombre de esta manera. Pero también presenta ese otro significado que emerge desde lo individual, que tiende a la polisemia y por lo tanto no permite una claridad interpretativa, pues se sustenta en la subjetividad de quien lo significa.

La forma de poder construir un discurso sobre la ciudad que posibilite su entendimiento generalizado, es por medio de una interpretación del espacio urbano que utilice la analogía como mediadora entre el significado equívoco y unívoco que de éste se pueden dar. Ante esto el observador, que por medio de sus trayectos interpreta y posteriormente comprende la narrativa de la ciudad (en la que se encuentra inmerso); lleva a cabo una resignificación de los símbolos sociales-objetivos y los símbolos emotivos-subjetivos. Transformándolos en símbolos aglutinantes por medio de la

analogía, de lo contrario el sentido de su discurso no podría ser interpretado y comprendido por otros observadores. Entonces el observador, lleva a cabo, un proceso de interpretación parecido a lo que plantea la hermenéutica analógica-simbólica, operando como una especie de hermeneuta ingenuo, desde el cual construye su discurso de su experiencia en la ciudad.

Sustentada en una paradoja que le da la particularidad de ser una totalidad diferenciada, la ciudad emerge de la convergencia de una n cantidad de epifenómenos presentes en el espacio urbano que la dotan de su sustancia. Significada de forma diferente por el individuo según sea su forma de operar en el espacio urbano. Porque sí es como *civitas* su simbolización se basa en leyes, normas y costumbres que le han sido transmitidas de manera formal y no formal, las cuales reproduce y posteriormente también transmite. Por otro lado si opera como transeúnte la ciudad la significa por medio del trayecto, volviéndose polisémica, porque en cada paso y recorrido la ciudad muta en su significado, presentándose ya sea como metáfora, metonimia o sinécdoque. Existiendo un caso especial de significación de la ciudad que ocurre cuando el individuo opera como un *flâneur*, porque parte de una observación de segundo orden y su simbolización la hace sobre la forma en la que operan los otros observados, ya sea transeúntes o *civitas*.

El observador y su ciudad vivenciada

Así como el lector de sueños (personaje de la novela el fin del mundo y un perverso país de las maravillas de Murakami) sabiendo que él ha sido quien creó la misteriosa ciudad amurallada donde habita y todo lo que hay en ella, le hace saber a su sombra que no va a huir de ese lugar, porque siente que ha contraído la responsabilidad de no poder abandonar la ciudad que construyó. El observador vive en una ciudad que ha sido construida desde su simbolización. Sin negar que el urbanista determine la parte física de la que parte el texto de la ciudad, es él quien la interpreta y la simboliza. Resignificando el sentido primario dado por el urbanista y reconstruyéndola simbólicamente por medio de sus trayectos. Teniendo un papel importante la triada

memoria-acordarse-rememoración, porque permite que el espacio mute a lugar y se adquiera una significación desde sus narrativas de vida.

Siendo en la ciudad de las vivencias donde el observador se libera del sentido referencial del texto de la ciudad que le ha querido transmitir el urbanista. Desde un cambio de ruta, una luminaria fundida, una pinta en alguna pared, una construcción nueva, un crimen, un accidente, un árbol cortado, una feria, un mercado ambulante y demás cosas que permitan agregar elementos a la memoria, permiten que el proceso de significación mute y el texto de la ciudad sea presente como polisémico. Hechos que genera una contaste interpretación y reinterpretación en cada trayecto, las cuales se van estructurando de manera recurrente en la percepción y la memoria urbana.

Entonces el observador opera como un hermeneuta ingenuo que interpreta por medio de analogías el texto de la ciudad. Contextualizando el texto a partir de su experiencia perceptiva, sus vivencias y la triada memoria-acordarse-rememoración. De ahí que en cada trayecto que realice por la ciudad esta se manifieste, ya sea como: ciudad de las vivencias o ciudad de la rememoración. Por lo tanto el texto de la ciudad en la polisemia que le da la subjetividad y la pérdida del sentido referencial del urbanista, va mutando en el transeúnte y es vivenciado de forma distinta en su cotidianidad. Entrando en juego los distintos niveles de realidad en la interpretación y simbolización.

De tal forma que el reflexionar la experiencia de los trayectos de la ciudad desde la hermenéutica analógica-simbólica, permite dar una lectura a los discursos presentes las narrativas de cada observador que en su cotidianidad vive la ciudad. Porque desde la analogía se media entre el discurso hegemónico del deber ser de la ciudad y el discurso polisémico del vivir la ciudad. Donde la analogía por medio del uso símbolos, que provienen de esos dos niveles de significación; da al observador los grados de libertad necesarios para resignificar su vivencia en la ciudad desde sus experiencias sociales-objetivas y emocionales-subjetivas.

Símbolos, textos y mutaciones del imaginario de la ciudad

En los estudios de imaginarios de la ciudad lo central es la experiencia de vida y la cotidianidad de quien la habita, la vive y la recorre, no importando si es como transeúnte o *flâneur*. Construyéndose un discurso de la ciudad que emerge de la interacción entre el sujeto que significa/subjetiviza y el espacio que ha sido ya significado/subjetivizado por medio de lo que Lacan (2009: 10) nombra como *intersignificancia* que es "...subjetivada por su consecuencia, siendo el significante lo que representa a un sujeto para otro significante, donde el sujeto no está." Operando lo urbano bajo su propia significación que resulta de la estructuración espacial de sus significantes (la macroarquitectura como una totalidad), adquiriendo en conjunto un significante totalitario que lo dota de sentido.

En la ciudad la significación se presenta de forma polisémica, debido al sujeto ausente y la *n* cantidad de significantes que se construyen de igual cantidad de interrelaciones, donde el sentido del significado de la ciudad no niega ese significante totalitario de lo urbano, sino que es la base desde la cual parte una espiral de significaciones acopladas y resignificadas por cada uno de los observadores desde su vivencia, conformando los diferentes niveles de realidad que son simbolizados y de los cuales se construye el discurso de la ciudad, que a su vez opera como base para interpretar los significantes urbanos.

El sentido polisémico de las significaciones de la ciudad permite que estén constantemente mutando en sus significados. Entendiendo (en el sentido lacaniano) mutación como "...el paso siempre necesario, por estructurado, de un impensable pasado a un imposible presente: la repetición, expresión del inconsciente estructura la innovación. Todo se repite, pero nada se repite idénticamente..." (Augé, 2002: 47). Entonces en los recorridos cotidianos en la ciudad por parte del observador, ésta muta de forma sustancial según sea el punto desde el cual se observa y repite el recorrido. Resignificándose de una forma invisible a cada momento, hasta que ocurre un suceso que la dote de un nuevo sentido y en consecuencia un cambio en la forma de operación

de sus significantes.

La significación de la ciudad depende desde el lugar en el que se lleve a cabo la observación/subjetivización, porque si hablamos desde los imaginarios urbanos una calle solitaria y oscura generará una sensación de miedo que es el sentimiento gatillado por los elementos morfológicos del sitio. Influyendo la morfología sobre el imaginario de la vocación de una ciudad. En cambio si se parte desde los imaginarios de la ciudad, en su totalidad imaginaria podría mutar en un mismo día de una ciudad hedónica (como las ciudades turísticas con una vocación centrada en el placer) a una de ciudad de miedo, como cuando cambian de giro sus negocios durante el día. Como el caso de la calle Revolución en Tijuana, donde algunos negocios son restaurantes familiares durante el día y en la noche se convierten en *table dance*, mutando de una de vocación lúdica y comercial a una de antros de vicio. Esto en el imaginario (de quien no es asiduo a dichos antros) los resignifica como lugares peligrosos y por añadidura de miedo.

Según sea el nivel de la realidad con la que se esté operando el observador, es la significación de la ciudad que se presenta. Lo importante en lo anterior son los cambios que se tienen en los niveles de realidad en la cotidianidad, pues desde los cambios de perspectiva de la realidad es como se genera la mutación y su consecuente resignificación. Uno de los cambio graduales en los niveles de realidad se presenta durante los trayectos que construyen el discurso urbano por medio del andar. Variando según el contexto, la hora del día, el clima, el estado de ánimo, el sonido, el olor, el paisaje, pero sobretodo, los sucesos que violenten el andar, como el caso de un accidente automovilístico o un crimen ya sea como testigo o participe.

Uno de los ejemplos que pueden ser más tangibles respecto a la mutación de las significaciones de la ciudad son los relacionados con el miedo y sobre todo los que provienen de los hechos violentos. Donde el impacto que tienen los sucesos éstos sobre la significación de la ciudad hacen que de forma inmediata se gatille el miedo y se resignifique desde la incertidumbre y la amenaza, dotando el sentido de la mutación

sobre significantes referidos al miedo. Lo central en ésta resignificación se presenta en el nivel de realidad desde la que se va a operar, que están interrelaciones con la posición y el nivel de cercanía que se tenga al momento del suceso. Porque de esto depende si se va a operar desde la realidad, el imaginario, el imaginario de segundo orden o la fantasía, pues cada uno interpreta su verdad desde sus significantes. De tal forma cuando la distancia es menor al suceso, se resignifica el espacio desde la realidad (cuando se es participe o testigo) o el imaginario (cuando se es testigo indirecto o la información llega de forma directa). Por el contrario cuando la distancia es mayor se resignifica desde el imaginario de segundo orden (cuando hay participación nula y la información llega de una fuente directa o los massmedia) o la fantasía (donde la información ya ha sido transgiversada por una fuente secundaria y oculta o niega la realidad). Entonces los niveles de realidad son determinantes en la forma en que se presentará la mutación de la ciudad y los efectos en la cotidianidad sobre el observador.

II.III. SINERGIA: LA VIOLENCIA DE LA CIUDAD Y LOS VIEJOS. LAS PERVERSIONES DE LO IMAGINARIO

La forma en que se simboliza el espacio de la ciudad se ve influenciada por la significación con la que los observadores lo dotan de sentido, la cual parte de la realidad que ha sido construida por medio de la convención social donde el observador de la ciudad es partícipe, y por lo tanto, simbólicamente generalizada. Operando la simbolización de la ciudad en dos niveles entrelazados: la realidad y lo imaginario (que presenta más niveles). El primer nivel refiere a la relación directa entre lo observado y los signos, operando en la observación de primer y segundo orden. El segundo nivel opera desde la memoria por medio de las imágenes de esos signos. Presentándose en las narraciones que el observador realiza sobre la ciudad, sesgos discursivos hacia cualquiera de los dos niveles, emanando un discurso que va más allá de la vivencia o de la imaginación, haciendo que el espacio que se habita, recorre o imagina este mutando constantemente. Pero no solamente emerge un discurso, sino también la forma de vida urbana.

La polisemia del sentido del discurso que emerge de los niveles de realidades presentes en la ciudad se presenta, por el hecho, que en su cotidianidad la ciudad se construye a partir de millares de interacciones que se interconectan en una enorme red de la que emergen n cantidad de situaciones posibles en las que se puede encontrar el observador, de tal forma, se vuelve infinito el número de combinaciones que pueden presentar los signos en la construcción del sentido del significado del espacio recorrido o recordado. Existiendo dos formas con las cuales se construye el sentido del discurso del espacio de la ciudad, que son: desde el imaginario social o desde la realidad vivenciada del observador. De estas se genera una narrativa que dota de algún adjetivo a la ciudad que puede ser por ejemplo: tranquila, segura, limpia, ordenada, caótica, terrible, horrorosa, sucia, entre otras más, variando según sea la forma en que el observador la signifique. Aunque también en la forma en que interpreta el sentido del significado de los símbolos que le han sido socialmente transmitidos. Donde a partir de estas interacciones entre el observador-los observadores-realidades

se va construyendo la forma de vida urbana con la cual se opera en la ciudad, siendo una de las más perversas la exclusión del Otro.

Así como la misteriosa ciudad amurallada de Murakami basa su perfección en la pérdida del corazón, la sombra y los recuerdos de quienes la habitan. La que se vive cotidianamente no dista mucho de la ficción en su operar, pues el *civitas* niega sus vínculos tribales (Weber, 1987) y afectivos respecto al Otro por medio de la actitud *blasse* de Simmel (2005). Siendo la forma de vida urbana sustentada en la diferenciación y distinción de un *en sí para sí*. Basta recordar la película de Pandillas de New York de Scorsese para ejemplificar ésta negación de los vínculos tribales en el caso de los nacidos en EEUU y los afectivos entre los migrantes, donde todos tenían en común ser migrantes (o su origen) pero se diferenciaban en pandillas según su procedencia, pero sólo, como una estrategia de protección debido al rechazo que sufrían por los que ya habitaban ahí, llamados los nativos de América. Lo anterior debido a que el extranjero siempre ha sido una amenaza para las ciudades, en donde es común encontrar el mal como un ente exógeno, dado que la maldad no es de aquí, sino proviene del exterior. Hecho que llevo a que las ciudades medievales se amurallaran en su periferia y a las posmodernas hacía su interior, donde: el extraño ya vive aquí. Entonces la amenaza está en la ciudad y debemos de excluirla, pues ese Otro que observa al sujeto urbano y por lo tanto hay que neutralizarlo excluyendo todos los que puedan ser parte como: inmigrantes, pobres, locos, homosexuales, enfermos, lisiados y viejos. Donde éstos últimos forman parte de los grupos que han sido estigmatizados por los imaginarios perversos de la ciudad.

La violencia inherente de la ciudad y la perversión de los imaginarios

La sociedad humana desde su origen se ha sustentado en la diferenciación y el conflicto que llevan de forma implícita una violencia invisible y en casos extremos visible, basta revisar los conceptos de violencia mimética y chivo expiatorio propuestos por Girard (2002 y 2006) para darnos una idea de cómo opera la violencia en los dos sentidos dentro de la sociedad. De la diferenciación y el conflicto con los que opera la

sociedad, emerge *a posteriori* la exclusión como la forma más frecuente en que es vivenciada la violencia. Ante esto la manifestación más sutil y latente de vivir esa violencia es la soledad inherente al individuo como construcción de la sociedad que, con la posmodernidad, se ha encrudecido.

La soledad es el síntoma paradójico que se tuvo que pagar para poder vivir y disfrutar las bondades perversas de la ciudad. Vivenciada de forma distinta según sea el género, la edad, el sexo, el grupo social, grado de escolaridad y demás construcciones que permiten la diferenciación autorreferencial de la sociedad. Donde cada individuo le da su propio matiz y además la usa para estigmatizar al Otro (¡Por eso esta sólo!). Siendo los nuevos marginales de la sociedad posmoderna los que más la padecen y dentro de ellos, especialmente, los viejos.

La soledad como violencia invisible de la ciudad inicia con la negación de el Otro por el individuo, creciendo hasta manifestarse en casos extremos en violencia física, siendo la forma de vida elemental en la ciudad. Que en la posmodernidad, que magnifica los imaginarios perversos de la ciudad; ha visto potenciada su fuerza segregativa y atomística por la hegemonía del individuo, erosionando las viejas formas sociales comunitarias y, qué decir del mito del prójimo. Ante esto, surge la interrogante ¿Cómo es vivenciada la violencia de la ciudad por parte de uno de sus integrantes más estigmatizados por los imaginarios perversos de la ciudad, que son, los viejos?

Parte de la comunicación con la que opera la ciudad presenta una retórica del orden moral que se "...basa en la condena redhibitoria del individualismo <<disolvente>> de los derechos del hombre y la exaltación concomitante de la primacía de los deberes respecto a las comunidades orgánicas, sean éstas familiares, nacionales o profesionales." (Lipovetsky, 2008: 158) Bajo éste orden moral los viejos forman parte del Otro, inclusive en su misma comunidad orgánica, quedando de lado el respeto y admiración que se les tenía en las sociedades arcaicas¹⁷, que llegaba hasta la

¹⁷ "En los más antiguos registros históricos acerca de personas envejecidas se da cuenta de

modernidad. Donde en la comunicación de la sociedad contemporánea se les excluye debido a la información que emerge de la hegemonía del sujeto individuo que se antepone al sujeto masa, que para este último parte de su estructura la conformaban los viejos. Como en el caso de Ed Tom Bell en la película de los Coen *Sin lugar para los débiles* (cuyo título original *No country for old men* es un ejemplo de la comunicación del hegemonía del sujeto individuo), el argumento de su retiro que le da a Ellis (un viejo policía invalido retirado que sería el ejemplo de un residuo humano) es que se siente derrotado, pero no es una derrota de la muerte de Llewelyn Moss o no haber capturado al perverso de Anton Chigurh, sino es una derrota ante la edad, reproduciendo de esta forma la comunicación de la sociedad posmoralista en forma de un discurso de autoexclusión.

La significación del viejo transmuto de forma ambivalente de la experiencia y sabiduría al estorbo para los dependientes o modelos estéticos a seguir para quienes la negaron. Donde por medio del acto sacrificial¹⁸ lo único que obtienen es resignificar su vejez y resignarse a vivir en lo que se han transubstanciado en la sociedad, el Otro. De tal forma que los viejos padecen dos tipos de violencia que es inherente a la ciudad: la que proviene de la exclusión y se manifiesta en la parte física de la ciudad que no es diseñada para hacer accesible a ellos, y la del olvido que es una violencia invisible producto de la perversión de los imaginarios de la ciudad.

Los tipos de violencia de la ciudad y el miedo como acto

La violencia es inherente a la forma de vida de la ciudad, pues ésta, siempre está

que éstas eran escasas y veneradas, seguramente ante lo sobrenatural que parecía su larga vida, lo importante que era su experiencia, la memoria que conservaban de los acontecimientos vividos, además de que eran los sobrevivientes de condiciones adversas y por lo tanto los más fuertes, inteligentes y aptos de su generación, con antecedentes de respeto y admiración.” (Ham, 2000: 670)

¹⁸ Para Žižek (2002: 81) “El gesto sacrificial no sólo se dirige simplemente a algún intercambio provechoso con el Otro al que ofrecemos el sacrificio: su objetivo fundamental es, más bien, cerciorarse de que ahí fue *hay* efectivamente algún Otro capaz de responder (o no) a nuestros requerimientos sacrificiales. Incluso si el Otro no satisface mi demanda, puedo al menos tener la seguridad de que *hay* un Otro y de que la próxima vez, quizás, responderá de manera diferente...”

presente de forma interiorizada y vivida por cada uno de los sujetos que la habitan cotidianamente. Porque la ciudad desde su origen por el simple hecho de estar constituida por una alta densidad de individuos de la especie humana en competencia, -como ya planteaban en sus textos clásicos sobre las formas de vida urbana Simmel (2005) y Wirth (2005)-; es propicia para el surgimiento de la violencia en su operar cotidiano. En la ciudad es común que se presenten situaciones de violencia manifiesta o latente, actuada o no actuada debido a la gran cantidad de interacciones que se dan en su espacio físico, así como por la actitud *blassé* que sustenta el modo de vida urbano.

En forma paralela por la gran cantidad de interacciones producto de la alta densidad poblacional, aumenta la incertidumbre y por consiguiente las amenazas que representa el otro, que se puede manifestar en lo que Zizek (2002) (basado en Lacan) llama el otro imaginado que se simboliza en los semejantes, en las otras gentes “como yo” con los cuales se mantienen relaciones especulativas de competencia, reconocimiento o amenaza, donde esto último forma parte de la construcción del miedo urbano y a *posteriori* la violencia urbana. Porque todo puede ser una amenaza y por lo tanto hay que actuar de una forma defensiva que se traduce en violencia, porque “Los miedos nos incitan a emprender acciones defensivas. Una vez iniciada, toda acción defensiva aporta inmediatez y concreción al miedo.” (Bauman, 2008: 18) Generándose una paradoja donde para contrarrestar el miedo se usa la violencia, lo cual resulta en más miedo, que pasa de lo imaginario a la realidad hasta convertirse en un real invisible.

Entonces sí la violencia es “...el trastorno radical de las relaciones sociales básicas...” como menciona Zizek (2009: 256), ¿Qué trastorna más las relaciones sociales que las formas de vida urbana? Pues en la ciudad su cotidianidad se construye a partir de millares de interacciones que se interconectan en una enorme red de la cual emergen *n* cantidad de situaciones posibles en las que se puede encontrar el individuo. Acabando en la mayoría de los casos en situaciones de violencia manifiesta o latente, actuada (en el sentido de acto) o no actuada, porque “A veces no hacer nada es lo más violento que puede hacerse.” (Zizek, 2009: 256) Donde ésta última, se presenta como una

manifestación de la violencia *blassé*, que opera con el hastío hacia los estímulos recibidos de la forma de vida urbana llegando a la indiferencia hacia el otro y los otros, clausurando sus estímulos externos en un *en sí*, evitando de tal forma, que no se vea afectado su operar cotidiano por medio de esta reducción de la complejidad de estímulos, quedando tan sólo aquellos que le permiten seguir con su cotidianidad.

La violencia *blassé* es un mecanismo por el cual el observador puede sobrellevar el miedo inherente a la forma de vida urbana, pues el miedo para Bauman (2007: 10) es “...el nombre que damos a nuestra *incertidumbre*: a nuestra *ignorancia* con respecto a la amenaza y a lo que hay que hacer -a lo que puede y no puede hacerse- para detenerla en seco, o para combatirla, si pararla es algo que está ya más allá de nuestro alcance.” Donde en la ciudad esa amenaza proviene del otro imaginario, ese enemigo latente que se torna la amenaza invisible sobre las operaciones del observador, siendo una especie de siniestro observador de segundo orden que por medio de su observar juzga el operar. Pero éste no deja de ser tan sólo una simbolización que permite reducir la incertidumbre generada por el exceso de información que presenta la ciudad.

En la ciudad no sólo se presenta la violencia *blassé*, sino también, la violencia colectiva e individual que mencionan Remy y Voyé (1981) así como las formas de violencia presentes en el sistema social que para Zizek (2009) son tres tipos: subjetiva, simbólica y sistémica (donde estas últimas son un tipo de violencia objetiva).

La violencia subjetiva es “...simplemente la parte más visible de un triunvirato que incluye también dos tipos de violencia objetiva. En primer lugar hay una violencia <<simbólica>> encarnada en el lenguaje y sus formas...En segundo lugar, existe otra a la que llamo <<sistémica>>, que son las consecuencias a menudo catastróficas del funcionamiento homogéneo de nuestros sistemas económico y político.” (Zizek, 2009: 10) Estas formas de violencia se pueden manifestar en diversas formas, proporciones y contextos, abarcando desde lo simbólico a lo físico y de lo colectivo a lo individual, donde estas dos últimas manifestaciones son descritas por Remy y Voyé (1981) para la ciudad. Donde la violencia colectiva es manifiesta como una violencia física que

perturba la calma en el desarrollo habitual de la vida social, yendo desde los casos de la violencia del crimen organizado que transgreden la propiedad privada y amenazan la seguridad de los ciudadanos, hasta la violencia de los jóvenes que afectan los equipamientos colectivos u otros grupos de personas (ya sea por motivos de protesta, vandalismo o manifestaciones ideológicas). Mientras que la violencia individual es una forma de violencia introvertida que se manifiesta del individuo hacia sí mismo, es una violencia de *en sí para sí*, producto de la inserción de las formas de vida individualizadas que se presentan en la ciudad y la introyección de la comunicación de la violencia.

La violencia en general, pero sobre todo en sus manifestaciones en la ciudad; presenta la tetraforma subjetiva-objetiva-colectiva-individual que se ubica en la estructura con la cual opera el observador y el sistema social, por la interpenetración comunicativa que presenta. ¿Pero cómo se manifiestan estos tipos de violencia en la estructura de la ciudad? Zizek menciona respecto a la violencia subjetiva y objetiva, que:

“...la violencia subjetiva se experimenta como tal en contraste con un fondo de nivel cero de violencia. Se ve como una perturbación del estado de cosas <<normal>> y pacífico. Sin embargo, la violencia objetiva es precisamente la violencia inherente a este estado de cosas <<normal>>. La violencia objetiva es invisible puesto que sostiene la normalidad de nivel cero contra lo que percibimos como subjetivamente violento. La violencia sistémica... [Es]...la contraparte de una (en exceso) visible violencia subjetiva. Puede ser invisible, pero debe tomarse en cuenta si uno quiere aclarar lo que de otra manera parecen ser explosiones <<irracionales>> de violencia subjetiva.” (Zizek, 2009: 10)

La violencia subjetiva se manifiesta en la ciudad cuando se ha perturbado el aparente orden social y de las relaciones sociales cotidianas presentes en el espacio urbano. Pero ésta requiere de un referente temporal o contextual para poder observarla, siendo de inicio sus referentes los acontecimientos de la nota roja, sin embargo al momento en que dejan de ser acontecimientos y se vuelven seguimiento de nota o reportaje, éstos hechos violentos son parte de la circulación del punto ciego en la operación de la observación. Incidiendo en la contingencia del observador, llegando a impactar la significación del espacio y sus imaginarios, como en el caso de los hechos violentos de

alguna banda del crimen organizado que construyen un miedo imaginario en quienes son testigos indirectos y un miedo real a quienes son testigos directos, donde su referente de simbolización se transgrede y debe ser encubierto por otra significación, pues la amenaza adquiere forma concreta real y como tal no se puede simbolizar.

La violencia simbólica es la que se presenta más habitualmente en la ciudad, aunque sea de forma latente es vivida cotidianamente por cada uno sus habitantes que en mayor o menor medida la ejercen, la padecen y sobre todo la reproducen en sus actos e intercambios simbólicos relacionados con su competencia, individualismo y *blassé* dirigidos hacia ese otro imaginario. Sustentada en ese miedo al Otro que es un enemigo potencial, manteniéndolo al margen por medio de la violencia invisible que esta tan introyectada en las formas de vida urbana que pasa desapercibida. Ocurriendo desde el accionar el claxon, hablar de forma seria o amenazante, metalenguajes intimidatorios o el omitir algún suceso que implique reconocer al Otro como prójimo (pero para Lacan no hay peor mentira que decir amaras a tu prójimo como a ti mismo) o (peor aun) como par. Probablemente ésta sea la violencia que permite la forma de vida urbana, un *blassé* exacerbado que se ha construido como una defensa ante un ambiente hostil. Volviéndola invisible una negación encubridora que opera como forclución, desplazando el significado del plano conflictivo, como una brecha de paralaje¹⁹ que sólo es posible observarla desde la heterorreferencia, porque en la autorreferencia la violencia simbólica se encuentra en el punto ciego.

La violencia sistémica se manifiesta en la ciudad cuando se ha quebrantado la estabilidad aparente de la violencia simbólica, acumulando la angustia generada por la forma de vida urbana. Donde la base del intercambio simbólico en la ciudad es la violencia invisible que se da en las formas de hacer cotidianos, pero al momento de volverse visible, la violencia estalla de manera abrupta. Gatillada ya sea por el sistema económico que fomenta la segregación enalteciendo el individualismo y la libre competencia y/o, el sistema político que ha construido una democracia sin *demos*

¹⁹ Para Zizek (2006: 11-12) la brecha de paralaje es "...la confrontación de dos perspectivas estrechamente vinculadas entre las cuales no es posible ningún campo neutral en común."

violentando con esto el derecho básico de participación de los *civitas* en la toma de decisiones que les conciernen y afectan. Éste tipo de violencia es la que mayor impacto causa en la opinión pública, porque no se puede hablar de una historia de la ciudad sin las revueltas y estallidos sociales que se dan en su espacio, no importando que sean movimientos que se gesten en el campo y la mayoría de las veces terminen en la ciudad, pues ésta representa (en algunos casos simbólicamente) el poder, la hegemonía y el control ontológico e ideológico desde donde se toman las decisiones y por lo tanto es el origen de los conflictos en el imaginario de quien protesta.

Los cuatro tipos de violencia no son independientes entre sí, al contrario se encuentran interrelacionadas. Como el caso en que se da la relación entre la violencia subjetiva y la violencia colectiva que se presenta en el momento en el cual la observación del hecho violento es heterorreferenciado con el resto de los sujetos, siendo más visible en sucesos masivos referenciados en estructuras sociales ajenas a la que se encuentra acoplado el sujeto o la sociedad que padece el hecho violento, yendo más allá de un simple acontecimiento, presentándose como un hecho acoplado en la comunicación del sistema. Pero el que esté relacionado con la violencia colectiva no quiere decir que la violencia individual sea contradictoria a la violencia subjetiva que se presenta de forma latente. En el caso de la violencia objetiva (en sus formas simbólica y sistémica), ésta se relaciona con la violencia individual al momento en que son introyectadas en el acoplamiento de la información que es simbólicamente generalizada con la que opera el sujeto en su sistema social. Reproduciendo el observador la violencia simbolizada en su operación cotidiana, siendo en éste punto donde se presenta una falsa contradicción entre la violencia objetiva con la colectiva, dado que no la contradice sino sólo opera como una paradoja.

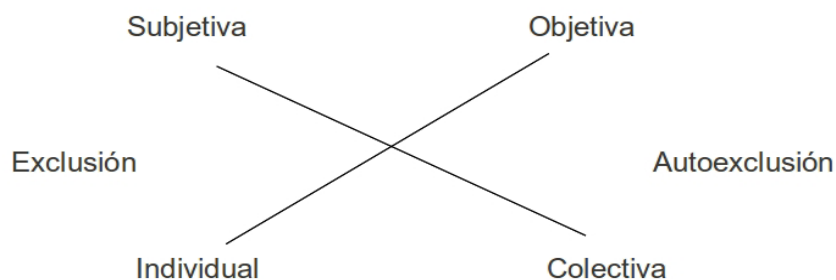
Los tipos de violencia presentes en el sistema urbano hacen que la manifestación del miedo en la ciudad se presente como un acto, que en el sentido lacaniano se da cuando "...el abismo de la libertad, la autonomía y la responsabilidad absolutas coinciden con una necesidad incondicional: me siento obligado a llevar a cabo el acto como un autómatas sin reflexión (sencillamente tengo que hacerlo, no es una cuestión

de deliberación estratégica). (Zizek, 2002: 188) Porque ante cualquiera de los hechos violentos que se presentan en la ciudad el observador actúa con miedo, no en un sentido de sobrevivencia, pues la mayoría de las veces no se presenta una amenaza real, sino una que es simbolizada desde lo imaginario, pero es tanta la fuerza del sentido que llega a operar como una simbolización que es significada desde la realidad.

El tetraedro de la violencia de la ciudad y los viejos

Las cuatro formas en que se manifiesta la violencia en la ciudad se han ido gestando a través del tiempo, mutando según la época, en su forma de manifestarse. Pero no pierden su base localizada en el intercambio simbólico presente en la forma de vida urbana. El proceso que podría resumir el desarrollo de las ciudades y su inherente violencia es: la alta densidad de población genera división y segmentación de los roles y los habitantes, trayendo mayor competencia (espacio, trabajo, estatus entre otras más) que van desde el plano material al simbólico. Donde el sustrato de la violencia radica en la figura del Otro pues es su extraño, su amenaza y por consiguiente un peligro ante el cual hay que defenderse por medio de la violencia.

Figura 10: El tetraedro de la violencia urbana y sus formas de exclusión



En el tetraedro de las manifestaciones de la violencia urbana (subjetiva-objetiva-colectiva-individual) el miedo es inherente a todas, no importando que sea manifiesto o latente, siempre existe una referencia. Resultando más claro en la violencia subjetiva y colectiva en su miedo al Otro que en la objetiva-individual y su miedo a la amenaza de lo Otro. Donde éste Otro puede ser el vecino, el extranjero, el crimen organizado, el ladrón o el policía y el miedo a lo Otro como una amenaza latente se da hacia la oscuridad, lo ignoto, la naturaleza, la sociedad o el vacío. Donde todos éstos miedos son reproducidos en los imaginarios de la ciudad y en la forma de vida urbana, generando las mutaciones de la ciudad.

Manifestándose estas formas de violencia de ciudad en los viejos bajo la amenaza de volverse una carga para la sociedad o la familia, porque ésta es la sustancia que fomenta la exclusión de los viejos. Donde su forma de relacionarse con la violencia subjetiva y colectiva se da cuando esa dependencia ha dejado de ser una amenaza y se concreta mermando la libertad del sujeto individuo, que en un caso extremo lo manifiesta por medio de la violencia física y psicológica, llegando a maltratar al viejo por medio de castigos corporales como los golpes, amarrarlo, privarlo de alimentos y medicinas, dificultarles los accesos, negándoles atención y servicios y olvidándolos. Esta relación es la más visible de la violencia pero a la vez no se le presta atención, de tan visible que se torna invisible, pues la sociedad y la familia la ejercen en menor o mayor medida, tan sólo cuando la violencia física causa daños considerables en el viejo es denunciada y moderadamente condenada por los miembros de la sociedad, pero no pasa de eso, pues todos son cómplices porque se tiene esa amenaza latente de la dependencia.

La autoexclusión de los viejos por medio del acto sacrificial se relaciona con la violencia objetiva-individual por medio de la introyección de la violencia sistémica que simboliza al viejo como una carga social y por ende en un ser humano residual, donde el viejo al asumir el estigma lo materializa en su cotidianidad reproduciéndolo en sus operaciones lingüísticas y en su forma de vida. Entonces al introyectar estas formas de violencia se construye el viejo como la figura del Otro *en sí para sí*, diferenciándose del resto de los

sujetos individuos en una especie de suicidio cívico que a nivel discursivo denota esta fuerte carga de violencia simbólica, pues el sentirse como una carga y manifestarlo por su discurso, automáticamente los genera como una carga ante la sociedad que ya los tenía estigmatizados como tales de forma latente. Lo cual no opera como una paradoja, sino que el viejo en su discurso vuelve manifiesto esa violencia latente.

Entonces el viejo ante la manifestaciones de la violencia en la ciudad se encuentra escindido dada la introyección de éstas, pues es el Otro ante la sociedad y se vuelve el Otro por medio del acto sacrificial, surgiendo el dilema de ser o volverse ese Otro que es una amenaza latente para el sujeto individuo y ante el cual actúan de forma violenta, donde lo que radica en el dilema es la forma de vivenciar la violencia en su cotidianidad.

La violencia en el espacio público de la ciudad y la forma en que vivenciada por los viejos

La estructura urbana (macroarquitectura) manifiesta una violencia hacia el sujeto individuo, pues no es proyectada para el sujeto sino es una materialización de la comunicación hegemónica del sistema, pues “La ciudad contemporánea se desarrolla bajo postulados poéticos y fatídicos, en alternativas derrotas y ensimismamientos míticos al servicio del poder mercantil, y no como un modelo de introspección analítica acerca de los problemas sociales, culturales, funcionales y antropológicos.” (Fernández Alba, 1990: 148) De tal forma que desde su origen la ciudad resulta violenta para quienes la viven, dando como resultado ese nudo gordiano de la violencia y la ciudad.

La ciudad es vivida de forma exógena y construida por quienes la observan a través de la interacción del espacio público y privado con la emergencia de las interacciones sociales, teniendo como interfase el espacio público. Presentándose tres tipos de actividades exteriores en el espacio de la ciudad para Gehl (2006), que son: *actividades necesarias* (las personas involucradas están obligadas a participar, como las

actividades cotidianas y los tiempos muertos), *actividades opcionales* (las personas participan existe el deseo o sí el tiempo y/o el lugar lo permiten) y *actividades sociales* (dependen de la presencia de otras personas en los espacios públicos). Pero ¿Qué ocurre en la forma de vivir este espacio público y sus actividades dada la violencia inherente hacia el sujeto individuo (sobre todo a los viejos), por la forma en que fue proyectada? El acercamiento a una posible respuesta se puede lograr desde la calidad del entorno público del cual dependen las formas de manifestación de una serie de actividades básicas (caminar, estar de pie, sentarse, ver, oír y hablar) que son la base un serie de los procesos de socialización que se dan en los espacios públicos de la ciudad, porque:

“Estas actividades básicas se usan como punto de partida porque forman parte de casi todas las demás actividades. Si los espacios hacen que resulte atractivo caminar, estar de pie, sentarse, ver, oír y hablar, este hecho, en sí mismo, es una cualidad importante, pero también significa que un amplio abanico de otras actividades (juegos, deportes, actividades comunitarias, etcétera) tendrán una buena base para desarrollarse. Esto es así, en parte, porque muchas cualidades son comunes a todas las actividades y, en parte, porque las actividades comunitarias, más amplias y complejas, se pueden desarrollar de manera natural a partir de muchas actividades cotidianas, más reducidas.” (Gehl, 2009: 145)

Donde el entorno público resulta ambivalente, porque por un lado puede determinar sí es un espacio cordial y tranquilo y por el otro violento y estresante, según sean sus características y sobre todo las de quienes lo recorren, sobre todo en el caso de las ciudades que han sido proyectadas sin tomar en cuenta a los transeúntes. Donde el espacio público se manifiesta de forma violenta para quien lo recorre dada la supremacía que se le da a los vehículos automotores que violentan al sujeto individuo que adquiere la figura del Otro ante el conductor. De tal forma los viejos son los que más padecen este tipo de violencia pues la ciudad no ha sido proyectada para ellos, por consecuencia carente de equipamientos que le faciliten su movilidad, existiendo una deficiencia de rampas, banquetas anchas, cruces preferentes entro otras cosas más.

Por lo tanto la relación entre violencia y ciudad es un nudo gordiano entrelazado con un número grande de factores que dependen de dónde, cómo y quién la viva, impactando en su forma de manifestarse. Porque pareciera que la violencia funciona como una estructura que permite la forma de vida urbana y por lo cual resulta difícil de erradicar, donde la única solución es cortar el nudo gordiano, pero el problema es por dónde, pues se puede caer la espada de Damocles. Entonces una posible solución es volver al Otro sujeto, hecho que resulta difícil sobretodo en la sociedad actual sustentada en el individualismo y ¿Qué decir de los viejos que tan sólo les queda el acto sacrificial como estrategia ante la violencia de la ciudad?

De tal forma que la ciudad es un caldo de cultivo para que se manifiesten diferentes actos de violencia por su características de origen, donde los grupos más desfavorecidos son los que padecen las consecuencias de los imaginarios perversos de la ciudad, como lo serían el Otro como una amenaza latente y por ende un enemigo al que hay que temer o erradicar.

¿CONCLUSIONES?

La ciudad ¿Consecuencias perversas de un texto sin contexto?

Una de las principales características de lo humano, es la artificiosidad de su hábitat, que ha mutado (tanto física como simbólicamente) en la espiral de la evolución tecnocultural del hombre. Llevándolo de la cueva a la choza y de ahí, a la ciudad. Pero no sólo los materiales y las técnicas constructivas adquirieron complejidad, sino también, sus iconos y las formas de simbolizarlos. Base de la forma de vida urbana los iconos urbanos (entre ellos su red semántica) operan como elementos que estructuran la realidad por medio de la construcción-interpretación-reproducción llevada a cabo por el urbanita. Siendo el significante primario de la ciudad, su espacio físico que poco depende su forma y sentido de primer orden de los habitantes; al contrario depende del texto hegemónico de la academia arquitectónica.

Las edificaciones son lo que las palabras al lenguaje y por lo tanto quedan supeditadas a la convección social. Imponiéndose la forma urbana en su expresión macro, por las tendencias de estilo arquitectónico-urbano provenientes de la academia. Y en el nivel mircrourbano es el observador quien dota de sentido al espacio, distanciándose por medio de sus grados de libertad producto de su subjetividad, del discurso hegemónico del urbanista, pero el cual al final encuentra introyectado en su yo urbano. Por tal motivo el espacio urbano se encuentra inmerso en dos tipos de interpretación: la de las reglas y el orden y, la de las emociones y el caos. Donde la primera es producto de la racionalidad y la convección dictada por la academia, siendo materializada por el arquitecto-urbanista, y la segunda pertenece a la emoción, a lo subjetivo, los sueños y el mundo de lo vivido que es simbolizado más allá de la convección hegemónica.

La interpretación de la ciudad se encuentra en la encrucijada entre lo unívoco y equívoco. Porque por un lado se tiene un discurso con un sentido cerrado y generalizado dictado por los urbanistas, pero por el otro lado, un discurso abierto, universal, polisémico que proviene de la subjetividad del observador urbano. Presentando dos niveles de interpretación el sentido del discurso: uno de arriba hacia

abajo (el del urbanista) y otro de abajo hacia arriba (el del observador). Hecho que en determinados contextos dificulta la comprensión del sentido del espacio urbano como en el caso de explicar una zona de la ciudad en la cual nunca se ha estado o se tiene un vago conocimiento; pero también cuando se ha modificado parte de la morfología del sitio por medio del rompimiento con la homogeneidad del parámetro, transgiriéndose el discurso preestablecido, como lo fue en su momento el edificio de AT&T en la ciudad de Nueva York. Pero en el primer caso, aunque se tengan de manera prefigurada las palabras básicas (por ejemplo: edificios, carros, personas) con las cuales definir el concepto de ciudad; resulta difícil construir un discurso que sea omniabarcador para explicar todas las ciudades. Porque se desconoce el discurso hegemónico del urbanista del resto de las ciudades que no estén en nuestro bagaje. El segundo caso está relacionado con lo que en la actualidad está ocurriendo con las ciudades, donde el discurso hegemónico del urbanista se ha fragmentado (con mayor velocidad en la posmodernidad), generándose nuevos discursos desde cada fragmento. Discursos que la mayoría de las veces carecen de contexto.

Dependiendo cómo opere la significación será la interpretación que se le da al espacio urbano. El hecho que se encuentre inmerso entre los sentidos de un discurso que tiende a lo unívoco y equívoco, según sea el lugar desde donde se realice la observación; lleva a la interpretación del mismo, la cual a veces no tiene los resultados esperados por el urbanista, como el caso de las apropiaciones del espacio público por parte de los transeúntes volviéndolos lugares, en donde se le da otro uso al planeado por el arquitecto, un ejemplo podría ser el usar las fuentes como albercas en tiempo de calor en las ciudades. Siendo un ejemplo de la resignificación del sentido primario por presentarse como un texto sin contexto. Pero éste hecho también presenta un lado perverso. El que se presenta cuando las formas de vida urbana tienden al incremento de la individualización, a la aceptación y resignación de la violencia, al ver al Otro como una amenaza y también, el fragmentar el tejido social tanto espacial como socialmente. Elementos que se materializan en la morfología de las ciudades volviéndolas fragmentos o espacios carentes de sentido para el hombre cotidiano, el hombre que la vive, la recorre y la padece día a día. Imponiéndose la forma y el capricho de quien diseña.

Creándose espacios que generan vacíos de sentido, difíciles de interiorizar y por lo tanto de volverlos lugar.

En estudios realizados desde la psiquiatría y las neurociencias se plantea una relación entre la ciudad y algunas enfermedades mentales. Como lo estudiado por Van Os (2004) que comparó una población de psicóticos de origen urbano con una rural en Holanda, encontrando mayor riesgo de incrementar sus niveles de su trastorno los que vivían en entornos urbanos. Mientras que en los estudios realizados por Meyer-Lindenberg (citado por Abbot, 2011) se menciona que la vida urbana incrementa el riesgo de enfermedades mentales como el estrés. Encontrando que en los habitantes urbanos la corteza cingulada responde con mayor fuerza a los estímulos negativos que producen estrés, con lo cual se apoya a la función de la amígdala de regular las emociones. Que no es de extrañar pues ya había sido reflexionado este fenómeno por Simmel hace un siglo atrás, respecto a la vida mental en la metrópoli. Tal pareciera que la ciencia “moderna” tan sólo confirma un fenómeno inherente a la vida en la ciudad: las consecuencias en el urbanita de la forma de vida urbana. Consecuencias que la mayoría de las veces son perversas, y en parte, debidas al texto sin contexto, que representan las ciudades en su relación con las cadenas rituales de interacción. Pues el urbanismo se ha olvidado del hombre y se ha centrado en el humano.

Seguridad, conflicto y *blassé* ¿La perversión de la forma de vida urbana?

La forma de vida urbana se sustenta en tres consecuencias latentes que tienen su origen en la interacción entre los habitantes de las ciudades. Consecuencias que pueden ser o no ser perversas, dependiendo desde dónde se realice la observación, pero que son inherentes a la urbe, las cuales son: la seguridad, el conflicto y el *blassé*.

Las ciudades desde su origen han tenido la función manifiesta de la seguridad, pues éstas se desarrollan como resultado de la revolución neolítica que permitió la acumulación de capitales fijo y natural, generando consecuentemente un incremento poblacional, fomentado por la necesidad de incorporar mano de obra (ya sea en la

agricultura, la alfarería, artesanía entre otras). Inventándose las matemáticas, la escritura y las leyes (Weber 1987) como formas de control en esta nueva forma de vida. Creando formas cada vez más complejas de socialización, que van del clan al grupo, del grupo a la comunidad y por último, la forma máxima de sociedad: la forma de vida urbana. Esto las vuelve zonas propensas a ataques de grupos nómadas en busca de alimento, ante las cuales, se tenía que buscar resguardo, donde ya no eran sólo las condiciones climáticas de las que se tenían que proteger, sino también, de los otros hombres. Basta ver los planos de las ciudades a través del tiempo para poder observar un patrón representando por la seguridad hacia un enemigo exterior (Cano-Forrat, 2008). Siendo la muralla y lo compacto, ese patrón de seguridad característico de la morfología de las ciudades, pues algunas ciudades pueden prescindir de la muralla, pero las edificaciones de la periferia podían adquirir esa función. Presentándose desde el viejo asentamiento neolítico de Catal Hüyük en Turquía, hasta su máxima expresión en las ciudades medievales de Europa. En las ciudades modernas las murallas fueron sobrepasadas por el crecimiento de las ciudades, operando con otras medidas de control y seguridad sustentadas en la racionalidad y todo lo que ella implique, donde la muralla fue transubstanciada hacia la fuerza del Estado, introyectándose en los urbanitas. Aunque en las ciudades posmodernas, reaparecen las murallas con la erosión de la fuerza del Estado, pero ya no bordean la ciudad para protegerla del exterior, al contrario, se encuentran en el interior para proteger de la ciudad misma.

Aunado a la seguridad, la ciudad, sustenta su forma de vida en el conflicto. Porque el conflicto para Simmel (2010: 17) es una de las formas de socialización más intensas, siendo sus causas: el odio, la envidia, la necesidad y el deseo. De ahí que “Cuando por estas causas estalla, el conflicto se convierte en una protección frente al dualismo que separa y en una vía hacia cierta unidad, sea la que sea y aunque suponga la destrucción de una de las partes...Esto no equivale al *si vis pacem para bellum*, esta trivialidad no es sino una opción puntal del principio general. El conflicto en sí mismo ya es una resolución de la tensión entre los contrarios...”. Entonces el conflicto encuentra su función en la ciudad como una distinción que construye una unidad dual, siendo una paradoja que sustenta una parte de la forma de vida urbana: la interacción entre las

personas. Más que una lucha de contrarios es una diferenciación que designa desde donde se va acoplar la comunicación, que ocurre al momento en que se parte de ese supuesto de la destrucción de una de las partes, la cual no es destruida, simplemente no es tomada en cuenta. Siendo el conflicto una consecuencia de la forma de vida urbana, que desde siempre ha estado presente para quienes viven en la ciudad, ya sea en las ciudades de la antigüedad en como el bárbaro o el salvaje que amenaza más allá de la fortificación, en las ciudades del medio como el extranjero o forastero, llegado de tierras ignotas y extrañas, que ha ingresado a la ciudad amurallada, o en las ciudades modernas y posmodernas como el migrante de culturas ajenas a la ciudad. Todos ellos tienen en común que representan una amenaza al habitante urbano, intensificando el conflicto que puede ser un conflicto *para sí* o un conflicto *en sí*. Pues se puede manifestar de manera endógena dirigido hacia el resto de los habitantes con los cuales tiene interacción en su cotidianidad el urbanita, o de manera exógena hacia ese sujeto que proviene del afuera. Siendo la envidia y el deseo los sentimientos que predominan en el primer caso y, odio y necesidad para el segundo. Aunque ninguna es mutuamente excluyente, porque pueden manifestarse más de una a la vez y también fortalecerse.

El *blasse* es el centro de un nudo borroneo que configura en conjunto con la seguridad y el conflicto. Actitud definida por Simmel (2005) como una consecuencia del hastío que tiene el sujeto respecto a los estímulos (al sistema nervioso) que se tienen de vivir en la ciudad. Llevándolo a una actitud de indiferencia respecto a los otros, una distancia emocional, puesto que la física le resulta imposible. Borrando el rostro del sujeto enviándolo al lugar del Otro, ese lugar donde se reconocen tan sólo por el instante que se cruce la mirada. Porque así como hemos borrado, nuestro rostro ha sido borrado, tan sólo somos una parte más de la ciudad. No importa si sufre el Otro, es eso un otro, una amenaza, un desconocido o peor aún un prójimo que comparte (tal vez por el destino) el mismo espacio. Si no fuera por el *blasse* estaríamos destinados al vacío que produce la angustia de sentirse observador por los otros, de tal forma que funciona como un mecanismo de defensa en y para sí, que al volvernos indiferentes hacia los sentimientos del Otro, podemos, hacer llevaderos nuestros recorridos cotidianos por la ciudad, pues al no existir la preocupación por la comunidad, el sujeto se siente libre de

poder vivir e interiorizar su espacio. Siendo gatillado, el *blassé*, por ese egoísmo que constituye la sustancia de lo humano, que parte de su yo corporal hacia su yo social. Entonces, al igual que las matemáticas, las leyes y la escritura; la actitud *blassé* es una forma de abstracción que surge en la ciudad, con la diferencia de no ser material, al contrario, ocurre en el plano psíquico de los urbanistas, siendo un objeto neumónico que permite, desde el sujeto, llevar a cabo la forma de vida urbana.

La seguridad, el conflicto y el *blassé*, son tres consecuencias latentes de la forma de vida urbana que han mutado, conforme se han transformado las ciudades y sus formas de socialización inherentes a ellas. Entonces no se puede asegurar si son consecuencias perversas o no, lo que sí, es reflexionar al respecto y generar más dudas que certezas que permitan reflexionar sobre una posible influencia de la morfología de la ciudad, así como, las implicaciones en el operar del observador urbano. Que no es un ser pasivo ante dichas consecuencias, al contrario, las vivencia de manera diferente según sea el contexto desde donde realiza su observación. Porque el observador puede actuar como transeúnte, *flâneur* o *civitas*, pero solamente puede ser uno a la vez, y justo desde alguna de estas formas de operar, puede acentuar o disminuir la influencia de las consecuencias, más no negarlas, mucho menos destruirlas.

En humano demasiado humano, Nietzsche (2010: 34), habla de una enfermedad producto de la primera victoria (enigmática) de la libertad, que puede destruir al hombre junto con su voluntad de determinarse y estimarse a sí mismo, llevándolo a la pérdida del libre querer. Porque se cuestiona lo prohibido, donde el liberado o emancipado trata "...en adelante de demostrar su dominio sobre las cosas...". Resolviendo "...todo lo que está velado por algún pudor: trata de ver lo que parecen las cosas cuando se las pone al revés." Envolviéndose en una espiral peligrosa de interrogantes que lo llevan a un último análisis sobre la falsedad de todo, y de ahí, a preguntarse sobre sí todo es un engaño, o si él, también, es alguien que engaña, cayendo en el vacío de la soledad, pero ésta, nadie sabe qué es. Lo anterior, tiene sentido, porque el urbanista presenta algunos síntomas de ésta enfermedad del espíritu libre que menciona Nietzsche, que

por lo menos se ha manifestado en la forma de vida urbana desde la modernidad, donde se marca la idea del “...*Sujeto* como centro de definición social, política, cultural y epistemológica, como la construcción histórica, filosófica e ideológica que se gesta a lo largo de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX y que tiene su plena consolidación histórica a principios del siglo XX.” (Barrios, 2010: 16) Entonces al volverse el sujeto el centro, se rompe con un dios como centro de la vida social y desde el cual se rigen las formas de vida, generándose un acceso a lo prohibido, pues ya era permitido por la razón. No resulta extraño que la construcción histórica, filosófica e ideológica de la que emerge el sujeto como centro, se lleve a la par de la consolidación de las ciudades, y sobre todo, de su forma de vida. De ahí que la seguridad, el conflicto y el *blasse* sean parte de los síntomas de la enfermedad del espíritu libre, que en casos extremos, genera formas de vida como la figura del musulmán de los campos de concentración de los nazis, que para Zizek (2002: 90-91) se identifican con la figura de los muertos vivientes, porque en la tópica imagen occidental el musulmán es “...una persona que se muestra totalmente resignada ante su destino, que sufre pasivamente cualquier tipo de calamidades en tanto que procedentes de la voluntad de Dios.” Que en las ciudades los *parías* y los *underclass*, en el sentido de Bauman (2003 y 2005), constituyen ese musulmán. Pero ¿Si dios ya no es la figura central en el sujeto desde la modernidad, qué o quién, ocupa ese sitio ante el cual se resigna este musulmán urbano? Una respuesta rápida y especulativa sería: la ciudad misma.

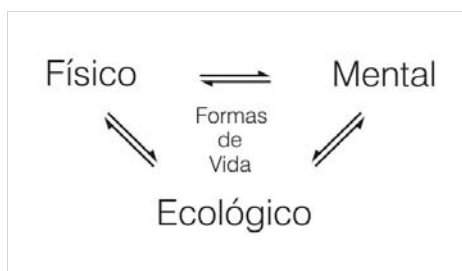
Las implicaciones ecopsicofísicas de las formas de vida urbana

La ciudad es una invención humana que ha superado al hombre, pues, por su comportamiento como un sistema complejo, la ciudad, es más que la suma de sus partes. Rigiéndose por la incertidumbre y la indeterminación, haciendo poco posible tener certezas sobre cómo será o cuál será su futuro. Porque la ciudad se construye por átomos, que para Flusser (2011) son acciones elementales que componen conjuntos de comportamientos. Resultando un entramado sumamente complejo en el que están inmersos factores ecológicos, mentales y físicos. Entiendo por lo ecológico a las relaciones de los habitantes de la ciudad entre ellos, así como con su medio. Lo mental

es dado por la forma en que el urbanita percibe, imagina, fantasea y construye mentalmente la ciudad. Lo físico es la parte morfológica de la ciudad.

Los tres factores están relacionados de forma recurrente, emergiendo de ellos la forma de vida urbana y sus consecuencias, donde estas últimas, son manifestaciones de la interacción de los factores, que pueden ser o no, un patología del vivir en la sociedad urbana.

Figura 11: Emergencia de la forma de vida urbana de la recurrencia del espacio ecopsicofísico



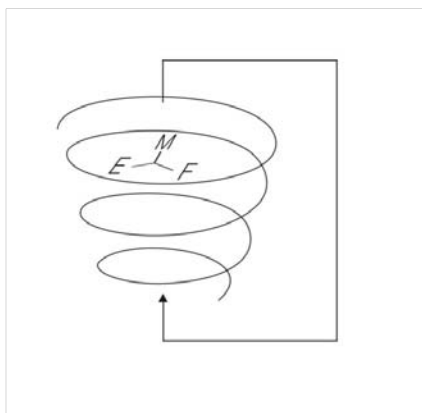
El por qué las consecuencias de la forma de vida urbana sean inherentes a las interacciones de los factores ecopsicofísicos, se puede explicar, en parte, a la forma en que es percibida la ciudad. Como menciona Benjamin (2003: 46): “Dentro de largos períodos históricos, junto con el modo de existencia de los colectivos humanos, se transforma también la manera de percepción sensorial. El modo en que se organiza la percepción humana -el medio en que ella tiene lugar- está condicionado no sólo de manera natural, sino también histórica.” Siendo a partir de la percepción, que conlleva a una diferenciación entre lo asignado como observado y no observado; que se realizan los acoplamientos con los que el observador urbano opera en la ciudad. Emergiendo la forma de vida urbana de estos acoplamientos como un tipo de realidad que va mutando, conforme cambia la percepción sometida a un contexto histórico. De ahí que depende cómo se construya la realidad, tanto en su temporalidad como en su espacialidad; es la manera en que se manifiestan las consecuencias de la forma de vida urbana. Correspondiendo a cada realidad una consecuencia que opera en su

contexto. Por lo cual no se pueden saber si son buenas o malas, tan sólo operan como perversiones ontológicas de la forma de vida urbana.

En el espacio ecopsicofísico que determina las formas de vida urbana, lo simbólico juega un papel importante dentro de la construcción de lo imaginario y lo vivencial, mutando en el tiempo. Modificando su estructura sociosimbólica y sus actitudes ante ella, porque "...el ser humano, a diferencia de los otros seres vivientes, lleva una existencia basada sobre todo en informaciones adquiridas y muy poco en informaciones heredadas, la estructura de los vehículos informativos tienen una influencia decisiva en nuestra forma de vida." (Flusser, 2011: 11) Por lo cual el urbanita, es producto de esta configuración espacial llamada ciudad, que basa su existencia en y para ella, interiorizándola y reproduciéndola en su cotidianidad, aun cuando se encuentre en contextos diferentes, busca campos de referencia que le permitan reproducir la forma de vida urbana. Que fuera del contexto referencial en el que están inscritos, le genera conflictos.

Los factores de los que emerge la forma de vida urbana se encuentran enlazados en una espiral espacio-temporal recurrente, que implica una mutación sociosimbólica, en la que algunos de sus significantes se mantienen constantes en el tiempo, pero su sentido y significado, se transforman al sentido hegemónico de la época que se contextualiza a la realidad vivida.

Figura 12: Espiral recurrente del espacio ecopsicofísico



Se puede hacer una analogía entre las imágenes que representa la marcoarquitectura y su mutación sociosimbólica, con el modelo de la situación ontológica de la imagen tradicional y de la imagen técnica que propone Flusser (2005). Dicho modelo propone una escala de cinco grados que va de las imágenes concretas hasta las abstractas más elaboradas. Correspondiendo el primer peldaño a el animal y el “hombre natural”, es el nivel del vivir concreto. El segundo peldaño es el de la especies de homínidos previas al hombre, es el nivel de empuñar y manipular en donde se presentan los objetos. El tercer peldaño se da con la aparición de *Homo sapiens sapiens*, es el nivel en el que se tienen nociones, intuiciones y el imaginar, ya en éste se presenta las imágenes. El cuarto peldaño se ubica hace cuatro mil años, con la aparición de los textos lineales; es el nivel del concebir, narrar, el nivel histórico. Por último, en el quinto peldaño es donde se presentan las imágenes técnicas que surgen gracias al uso de aparatos técnicos, es el nivel del calcular y el computar.

El modelo de Flusser de los cinco peldaños, que van desde la vivencia concreta en el ambiente natural hasta la vivencia abstracta de las imágenes técnicas, es análogo a la forma vida que ha emergido de la ciudad, en el sentido de cómo ha mutado en el tiempo el habitar humano en comunidad. Siendo los peldaños primero, segundo y quinto, los únicos que no podrían encontrar elementos directos para realizar la analogía. En los casos primero y segundo como corresponden a un estado prehumano, no se puede hablar de una forma de vida urbana, pues es probable que esos ancestros primates del hombre fueran animales sociales y con una tecnología rudimentaria, como la que actualmente usan los chimpancés, pero esto, no significa que construyeran y simbolizaran su hábitat, lo cual es la característica elemental para el surgimiento de una forma de vida urbana, sustentada en la artificiosidad del espacio de vida, aunque, al momento de marcar territorios o vivir en el nivel de lo concreto o del empuñar y manipular, el espacio es levemente significado, y por lo tanto, se dan los orígenes del espacio como lugar. En el caso del quinto peldaño, las ciudades holográficas de China que cuentan las leyendas o las ciencias ocultas, podrían entrar en esta categoría, o también, las ciudades virtuales del ciberespacio en la que el urbanita la habita en forma de un alterego constituidos por su avatar, operando otros tipos de observación y

simbolizaciones, pero al final, por el momento, no representan una nueva forma de vida urbana. Respecto al tercer y cuarto peldaño, con la aparición de la intuición e imaginación en el hombre, su habitar se simboliza y deja de representar un simple nicho para protegerse de las condiciones ambientales, pues el espacio se vuelve lugar y este se transubstancia en hogar. Que se acentúa con la aparición de los textos lineales que representan el proceso histórico, simbólico e imaginario del habitar, siendo en éste punto, donde surge la ciudad como tal, y por añadidura las formas de vida urbana.

Así como el humano ha ido haciendo cada vez más compleja su simbolización por medio de las imágenes, lo mismo ha ocurrido con su habitar, que se podría resumir: árbol, cueva, choza, vivienda vernácula, vivienda proyectada, vivienda autoconstruida. Implicando un cambio en la complejidad de sus viviendas con el resto del espacio en el que se encuentran inmersos, que va de los pequeños centros de población a las megalópolis. Llevando esto a una mayor complejidad en sus formas de socialización, que a su vez, presentan sus consecuencias perversas que permiten habitar en comunidad. De tal forma que la forma de vida urbana que se vive en la actualidad, es un proceso que se ha gestado por una deriva sociosimbólica en el espacio ecopsicofísico que es la ciudad.

La ciudad: una metáfora estructurante (A manera de conclusión general)

La ciudad es el resultado de la deriva sociosimbólica del habitar humano, es la materialización de sus imaginarios e ideologías, impronta del triunfo y conquista de la naturaleza estática, lugar que connota el hacer en el mundo del humano moderno. Como menciona Onfray (2009: 14): “La ciudad muestra la arrogancia acabada de los hombres contra la naturaleza, la poderosa eficacia de la voluntad sobre el destino. Me parece una metáfora estructurante.” Donde la voluntad sobre el destino es el grado máximo de humanidad, es la voluntad que llevó a la adaptación del ambiente donde se viven las formas de vida humana y posteriormente urbanas. El hecho de que sea una metáfora estructurante, se da en el sentido, que a partir de ésta voluntad y los procesos de simbolización el humano adaptó un espacio de la naturaleza para sus necesidades

biopsicosociales. Donde de una imagen mental, en parte imaginaria, en parte ideológica, se materializó la morfología urbana. Pues "...la metáfora es el proceso retórico por el que el discurso libera el poder que tienen ciertas ficciones de redescubrir la realidad." (Ricoeur, 2001: 13) Emergiendo por medio de la metáfora una realidad urbana que es similar en cuanto a la imagen, pero vivenciada de manera diferente por los grados de libertad que otorga la realidad.

Por medio del imaginario, los mitos, las fantasías, las ideologías, es como se va configurando esa metáfora que es la ciudad. Que tiene su sustento material en la forma, las construcciones, el lenguaje, la movilidad, los sonidos, los olores y los habitantes (tanto humanos como otras especies). Generándose una cantidad infinita de acciones, estímulos, relaciones y enlaces, en los que están inmersos sus habitantes y ante los cuales tienen que crear actitudes de defensa para no perderse en el marasmo de la forma de vida urbana; que los llevaría a la locura, porque el discurso urbano, es un discurso psicótico dada su compleja estructura fuera de toda lógica lineal o silogismo, al contrario, es una paradoja sintomática que dificulta su comprensión. De allí que la ciudad sea un espacio vivencial que emerge de un discurso polisémico sustentando en metáforas.

El lugar de la metáfora para Ricoeur (2001) es en el verbo ser, de igual forma en la ciudad, pues ésta representa la materialización de la metáfora, la unión entre el mito, la historia y la vida diaria. Se construye desde y para lo imaginario, connotándose en un sentido maniqueo en quien la recorre, vive, sueña, imagina, narra o fantasea. Pero la mayoría de las veces la connotación de la ciudad es hacia lo malo de la ciudad, pues "En nuestro imaginario estamos demasiado acostumbrados al primer plano de las imágenes de horror y descuidamos el contraplano que las sostiene: el de lo colosal." (Barrios, 2010: 12) Donde la ciudad vista desde su parte física es colosal, porque es la prueba manifiesta de la voluntad sobre el destino de la especie humana. Es un espacio que se impone y dicta actitudes, ideologías e imaginarios, enlazados en el nudo gordiano de la forma de vida urbana.

La parte física de la ciudad que corresponde a lo urbano, se sustenta en la arquitectura. En un principio fue una arquitectura sin dogmas, llena de "...formas de vida ricas en profundas intuiciones, aunque escasas en progreso. Su interés es más que estético y técnico pues se refiere a las raíces de la experiencia humana." (Rudofsky, 2007: 10) Conforme se fue avanzando en la deriva sociosimbólica de la ciudad, el dogma se hizo necesario, sustituyéndose la experiencia humana por los dictados de la academia, la razón sobre la emoción, el *sum* dio paso al *cogito*, y éste, deviene en ciudad. Generándose formas urbanas complejas que impactan en quienes la habitan, donde la ciudad, se aleja cada vez más del refugio del hombre para volverse el mundo de vida del humano. Un mundo de vida que se va construyendo desde el percibir y el usar, porque "La recepción de los edificios acontece de una doble manera: por el uso y por la percepción de los mismos. O mejor dicho: de manera táctil y de manera visual." (Benjamin, 2003: 93) Donde la manera táctil es un vestigio de las primeras formas de vida urbana, que conforme las ciudades se basan en la velocidad, lo táctil es superado por lo visual.

Operando la ciudad con sus propias realidades que emergen de lo táctil y lo visual. Construyendo lugares que el observador los vive o imagina, según sea el contexto que constituye su realidad desde donde los estructura, en donde "...cualquier realidad, por grande que sea su intensidad y cargada de significación para el sujeto, forma parte de la realidad total..." (Zambrano, 2010: 44), que en la caso de la forma de vida urbana, corresponde a la ciudad esa realidad total, porque para el urbanita no le es posible negarla o tratar de operar fuera de ella, aunque se encuentre en otro contexto, seguirá siendo siempre un habitante urbano. Por más que trate de seguir otras formas de vida, la impronta de la forma de vida urbana la llevará sobre sí, siendo la ciudad una realidad que posee al sujeto, como una especie de código genético que no se basa en ADN, sino en palabras, pues éstas "...se traducen y trasladan mutuamente (y eso significa <<metáfora>>: traslado), de manera que estamos tentados a decir que ellas no significan nada por sí solas, aisladas, sino que tienen su significado siempre en otro significante..."(Duque, 1994: 22). Donde ese otro significante es un significante vacío constituido por la ciudad y desde el cual se va configurando el discurso que determina

al yo urbano.

Las palabras son la partícula elemental que sustentan la reproducción de la forma de vida urbana por medio de la construcción de un yo urbano, que emerge de ellas. Permitiendo que se pueda interpretar el sentido del discurso que ha sido impuesto por el urbanista, desde el contexto simbólico de quien lo vive o imagina. Generándose distintos niveles de simbolización de la realidad, que van desde la realidad vivencial referida al significante directo, hasta una realidad que se construye desde un imaginario de segundo orden referida completamente a la metáfora. Por lo tanto el urbanita puede vivenciar la ciudad de forma diversa dependiendo desde dónde realice su operación de la observación, pues el mismo espacio puede representar un lugar dicotómico que puede ir de lo tranquilo a lo temible. Porque dependiendo del acontecimiento que ahí ocurra, es la forma en que será simbolizado y posteriormente transmitido a otros urbanitas, por medio de la narrativa de la vivencia o lo imaginario. Donde a través de las palabras se va generando esa forma de vida urbana, que en parte es sustentada en el comprender el discurso de los otros y urbanos.

Por lo tanto la ciudad opera como una relación de palabra y de imagen en quien la recorre, imagina o fantasea, pero es el papel de los imaginarios el más importante, en el sentido, de cómo es vivenciada, porque a partir de ellos se interpreta el discurso que proviene de lo urbano. Existiendo múltiples posibilidades de interpretación y dotación de sentido del discurso urbano, dependiendo del contexto y el acontecimiento la resignificación del espacio urbano. Siendo importante el rol que juega el urbanista, pues ellos tienen impacto directo en la relación de objeto que se tienen con la ciudad, lo cual lo vuelve también un reto, puesto que no existe una fórmula mágica que dicte las directrices del cómo construir una ciudad que permita el hacer ciudad, ya que ésta, es un proceso que proviene de una deriva sociosimbólica que muta conforme sus significaciones se van transformando. De ahí que el hacer ciudad tenga implicaciones más allá de la forma urbana, al contrario, sus implicaciones se relacionan con la forma de vida urbana y todo lo que ella conlleva, desde sus imaginarios hasta sus realidades. Así que no es posible dar respuestas a las problemáticas inherentes a la forma de vida

urbana, pues estas dependen de un contexto sociohistórico, que tan sólo permiten plantear más interrogantes al respecto, resultado más dudas que certezas y de las cuales obtenemos los grados de libertad que nos permiten vivenciar el espacio urbano.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbot, A. (2011). City living marks the brain. *Nature* Vol. 474, June 2011.
- Alvarez-González, M. & M. Trápaga Ortega (2005). *Principios de neurociencias para psicólogos*. Paidós, Argentina.
- Augé, M. (2002). *Diario de guerra. El mundo después del 11 de septiembre*. Gedisa, España.
- Augé, M. (2007). *Por una antropología de la movilidad*. Gedisa, España.
- Aumont, J. (1992). *La imagen*. Paidós, España.
- Bachelard, G. (2001). *La poética del espacio*. FCE, México.
- Barrios, J. L. (2010). *El cuerpo disuelto. Lo colosal y lo monstruoso*. UIA, México.
- Barthes, R. (2009). *La aventura semiológica*. Paidós, México
- Bauman, Z. (2003). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Gedisa, España.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Paidós, España.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Paidós, España.
- Bauman, Z. (2008). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. CONACULTA/Tusquets, México.
- Belting, H. (2007). *Antropología de la imagen*. Katz, España.
- Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Itaca, México.
- Benjamin, W. (2006). *Ensayos escogidos*. Ediciones Coyoacán, México.
- Beuchot, M. (1997). *Tratado de hermenéutica analógica*. UNAM, México.
- Beuchot, M. (2004). *La semiótica. Teorías del signo y el lenguaje en la historia*. FCE, México.
- Beuchot, M. (2006). *Lineamientos de hermenéutica analógica*. CONARTE, México.
- Beuchot, M. (2007). Interpretación, analogía e iconicidad. En: Diego Lizarazo (coord.) *Semántica de las imágenes. Figuración, fantasía e iconocidad*. Siglo XXI, México.

- Beuchot, M. (2008a). *Perfiles esenciales de la hermenéutica*. FCE/UNAM, México.
- Beuchot, M. (2008b). Breve exposición de la hermenéutica analógica. *Revista Teología, Tomo XLV, No. 97, Diciembre*. PUCA, Argentina
- Beuchot, M. (2008c). Imaginario social y hermenéutica analógica. En: *Las posibilidades de lo imaginario*. Ediciones del Serbal, España.
- Botero Benese, G. (2006). *De la causa de la grandeza de la ciudad*. UAM, México.
- Cano-Forrat, J. (2008). *Introducción a la historia del urbanismo*. Universidad Politécnica de Valencia/Limusa, México.
- Collins, R. (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Anthropos/UAM/UNAM/UNC, España
- Corsi, Giancarlo, Elena Esposito y Claudio Baraldi (2006). *GLU glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann*. UIA, México.
- De Certeau, M. (2000). *La invención de cotidiano 1. Artes de hacer*. UIA/ITESO, México.
- De Certeau, M. (2004). *La cultura plural*. Nueva Visión. Argentina.
- Damasio, A. (2007). *El error de Descartes*. Drakontos Bolsillo, España.
- Dupuy, J. y F. Varela (2000). Circularidades creativas: para la comprensión de los orígenes. En: *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*. P. Watzlawick y P. Krieg (comps.). Gedisa, Barcelona.
- Duque, F. (1994). *La humana piel de la palabra*. Universidad Autónoma de Chapingo, México.
- Fernández-Alba, A. (1990). *La metrópoli vacía. Aurora y crepúsculo de la arquitectura en la ciudad moderna*. Anthropos, España.
- Figueroa, J., E. González & V. Solís (1981). Una Aproximación al Problema del Significado: las redes semánticas. *Revista Latinoamericana de Psicología*, Vol. 13, Num. 3.
- Flusser, V. (2011). *Hacia el universo de las imágenes técnicas*. UNAM, México.
- Freud, S. (1997). *Obras completas de Sigmund Freud tomo XIX*. Editorial Losada, España.
- García, R. (2006). *Sistemas complejos: conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Gedisa, México.

- Gadamer, H. (2005). *Verdad y método*. Ediciones Sigueme, España.
- Gadamer, H. (2006). *Verdad y método II*. Ediciones Sigueme, España.
- Gehl, J. (2006). *La humanización del espacio urbano*. Editorial Reverté, España.
- Girard, R. (2002). *El chivo expiatorio*. Anagrama, España.
- Girard, R. (2006). *Aquel por el que llega el escándalo*. Caparrós Editores, España.
- Husserl, E. (2005). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. FCE/UNAM, México.
- Lacan, J. (2005). *Escritos 1*. Siglo XXI, México.
- Lacan, J. (2007). La tercera. En: *Intervenciones y textos 2*. Manantial, Argentina.
- Lacan, J. (2008a). *El seminario 2. El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Paidós, Argentina.
- Lacan, J. (2008b). *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós, Argentina.
- Lacan, J. (2009). *Seminario 18. De un discurso que no fuera del semblante*. Paidós, Argentina.
- Lefebvre, H. (1972). *La revolución urbana*. Alianza, España.
- Lipovetsky, G. (2008). *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Anagrama, España.
- Luhmann, N. (1996). *La ciencia de la sociedad*. Anthropos/UIA/ITESO, México.
- Luhmann, N. (1998a). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Anthropos/UIA/PUJ, España.
- Luhmann, N. (1998b). La sociología y el hombre. En: *Teoría de los sistemas sociales II (artículos)*. UIA/ITESO/Universidad de los Lagos, México.
- Luhmann, N. (2000). ¿Cómo se pueden observar estructuras latentes? En: *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*. Paul Watzlawick y Peter Krieg (comps.). Gedisa, Barcelona.
- Luhmann, N. (2002). *Introducción a la teoría de sistemas*. UIA, México.
- Luhmann, N. (2005). *El arte de la sociedad*. Herder/UIA, México.

- Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. Herder/UIA, México.
- Maturana, H. (2000). La ciencia y la vida cotidiana: la ontología de las explicaciones científicas. En: *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*. Paul Watzlawick y Peter Krieg (comps.). Gedisa, Barcelona.
- Maturana, H. (2003). 20 años después, prefacio a la segunda edición. En: *De máquinas y seres vivos, autopoiesis: la organización de lo vivo*. Humberto Maturana y Francisco Varela. Lumen, Argentina.
- Maturana, H. (2006). Todo lo dice un observador. En: *Gaia implicaciones de la nueva biología*. William Irwin Thompson (editor). Kairós, Barcelona.
- Maturana, H. (2008). *El sentido de lo humano*. Granica, Argentina.
- Maturana H. y J. Mpodozis (2003). Percepción: configuración conductual del objeto. En: *Desde la biología a la psicología*. Lumen, Argentina.
- Maturana, H. y Francisco V. (2003). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*. Lumen, Argentina.
- Morris, A. (2007). *Historia de la forma urbana, desde sus orígenes hasta la Revolución Industrial*. Gustavo y Gili, España.
- Muñoz, F. (2008). *Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales*. Gustavo y Gili, España.
- Nietzsche, F. (2010). *Humano, demasiado humano*. Edaf, España.
- Norberg-Schulz, C. (2001). *Intenciones en arquitectura*. Gustavo y Gili, España.
- Onfray, M. (2009). *La escultura de sí. Por una moral estética*. Errata Naturae/Universidad Autónoma de Madrid, España.
- Quattara, K., A. Lemasson & K. Zuberbühler (2009). Campbell's monkeys concatenate vocalization into context-specific call sequences. *PNAS Vol 106 no. 51*, December 22, 2009. www.pnas.org/cgi/doi/10.1073/pnas.0908118106 (consultado enero 2010)
- Pereda, C. (2007). Imaginación y fantasía. En: *Semántica de las imágenes. Figuración, fantasía e iconicidad*, D. Lizarazo (coord). Siglo XXI, México.
- Piaget, J. (1997). *Estudios de psicología genética*. EMECÉ Editores, Argentina.
- Piaget, J. Y R. García (1984). *Psicogénesis e historia de la ciencia*. Siglo XXI, Méxco.
- Pommier, G. (2005). *Qué es lo "real". Ensayo psicoanalítico*. Nueva visión, Argentina.

- Remy, J & L. Voyé (1981). *Ville ordre et violence*. Presses Universitaires de France, Francia.
- Ricoeur, P. (2001). *La metáfora viva*. Editorial Trotta, España.
- Ricoeur, P. (2003). *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. Siglo XXI/UIA, México.
- Ricoeur, P. (2006). *Caminos del reconocimiento. Tres estudios*. FCE, México.
- Ricoeur, P. (2007). *Freud: una interpretación de la cultura*. Siglo XXI, México.
- Ricoeur, P. (2009a). *Escritos y conferencias alrededor del psicoanálisis*. Siglo XXI, México.
- Ricoeur, P. (2009b). *Amor y justicia*. Siglo XXI, México.
- Rousseau, J. (1996). *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. FCE, México.
- Rudofsky, B. (2007). *Constructores prodigiosos. Apuntes sobre una historia natural de la arquitectura*. Editorial Pax, México.
- Saussure, F. (2005). *Curso de lingüística general*. Editorial Losada, Argentina.
- Simmel, G. (2003). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Gedisa, España.
- Simmel, G. (2005). La metrópolis y la vida mental. *Bifurcaciones, primavera, número 004*, Chile.
- Simmel, G. (2010). *El conflicto. Sociología del antagonismo*. Sequitur, España.
- Schutz, A. & T. Luckmann (2003). *Las estructuras del mundo de vida*. Amorrortu, Argentina.
- Van-Os, J. (2004). Does the urban environment cause psychosis? *British Journal of Psychiatry*, 184.
- Varela, F. (1996). La emergencia del yo. En: *La tercera cultura*. John Brockman (editor). Tusquets, España.
- Varela, F. (2003). *Autopoiesis y una biología de la intencionalidad*. <http://www.sindominio.net/~xabier/textos/traduccion/varela.pdf> (consultado febrero 2010)
- Varela, F. (2005). El círculo creativo. Esbozo historiconatural de la reflexividad. En: *La realidad inventada ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?* Gedisa, Barcelona.

- Varela, F. (2006a). Haciendo camino al andar. En: *Gaia implicaciones de la nueva biología*. W. I. Thompson (editor). Kairós, Barcelona.
- Varela, F. (2006b). La autoidentidad del cuerpo. En: *Salud emocional*. David Goleman (editor). Editorial Kairós, España.
- Von Foerster, H. (2005). Contruyendo una realidad. En: *La realidad inventada ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?* Gedisa, Barcelona.
- Von Foerster, H. (2006). *Las semillas de la cibernética, obras escogidas*. Gedisa, Barcelona.
- Von Glasersfeld, E. (2005). Introducción al constructivismo radical. En: *La realidad inventada ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?* Gedisa, Barcelona.
- Watzlawick, P. (2000). Introducción. En: *El ojo del observador, contribuciones al constructivismo*. Paul Watzlawick y Peter Krieg (comps.). Gedisa, Barcelona.
- Watzlawick, P. (2002). El lenguaje del cambio. Nueva técnica de la comunicación terapéutica. Herder, Barcelona.
- Weber, M. (1987). *La ciudad*. Las Ediciones de la Piqueta, España.
- Wildner, K. (2005). Espacio, lugar e identidad. Apuntes para una etnografía del espacio urbano. En: *Identidades urbanas*, S. Tamayo y K. Wildner (coord.) UAM, México.
- Wirth, L. (2005). El urbanismo como modo de vida. *Bifurcaciones, otoño, número 002*, Chile.
- Wittgenstein, L. (2003). *Investigaciones filosóficas*. UNAM, México.
- Wittgenstein, L. (2007). *Tractatus logico-philosophicus*. Alianza Editorial, España.
- Zambrano, M. (2010). *El sueño creador*. Universidad Veracruzana, México.
- Zizek, S. (2002). *¿Quién dijo totalitarismo? Cinco intervenciones sobre el (mal)uso de una noción*. Pre-textos, España.
- Zizek, S. (2006a). Mirando al sesgo. Una introducción a Jacques Lacan a través de la cultura popular. Paidós, Argentina.
- Zizek, S. (2006b). *Visión de paralaje*. FCE, Argentina.
- Zizek, S. (2007a). El acoso de las fantasías. Siglo XXI, México.
- Zizek, S. (2007b). *En defensa de la intolerancia*. Sequitur, España.

Zizek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Paidós, España.